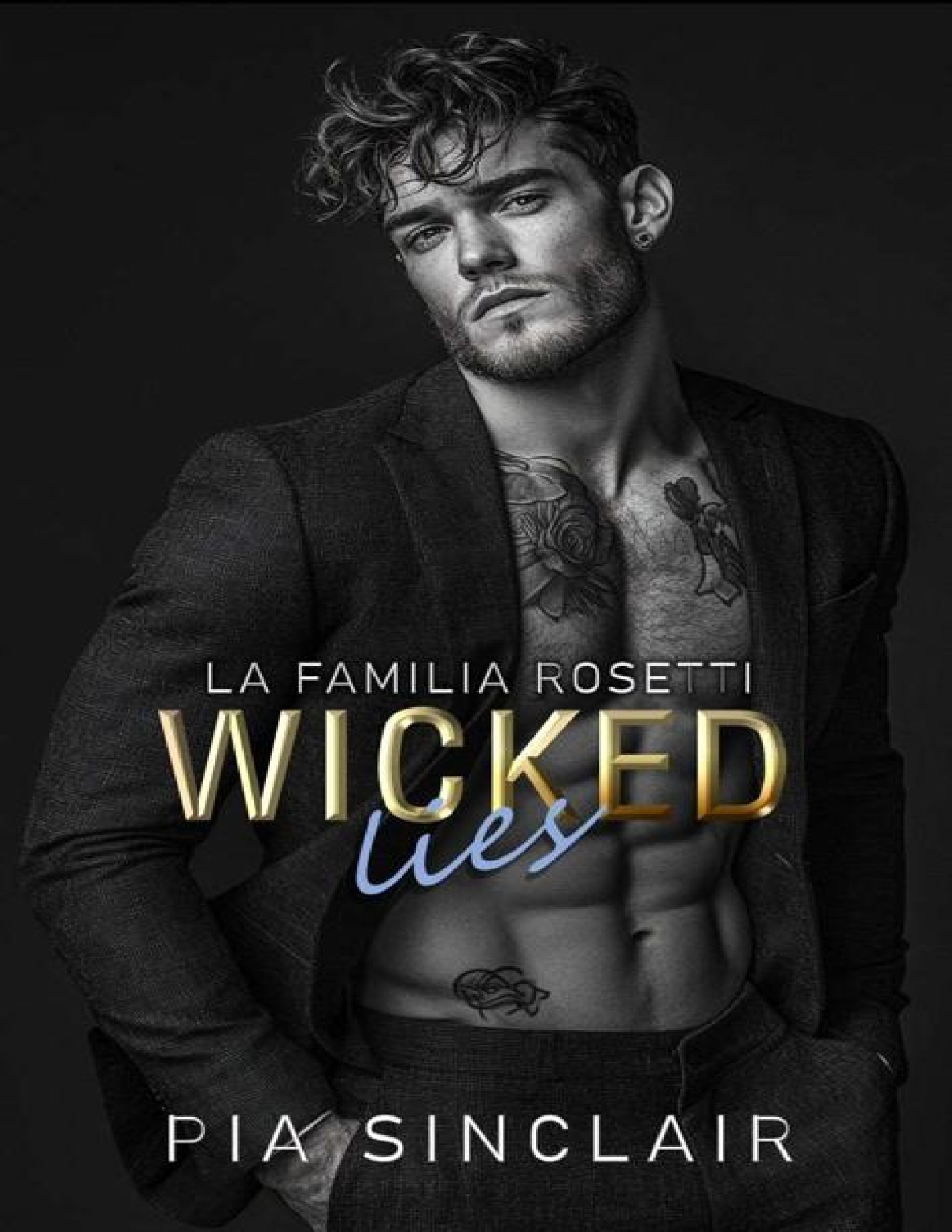

LA FAMILIA ROSETTI
WICKED
lies
PIA SINCLAIR

Wicked Lies

Pia Sinclair

Derechos de autor © 2025 por Pia Sinclair

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma sin el permiso por escrito del editor o del autor.

Contents

1. Eleanor
2. Leonardo
3. Eleanor
4. Leonardo
5. Eleanor
6. Leonardo
7. Eleanor
8. Leonardo
9. Eleanor
10. Leonardo
11. Eleanor
12. Leonardo
13. Eleanor

14. Leonardo
15. Eleanor
16. Leonardo
17. Eleanor
18. Leonardo
19. Eleanor
20. Leonardo
21. Eleanor
22. Leonardo
23. Eleanor
24. Leonardo
25. Eleanor
26. Leonardo
27. Eleanor
28. Leonardo
29. Eleanor
30. Leonardo
31. Eleanor
32. Leonardo
33. Eleanor
34. Leonardo

35. Eleanor

36. Leonardo

37. Leonardo

1

Eleanor

En una casa tan grande como esta, los susurros son más fuertes que las palabras. Se deslizan bajo las puertas, atraviesan las paredes, nos atraviesan a Juliet y a mí mientras escuchamos en el oscuro pasillo.

La voz de mi padre es fría y controlada, como siempre. La segunda voz no la reconozco. Es más lenta y afilada. Las palabras están demasiado amortiguadas para captarlas. Pero sé a quién pertenece: Domenico Rosetti.

Juliet aprieta mi mano mientras contengo la respiración. Una terrible curiosidad nos mantiene congeladas en el sitio. Incluso con la tenue luz, puedo ver la tensión en el rostro de mi hermana. La acerco más, ocultándonos en las sombras. Mi anillo de oro presiona mi palma, y lo giro con el pulgar. Si nos atrapan, nuestro padre no nos perdonará. Richard Price no cree en el perdón. Cree en el poder, en el control, en romper cualquier cosa que se interponga en su camino. No reconoce el amor, solo las alianzas.

—Suena serio —susurra Juliet.

—Siempre lo es con él —mi voz es tan suave como la suya. No podemos dejar que nos atrape escuchando.

Permanecemos así durante largos minutos. El frío del suelo de mármol se filtra en mis huesos. El techo alto y los pasillos vacíos se

tragan sus voces, haciéndolas imposibles de oír.

—Creo que es seguro acercarnos un poco más —digo.

Juliet duda. —¿De verdad quieres hacerlo?

No quiero, pero tengo que hacerlo. Asiento, levantándola. —Si no sabemos lo que está planeando, ¿cómo podemos detenerlo?

Nos movemos hacia la rendija de luz que se filtra por debajo de la puerta de su estudio. Nos han mantenido fuera de su mundo desde que tuvimos edad suficiente para querer estar en él. Así es como opera. Eficiencia despiadada. El amor de una hija no tiene ninguna oportunidad. Nos acurrucamos más cerca, tan cerca como me atrevo, y escuchamos.

—Rosetti es peligroso —murmura Juliet.

Tiene razón, pero padre es peor. Al menos los Rosetti son claros sobre lo que son.

Las palabras de padre se elevan por encima de las otras, duras y suaves y perfectas. —...la mejor red de distribución en la ciudad.

Puedo imaginar la escena perfectamente en mi mente: Padre detrás del escritorio, elegante y sereno, vistiendo los trajes caros y las joyas que hablan de la riqueza con la que está obsesionado, su rostro impasible.

La otra voz, la de Rosetti, es cuidadosa y baja. —Los mejores diamantes.

Rosettis y diamantes. Estoy segura de que he oído mal. Miro a Juliet, que está tan desconcertada como yo. Tal vez el negocio de las gemas ha dado un giro que no vi venir. Mi respiración se entrecorta.

Padre no hace una pausa lo suficientemente larga como para respirar. —Proporcionaremos a su familia acceso a productos más allá de lo que podrían conseguir. Piezas únicas. No se sentirán decepcionados.

La conversación me hiela, pero no tanto como el hombre que se reúne con padre. Domenico Rosetti, el heredero de la familia criminal más notoria de Nueva York. Si está aquí, es malo para todos los involucrados.

A padre nunca le ha importado a quién hiere para conseguir lo que quiere. Juliet tiembla a mi lado, y le aprieto la mano. Es suave, demasiado suave para un mundo como este. He intentado protegerla, pero con un hombre como Richard Price como padre, la protección no te lleva muy lejos.

—¿Qué está pensando? —pregunta Domenico.

Es una pregunta cargada, pero padre la carga aún más. —Estoy pensando que la forma más segura de fusionar dos familias es a través del matrimonio.

Mi cuerpo se pone rígido, congelado mientras escucho la indecente oferta que flota en el aire. La brusca inhalación de Juliet corta el silencio. Me aparta de la puerta, sus ojos abiertos de miedo. Parece que podría salir corriendo. Me mantengo firme. Cada centímetro de ella está tenso y listo para huir. No tiene que decirlo. Rosetti es peligroso. Un matrimonio con la familia sería un desastre.

Padre y yo podríamos haber sido un equipo poderoso. He entrenado toda mi vida para dirigir un negocio de gemas, pero él me trata como a cualquier otra mujer, imperfecta y fácilmente descartable. La ira se eleva en mi pecho, caliente y aguda, pero si vamos a salir de esto ilesas, necesito conocer los detalles. ¿Cómo, cuándo, dónde? Lo más importante, ¿quién?

Me vuelvo hacia la puerta, esforzándome por captar cada palabra.

La voz de Domenico es tranquila, casi divertida. —¿Cree que uno de mis hermanos querría casarse con la familia Price?

La respiración de Juliet sale en rápidas ráfagas. Mi padre se ríe, bajo y demasiado fácil. —Usted quiere entrar en el negocio de las gemas. Nosotros queremos una mejor distribución. Piense en esto como un acuerdo mutuamente beneficioso.

Acuerdo. Un matrimonio no es más que un trato de negocios para él. Solo otro intercambio de poder. Otro beneficio por obtener. Domenico no está ni de lejos tan sorprendido como yo. —Salvatore no aceptará a menos que haya algo para nosotros.

—Lo hay —casi puedo oír la sonrisa de padre—. Una de mis hijas.

La bilis sube por mi garganta. La mano que sostiene la mía se ha quedado flácida.

—Ese es un gran compromiso —las palabras de Domenico son cortantes. No está ofendido, solo es cauteloso—. ¿Qué hija?

Juliet se tensa a mi lado. Mi corazón está en mi garganta mientras trato de pensar en un gesto para consolarla. Este es mi trabajo, proteger a Juliet de lo peor. Este es mi papel en esta familia, el único en el que alguna vez he sido buena. Pero me quedo en blanco.

—Juliet y Eleanor, son chicas hermosas, como puede ver —dice padre, con una pequeña risa sin vida—. E inteligentes. Bien educadas. Cualquiera de las dos sería un activo para su familia —su voz es tan calmada, tan desprovista de calidez, que me hiela los huesos—. Puede elegir la que le guste.

Como si no fuéramos más que sus diamantes, para ser cortadas y pulidas y negociadas. Mi agarre se aprieta en la muñeca de Juliet, y por un momento no puedo respirar. Debería estar acostumbrada a esto a estas alturas. Para él, siempre hemos sido activos, nunca familia. No debería doler, pero duele.

Hay un largo silencio antes de que Domenico vuelva a hablar, sus palabras tan calculadas como las de mi padre. La suya es el tipo de voz que podría dominar una habitación sin esfuerzo. —Hablaré con mis hermanos.

—Haremos los arreglos —dice mi padre—. No hay necesidad de involucrar a ninguna de las chicas todavía.

Clavo mis dedos en la rodilla de Juliet, sintiendo la tela fina de sus pantalones bajo mis uñas. No hay necesidad de involucrarnos todavía. Qué simple suena todo. Qué fácil.

El hombre Rosetti hace una pausa, y puedo oír su respiración, deliberada y seria. Debe estar de pie cerca de la puerta, listo para irse, y nosotras seguimos agachadas afuera como niñas jugando al escondite. —Enviaré noticias dentro de una semana.

Casi puedo oír a mi padre asentir. Casi puedo ver la sonrisa en sus labios finos. La imagen de ellos llena mi mente: dos hombres en

trajes caros, la fortuna de los Price y el músculo de los Rosetti, decidiendo nuestro destino sin siquiera pestañear.

—Bien —dice mi padre—. Espero tener noticias suyas pronto.

La mano de Juliet está floja en la mía. —Nos está vendiendo a ellos —susurra, horrorizada.

La levanto y pongo mis dedos en mis labios para callarla. Necesitamos alejarnos de aquí con seguridad antes de analizar lo que acaba de suceder.

—Lo está intentando. —La levanto del suelo y la llevo lejos por el pasillo y doblando una esquina, alejándonos de la puerta, fuera del alcance de mi padre—. No lo logrará.

—Ya lo ha logrado. Eleanor, va a casar a una de nosotras con un Rosetti.

El suelo cruje mientras tomo la mano de Juliet y la arrastro por el pasillo hasta mi habitación, con la sangre hirviendo. Es tan frágil que creo que podría romperse si la aprieto demasiado. Su cuerpo se mueve como si fuera mecánico, y tan pronto como cierro la puerta tras nosotras, se desploma contra la pared y hunde el rostro entre sus manos.

Giro la llave. —No lo hará. —Mis palabras son bruscas, y sé que ella odia cuando le hablo así, como si yo fuera una general y ella una soldado. Pero si no mantengo el control de mis emociones, yo también me desmoronaré—. Encontraremos una solución. Pensaremos en algo. —Sé cómo opera mi padre. Sé cómo superarlo. Pero incluso mientras lo digo, mi pecho se oprime de miedo.

Juliet aparta su mano de la mía. —Eleanor, no quiero casarme con esa familia. No quiero...

—No lo harás. —Agarro sus hombros, miro fijamente sus ojos hasta que estoy segura de que me cree—. Tendrá que pasar sobre mí primero.

—¿Qué vamos a hacer? —Su voz es pequeña.

—Huiremos. —Las palabras salen con más fiereza de lo que pretendo, pero me siento como un fantasma, delgada y transparente —. Nos iremos. No miraremos atrás.

Su rostro está pálido, como si toda la sangre se hubiera drenado. —Eleanor —dice, con la voz quebrada—. No podemos huir. ¿Adónde iríamos? Cómo podríamos... no tenemos dinero, y padre nos encontraría.

Me acerco a ella y paso mi mano por su cabeza como lo hacía cuando era niña. Abro la boca para discrepar, pero tiene razón. No podemos huir. Incluso si logramos escapar de él, lo cual no hemos conseguido en años de intentarlo, enviará a los Rosetti tras nosotras.

Me hundo en la cama, junto a donde ella está sentada en el suelo, con los brazos alrededor de mis rodillas. Tengo que idear un plan. Un buen plan. Juliet cuenta conmigo.

Está a mi lado antes de que me dé cuenta de que se ha movido, con sus brazos alrededor de mi cintura. Me abraza como si yo fuera la delicada, como si yo fuera la que lo necesita. Su aliento es cálido contra mi hombro. —Eleanor, creo en ti. Siempre creo en ti.

Las palabras son un bálsamo para mi corazón que se rompe. No sé cómo nos mantendré a salvo. Pero sé que si se trata de elegir entre Juliet y yo, seré yo quien se vaya. Seré yo a quien él entregue. Me aseguraré de ello.

Toco el anillo en mi dedo, girándolo lentamente. Es la única pieza que me queda de mi madre, el único tesoro que mi padre no me ha arrebatado. Su fina banda de oro. Lo he llevado desde que ella murió, un recordatorio del amor incondicional que una vez tuve.

—Lo convenceré de que soy yo a quien debe vender —digo—. No tú.

Juliet deja escapar una risa ahogada y desesperada. —Esa no es una solución.

—Es la única que tenemos. Yo puedo manejar a los Rosetti. Tú no.

Ella niega con la cabeza. —No sabes eso.

—Sí, lo sé. —Tiembla, más frágil de lo que nunca la he visto, y sé lo que tengo que hacer—. Encontraré una salida, pero tienes que dejarme protegerte.

Se muerde el labio, aún insegura. —¿Lo prometes?

—Lo prometo.

La acerco a mí, con el corazón latiendo fuerte en mi pecho. Una casa tan grande como esta, y ningún lugar donde esconderse. Pero escondernos no nos salvará. Si espero, perdemos. Si actúo, hay una oportunidad. Y no dejaré que decidan por mí.

2

Leonardo

Dom me dijo una vez que Il Lusso era demasiado hermoso para gente como nosotros. Se equivocaba. Es demasiado feo. Esta habitación tiene podredumbre invisible en las paredes y bajo el suelo, debajo de los accesorios dorados pulidos y los camareros con esmoquin que ofrecen cocaína en lugar de entremeses. No escucho el jazz ni el tintineo de las copas ni el sonido de hombres vacíos estrechando manos en tratos vacíos. Todo lo que oigo es mi propia sangre. Demasiado fuerte. Demasiado rápida. Lo de siempre.

Alguien suelta una risa estridente al otro lado de la sala, una mujer delgada como un palillo se envuelve alrededor de un hombre, y el mundo aquí sigue girando sin mí. Me apoyo contra una columna de mármol e intento no fruncir el ceño.

Respiro hondo y me paso los dedos por el pelo. Este no es mi lugar. Las peleas en las que me meto no ocurren en sofás de cuero profundo con vasos de whisky. Soy la carta salvaje. El impulsivo. Siempre con dos copas de más o a punto de soltar un puñetazo. He intentado fingir como Dom, pero no puedo hacerlo. No lo haré.

Hablando de Dom, veo los ojos afilados de mi hermano atravesando la multitud, buscándome. Sus hombros son demasiado anchos para este lugar, o quizás es solo su ego, pero la gente le abre paso. Se mueve con la fría precisión de un hombre que lleva

dirigiendo este sitio desde siempre. El tiempo suficiente para hacerse rico a costa de la escoria. Dom me localiza y se dirige hacia mí, ignorando a alguien que parece importante.

—Sabía que te encontraría aquí cavilando —dice, deteniéndose frente a mí.

Me encojo de hombros.

—Y tenías razón. ¿Cuál es tu punto?

Dom sonríe con suficiencia.

—Pareces miserable, Leo.

Bufo.

—Parezco aburrido. Preferiría estar armando lío en otro lugar.

—Ten paciencia. —Dom se cruza de brazos, y la tela de su traje apenas se arruga—. Ya te estás poniendo nervioso. No llevas ni una hora aquí, ¿verdad?

—Diez minutos. No sé cómo haces esto cada noche. Preferiría golpearme la cabeza. —Me hago crujir los nudillos para enfatizar mi punto, el sonido agudo como un disparo en todo este ruido blanco y monótono. Dom ni se inmuta.

—Hago lo que hay que hacer, así de simple. Papá tiene algunos movimientos importantes planeados. —Dom levanta la barbilla y me mira fijamente, sus ojos llenos de esa calma intensa que da mucho más miedo que los gritos. El tipo de seriedad que pone nerviosa a la mayoría de la gente. Yo solo estoy esperando a que suelte la siguiente parte del plan y me explique por qué me arrastró hasta aquí para reunirme con él. No tengo que esperar mucho.

—No te va a gustar, Leo —dice finalmente, clavando su mirada aún más profunda. Sabe que estoy a punto de perder la calma, como siempre—. Pero más te vale aceptarlo.

Resoplo, frotándome la nuca.

—Déjame adivinar. ¿Papá ahora está moviendo coca a través de las escuelas primarias? —Sé que he dado en el clavo cuando la boca de Dom se tensa. He tocado un nervio.

—Qué gracioso. Estamos cerca de algo, y esto es importante.

—Vale —digo—. ¿Importante cómo?

Dom se queda callado un instante de más, y veo cómo está sopesando exactamente cómo decírmelo. Cómo hacer que me trague la amarga píldora que Sal ha preparado. Cambia el peso de una pierna a otra, como si se estuviera preparando para el impacto, o tal vez como si se estuviera preparando para decirme que soy adoptado.

—Este trato con Richard Price...

—¿El tipo de las gemas?

—El tipo de las gemas —confirma Dom—. Estamos listos para proceder.

—¿Ah, sí? —Arqueo una ceja.

—Así es. —Los ojos de Dom me taladran como si estuviera intentando plantar la idea en mi cráneo—. Queremos que tú lo lideres, Leo. Es un simple trato de negocios. Te casas con la hija, y todos somos una familia feliz. Él obtiene nuestra red de distribución, nosotros obtenemos sus piedras.

Mi mente da vueltas, luchando por comprender las palabras de mi hermano. Por un segundo, el rugido de todo a mi alrededor desaparece, reemplazado por un silencio ensordecedor. Me quedo allí, inmóvil. La sugerencia es absurda. Parece una broma, excepto que sé que Dom nunca bromea sobre negocios. Mi pulso se acelera. Me encuentro sin palabras, como si me las hubieran arrancado junto con el aliento.

¿Casarme con la hija? La frase hace eco hasta que un destello de ira se enciende dentro de mi pecho. Mi boca finalmente se pone al día con mi cerebro. Me inclino hacia adelante, con un gruñido torciendo mis labios.

—No puedes hablar en serio.

Casi espero que Dom sonría con suficiencia y me diga que todo es una broma, una nueva forma de jugar con mi cabeza. Pero Dom simplemente se queda allí, impasible y compuesto. Imbécil exasperante. Sabe que no retrocedo ante los desafíos. ¿Pero esto? Cuanto más tiempo Dom sostiene mi mirada, más se hunde la verdad.

Con una exhalación brusca, finalmente suelto:

—¿Y pensaste que yo sería el mejor hermano para el trabajo? —Me río—. Ni de coña.

—Así es como funcionan estas cosas. Esto es familia, Leo.

Le escupo las palabras.

—Así es como funcionaban en el siglo XV.

No me deja ganarle.

—Tú no haces el amor. Así que cásate con esta chica, ¿cuál es la diferencia? Eres un luchador, no un amante, ¿no? Tú mismo lo has dicho mil veces.

—Eso era diferente.

—¿Cómo?

—Eso fue antes de que me dijeras que tenía que casarme —replico—. Estás loco. No somos animales. Esto no va a pasar.

—Pasará —dice Dom, firmando mi sentencia de muerte—. Si quieres dirigir la nueva rama de gemas del negocio familiar.

Lo agarro por el cuello y lo empujo hacia atrás. Él simplemente me deja, porque sabe que me arrepentiré en un segundo.

—Me importa un carajo que seas mi hermano. Que te jodan por pensar que puedes hacerme esto.

—Estoy pensando en la familia —dice Dom, alisándose el traje—. Tú también deberías hacerlo. Necesitamos esto, Leo. Es todo.

Una mujer pasa caminando, con un maquillaje impecable, una falda que parece pintada y tacones aún más altos que su cuenta bancaria. Puedo ver que Dom también lo nota, pero dudo que esté pensando lo mismo que yo. Esta cosa brillante y delgada probablemente usa la tarjeta de crédito de su papi como si fuera un trofeo, pero tiene una boca y un cuerpo que podrían mantenerme interesado, al menos por un tiempo. Se aleja con un contoneo que te hace olvidar de qué estabas hablando.

—¿Y yo soy la única manera? —pregunto.

—Eres tú. Lo haría yo mismo, pero...

—Pero tú eres el heredero. Sal te está guardando para un pez más gordo. ¿Qué hay de uno de los gemelos? ¿O Rafe? Estoy seguro

de que les encantaría atrapar a una chica rica y guapa.

—Están organizando los cuadriláteros de lucha con los rusos para los próximos meses, ya lo sabes.

—Entonces esperamos. ¿Qué son un par de meses comparados con años de felicidad conyugal?

—Los albaneses también están intentando meterse en el negocio de las rocas. Tenemos que movernos rápido en esto. Así que eres tú. No hay otra opción. Papá está decidido con esto.

—Que se case él con ella, entonces.

Casi sonríe. Casi. —No creo que a mamá le guste mucho eso. Eres tú o no hay negocio de rocas.

Tiene razón, y sabe que yo lo sé. Estoy atrapado y retorciéndome, un animal con la pata en una trampa. Un animalito violento que está listo para arrancarse la pata de un mordisco.

Dom espera.

Una olla a presión. Eso es lo que soy cuando se trata de la familia. Haré cualquier cosa por ellos, pero explotaré mientras sucede, y él lo sabe. Su paciencia es exasperante.

Le escupo las palabras como balas, feas y metálicas. —Si la chica no quiere esto, me salgo. No voy a obligar a alguien a casarse conmigo.

Dom ni siquiera se inmuta. Me conoce demasiado bien. —Hablaré con Richard.

—Quiero reunirme con ella —insisto. De ninguna manera me voy a casar con una mujer que nunca he conocido. De ninguna manera voy a entrar a ciegas.

Dom parece sorprendido, como si yo fuera más sentimental de lo que pensaba. Como si fuera más débil. —De acuerdo. Pero no hará ninguna diferencia.

Mantengo su mirada porque seguimos siendo hermanos, aunque seamos de razas diferentes. —Si ella no lo quiere, hará toda la diferencia.

—Hay dos mujeres —dice Dom, como si estuviera agitando un boleto dorado frente a mi cara—. Puedes elegir.

—Las hermanas Price. Genial.

Dom se encoge de hombros como si me estuviera entregando un regalo en lugar de una cadena perpetua. —No es un mal trato.

Niego con la cabeza, mi pulso marcando el ritmo de una rabia creciente. —Que te jodan.

—Me lo agradecerás. —Se da la vuelta para irse, y estoy listo para lanzarle algo a la parte trasera de su cabeza perfectamente arreglada.

Lo llamo, porque tengo que decirlo. Porque incluso cuando estoy enojado como el infierno, sigo siendo un Rosetti. —Sabes que haría cualquier cosa por la familia.

—Eso es lo que me preocupa. —A cualquier otro, le diría gracias, pero a mí me insulta, como si no pudiera controlar mi temperamento ni por cinco minutos seguidos.

Observo su espalda mientras se va, deslizándose entre la multitud como una bala hundiéndose en la carne. Así es con él: preciso, frío, profesional. No como yo, con la sangre corriendo fuera de mí más rápido de lo que puedo retenerla.

Miro alrededor de esta habitación dorada otra vez, y ya no parece sangre después de todo. Parece óxido. Una mancha que se está asentando en todo. Soy parte de ello, aunque nunca quise serlo. Las palabras de Dom resuenan, *Elige a la que más lo quiera.*

Lo haré. Por la familia, haré cualquier cosa. Solo que no sé quién seré cuando todo esté hecho.

3

Eleanor

Las paredes parecen estrecharse a mi alrededor, aunque nunca lo demuestro. No ante él. He estado fuera del despacho de mi padre demasiadas veces antes, hecha de cristal bajo su escrutinio, pero esto es diferente. Mi corazón late a un ritmo febril mientras llamo. Nos ha prohibido a Juliet y a mí entrar en esta habitación, pero conozco mi valor para él. Un valor que estoy a punto de subastar.

Dentro, la habitación huele a humo de cigarro y barniz, una mezcla pesada que ahoga el aire. Cuero oscuro y caoba pulida llenan el espacio, cada pieza precisa y cara, pero el conjunto resulta tan estéril como una mesa de operaciones. Al principio, él está de espaldas a mí, una figura alta en un impecable traje gris, mirando por la ventana.

—Eleanor —no se da la vuelta. Mi nombre sale de su boca como una tarjeta de visita deslizada sobre una mesa—. Confío en que esto sea importante.

—Lo es —las palabras se atascan, solo un poco, y las obligo a salir. La habitación parece encogerse a medida que avanzo hacia el interior.

Se gira, y sus ojos se encuentran con los míos con el frío peso de la evaluación. Richard Price: comerciante de gemas, constructor de

imperios, el hombre que piensa que incluso la sangre es un activo que se puede liquidar. Juliet y yo no tenemos nada que hacer aquí, dice a menudo, excepto cuando somos el negocio. Inspiro, pero el aire se siente enrarecido.

—Pareces decidida, hija mía. Eso es peligroso —se apoya contra su escritorio, perfectamente compuesto, un gato jugando con un ratón acorralado. Sus dedos marcan un ritmo constante contra su anillo de ónice, un movimiento que siempre significa que está planeando tres pasos por delante—. Siéntate —señala la silla de cuero frente a él, pero no me muevo. Sentarme se siente demasiado como una sumisión.

—Estoy aquí por los Rosetti —digo.

—Ah —sonríe, pero sin calidez—. Así que te has enterado.

—Me he enterado —repito, manteniendo mi voz tan suave como la seda—. Y lo haré. Me casaré con Leonardo Rosetti.

La habitación se estira en silencio, cada tic-tac del reloj fuerte y lento. Me pregunto si puede ver cómo late mi corazón, si la fina seda que llevo delata mi pulso. No responde de inmediato, deja que el silencio me presione.

—No depende de ti —dice finalmente—. Leonardo elegirá. La que más le guste —suena casi divertido, como si yo fuera todavía una niña, todavía tan fácil de moldear.

—Entonces me aseguraré de que le guste yo —mi voz no tiembla, pero por dentro estoy inestable, balanceándome en el filo de una navaja.

Su mirada se agudiza, y veo un destello del hombre despiadado detrás de la superficie pulida. —¿Estás segura de que puedes interpretar el papel de esposa de la mafia?

He practicado para este momento, he encerrado mi miedo donde ni siquiera Juliet puede verlo. Aun así, mis manos se sienten frías. Las junto, reflejando su calma. —Valgo más para usted casada con esa familia que retenida aquí. Me ha estado enseñando eso toda mi vida. Así que haré lo que sea necesario para lograr mi objetivo.

Se ríe, un sonido más cortante que agradable. —Cuidado, Eleanor. Estás empezando a sonar como yo.

Soy como él en algunos aspectos —aguda, deliberada— pero no en los que más importan. —Esto es un negocio —digo, dejando que cada palabra se sostenga por sí misma, una barrera entre lo que él cree que soy y en lo que me estoy convirtiendo—. Sé cómo jugar el juego. Juliet no.

—Ah —sus ojos parpadean, calculadores, como si estuviera pesando a sus hijas en quilates—. Así que es eso. La estás protegiendo. De nuevo.

No respondo. No necesita que lo haga. En su lugar, sostengo su mirada.

—Las emociones te hacen débil, hija mía —dice—. No dejes que nublen tu juicio.

No entiende que esto es juicio, que he medido los riesgos y encontrado el camino. Sería más fácil huir, llevarme a Juliet y desaparecer, pero nos encontraría. Siempre lo hace. La mafia es solo otra herramienta en su mano, una que corta más profundo de lo que me atrevo.

—Yo no hago emociones —digo.

—Ya veremos —responde. Coge una carpeta de su escritorio, su atención ya cambiando—. Leonardo insiste en conocerlas a ambas antes de decidir.

Trago saliva, la idea de una reunión retorciendo el aire aún más. —¿Cuándo? —pregunto.

—Esta noche. Asegúrate de verte... impresionante.

Salgo de su despacho con la presión de sus expectativas envuelta firmemente a mi alrededor. Estoy resuelta. Seré la elegida por Leonardo, y al hacerlo, mantendré a mi hermana libre.

Fuera de su vista, me detengo para recuperar el aliento, pasando un dedo por el delgado anillo de oro en mi mano. La única pieza de mi madre que él no pudo intercambiar. Gira bajo mi toque, una pequeña y silenciosa rebelión.

Me dirijo a mi habitación, sabiendo que Juliet estará esperando. Ella siempre está esperando, llena de esperanza y duda y la fuerza silenciosa que nadie ve excepto yo. Le diré que estaremos bien.

Y si puedo hacer que yo misma lo crea, entonces tal vez soy lo suficientemente fuerte después de todo.



Juliet se retuerce el pelo con una mano y hurga en mi armario con la otra. Los vestidos caen al suelo, sedas y cachemiras en flácida derrota, hasta que mi habitación parece una venta de garaje de lujo.

—Eleanor —dice, con voz suplicante—. ¿Qué pasó con nuestro plan de huir? Hagámoslo. Ahora mismo. Estoy lista.

Me imagino a las dos allá afuera, desesperadas y románticas, hasta que padre nos encuentre. Lo haría, eventualmente, y no se sabe qué harían los Rosetti. Recojo y luego descarto el vestido azul plateado que usé en la fiesta de Navidad de los O'Malley. Esta vez necesito impresionar a un futuro esposo.

—Nada de huir —digo—. Nunca debí sugerirlo. Estoy lista para crecer ahora, Jules. Estoy lista para casarme.

Juliet se sienta a mi lado, aferrando un vestido de tul rosa. Sus ojos color avellana se encuentran con los míos.

—Si solo nos fuéramos...

Fuerzo mis palabras a ser más suaves, más gentiles de lo que me siento, porque ella necesita eso más que la verdad. Empujo un vestido blanco en su dirección.

—¿Qué tal este?

Sus labios tiemblan, tratando de formar una respuesta. En su lugar, toca el borde de la tela.

—Es... bonito.

Bonito. Es una palabra que he aprendido a evitar. Nuestro padre nos llama bonitas como nos llama chicas, nunca lo suficiente para

valer algo por nosotras mismas.

—¿Y este? —saco una seda esmeralda—. ¿Demasiado oscuro?

Sus manos se anudan en su regazo, los dedos inquietos.

—Solo desearía...

—No podemos desear una salida, Jules —digo, más brusca de lo que pretendo. Ella se estremece, un pequeño movimiento doloroso que me hace acercarla, rodeándola con mis brazos. —Hago esto porque quiero. Quiero casarme con Leonardo Rosetti. —La mentira se siente áspera en mi garganta—. Todo lo que necesitamos hacer es sobrevivir esta noche, asegurarnos de que me elija.

—Pero...

—Seremos libres si lo hace. —Es una promesa que pretendo cumplir. La suelto y doy un paso atrás, fingiendo una certeza que no siento. Soy una gema perfecta y bien tallada en las manos de mi padre.

Juliet alcanza el vestido esmeralda, sus ojos buscando los míos como si hubiera dejado una pista. Ella no entiende cuán bien he aprendido a esconderlas.

—De acuerdo —susurra—. Seremos libres. —Suena como si estuviera tratando de convencerse a sí misma también.

Tomo el vestido azul plateado del suelo.

—¿Me ayudas con esto? —pregunto, deslizándome dentro del vestido. Flota sobre mis hombros, frío y sedoso como el toque de la familia Price. Ella sube el cierre.

—¿Estás segura de que no es demasiado... gélido? —Me da una triste media sonrisa.

—¿No es esa la idea? —Mi risa es frágil, una nota practicada que espero suene convincente—. ¿Mostrarle lo que se lleva? —Mis ojos captan el anillo de oro en mi dedo, la única rebelión que me permito. Lo giro una vez, lo suficiente para recordar que está ahí, antes de forzar mis pensamientos de vuelta al vestido—. ¿A menos que creas que Leonardo me preferiría con otra cosa?

Juliet se muerde el labio, una imagen familiar de indecisión.

—¿Algo que te haga feliz?

Felicidad. Otra cosa de la que nunca hemos tenido suficiente.

—Me querrá por lo que valgo, no por lo que me gusta. —Mi voz es débil.

—No quiero que te tenga en absoluto. —Sus palabras salen rápidas, y parece sorprendida por su propia honestidad, un rubor subiendo por sus mejillas.

—Piensa en las conexiones —digo—. ¿Tienes idea de cuán conectada está la familia Rosetti? Podría chasquear los dedos y tener cualquier cosa que quiera. No más depender de la caridad de padre. —Le doy una sonrisa deliberada, forzándola hasta que casi se siente real.

El vestido es suave contra mis piernas, pero me aprieta demasiado las costillas, y por un momento, me pregunto si puedo respirar a través de la presión. El reflejo en el espejo es una extraña: pulida, confiada, todo lo que necesito ser.

En el cristal, Juliet parece más pequeña y joven de lo que es.

—No tienes que hacer esto —dice, y quiero creer que tiene razón.

Pero no la tiene. La miro, luego al suelo lleno de mejores opciones. Me inclino para recoger uno de ellos, un vestido de muñeca en rosa pálido, y se lo acerco.

—Deberías usar este —digo. Rosa pastel. Quiero que parezca joven, demasiado joven... y espero que al hombre Rosetti no le guste ese tipo de cosas—. ¿Me ayudas con mi pelo?

Ella toma el vestido y asiente. Me siento frente a mi tocador, sus dedos trabajando entre los mechones de mi cabello.

—Él te amará —dice, con una suave certeza que desearía poder compartir—. Es imposible no hacerlo.

Quiero decirle que eso no es relevante, que aprendimos a no ser amadas antes de aprender cualquier otra cosa. Pero se ve tan esperanzada, y no puedo destrozar eso.

—Entonces esto debería ser simple —digo en su lugar—. Y una vez que te vea con esa monstruosidad rosa, no tendré que preocuparme por la competencia.

—Sé seria —susurra.

Sus dedos tejen mi cabello en un giro suave y preciso. Ajusto los mechones con horquillas, segura en todas las formas en que no lo estoy, y fuerzo una sonrisa agradecida.

—Siempre soy seria —le digo, y tristemente es cierto.

Mientras Juliet se pone el vestido de tul rosa, aparto la mirada hacia el cajón lleno de joyas de mi padre. Saco un collar de diamantes y me pregunto si puedo llevarlo sin que me asfixie. Brilla bajo la luz del tocador. —¿Demasiado? —le pregunto, sosteniéndolo contra mi cuello.

Ella asiente.

Suspiro. Vuelvo a guardar el collar y saco un hilo de perlas en su lugar. Son más modestas, pero siguen siendo hermosas, aún capaces de captar la atención de Leonardo.

Ella se aleja. Sus dedos rozan el borde de la cómoda, necesitando algo a lo que aferrarse.

—Tengo miedo —dice, suave como una confesión.

No es la única, pero sí la única que puede decirlo. Me aliso el vestido. —No lo tendrás cuando me elija a mí.

—¿Y si no lo hace?

Alcanzo su mano con un agarre repentino y seguro. —Entonces no soy tan buena en esto como creía.

Se aferra más fuerte de lo que esperaba. —Eres buena en todo.

—Lo soy, ¿verdad? —Me río, un suave alivio en la tensión, pero se siente más como llorar de lo que quiero admitir. Le lanzo una mirada que dice: créeme esta vez—. Vamos a estar bien.

Es la misma promesa de antes, pero ella me deja creer que está funcionando. Terminamos los últimos retoques, dos chicas fingiendo que no tienen miedo, fingiendo que saben lo que están haciendo. El peso de mi decisión me oprime más que las perlas alrededor de mi cuello.

Salimos de mi habitación con todo lo que necesitamos, pero aun así siento que me falta el valor que le he prometido. No puedo mirar atrás ahora. Mi padre me ha entrenado mejor que eso. Avanzamos, saliendo de mi habitación hacia lo que he decidido, hacia Leonardo y

todo lo que él significa para nosotras. Solo espero que mis mentiras sean más fuertes que mis miedos.

4

Leonardo

La multitud es un monstruo. Inhalo su sudor y humo y espero a que me trague entero. Tengo un cigarrillo colgando del labio, medio olvidado, y lo suelto con el pulgar, soplando una nube de humo para verla morir en el aire viciado y húmedo.

A mi lado, Dom se recuesta, con los brazos cruzados. Tiene la mirada fija en la entrada, todo tranquilo y agudo como si pudiera hacer aparecer a la familia Price con solo desearlo. El tipo ni siquiera parece nervioso. A veces me cabrea. El viejo lo ha convencido; cree que es un hecho. ¿Y yo? No estoy tan seguro.

—¿De verdad crees que vendrán? —me trono los nudillos, uno por uno.

No me mira, sigue observando la puerta. —Vendrán.

Me encojo de hombros. —Te apuesto cien pavos a que no.

—Leo —dice, y puedo oír la paciencia en su voz, como si le hablara a un niño que aún cree en Santa Claus—. Vendrán.

Suelto una carcajada y le lanzo el cigarrillo a los pies. —Entonces me debes —digo, pero sin convicción. Si los Price realmente hacen esto, si de verdad se meten en medio del territorio de los Rosetti, quiero verlo. Quiero ver cómo se las arreglan estas princesas en mi terreno.

La pelea está en marcha, el ring es un enjambre de cuerpos. Apuestas y sangre, gritos y maldiciones. Me encanta esta mierda. Me encanta tenerla en las venas. Me encanta sentirla bajo la piel.

Me separo de la pared y me abro paso entre la multitud, dirigiéndome al ring. El calor y el ruido se elevan, las voces chocan entre sí, cien personas gritando por sangre.

Humo de cigarrillos y sudor y aire caliente y viciado. El mordisco acre de cerveza barata y palomitas quemadas. Es lo bastante denso como para ahogarme, y se siente como en casa.

Choco los cinco con Matteo, que ronda por el borde de la multitud, con esa sonrisa de suficiencia pegada en la cara. —Creía que tenías una cita —dice, con los ojos brillantes—. ¿Ya la estás dejando plantada?

—Todavía no —le grito en respuesta.

El aire vibra con otro rugido. Matt se ríe, me agarra la camisa cuando me muevo para despeinarle. —No tan rápido. Cuidado con el pelo.

—Vete a la mierda —le digo, pero estoy sonriendo. Paso junto a él y saludo con la cabeza a Rafe. Tiene los ojos puestos en la pelea, con la mandíbula apretada. Su gancho de izquierda parece listo para partir a alguien por la mitad.

—Más te vale que ese tipo no quede noqueado —le digo.

Rafe solo niega con la cabeza, con la mirada fría. —Más te vale a ti que papá no te noquee por traer a las mujeres Price aquí. Te dijo que las llevaras a Il Lusso.

Le hago un corte de manga y luego me dirijo al borde del ring. Es perfecto. El ruido, el caos, el pulso del lugar.

Hay un luchador en el suelo, agarrándose el costado. Otro se cierne sobre él, con ojos salvajes, los puños vendados y ensangrentados. Una última patada en las costillas, y la multitud es un muro de sonido que se estrella sobre mí.

El tipo del suelo se queda abajo. Veo el momento exacto en que decide tirarse, veo el cambio cuando su lado pierde, y me encanta. Perder significa peleas. Perder significa sangre. Y, efectivamente, la

gente empieza a empujarse, a gritarse, con los puños fuera, los puños en alto. Es un caos. Es un maldito motín. Lo siento en los huesos.

Pero entonces...

Pero entonces los veo.

Destacan como si fueran putos ángeles. Demasiado limpios, demasiado suaves. Richard Price y sus hijas. Sonrío ampliamente, tanto que duele. La mayor es toda curvas elegantes y columna de princesa de hielo, e inmediatamente quiero lanzarla contra la pared más cercana y subirle ese caro vestido por los muslos cremosos y hacerla gemir. Quizás el viejo no estaba tan loco después de todo.

Me abro paso entre lo más denso de la multitud, apartando cuerpos a empujones.

De verdad las ha traído. De verdad ha traído a sus chicas a este antro del infierno.

Solo lo he visto una vez. Es alto, con la cara toda ángulos duros, caro y esculpido. Es hilarante lo fuera de lugar que se ve, como si estuviera aquí para comprar el local, no para ver una pelea.

Las chicas son jóvenes. Demasiado jóvenes. La más pequeña tiene esa mirada de conejo asustado, ojos abiertos y lista para salir corriendo. Probablemente no tenga más de diecinueve años, pero con ese atuendo de princesa de Disney, parece que tuviera unos doce. Me dan ganas de acercarme a ella y ver si sale corriendo.

Me concentro en la mayor en su lugar.

Mantiene la barbilla alta, actuando como si todo esto estuviera por debajo de ella. Vestido azul hielo que se ajusta a su torso y se ensancha alrededor de sus rodillas. Se ve tan condenadamente elegante que casi da risa. Incluso aquí, en medio del caos, hace que parezca que pertenece a este lugar. No lo entiendo. Pero quiero hacerlo.

Me abro paso entre los últimos de la multitud y llego hasta ellos. Richard me mira de arriba abajo, evaluándome con esos ojos fríos.

—¿El señor Rosetti, supongo? —dice, con ese desprecio educado.

—¿Cuál de ellos? —sonrío, dejando que la pregunta flote en el aire, para ver cómo reaccionan. La más joven se mueve, y puedo ver que está entrando en pánico. La mayor no se mueve. Sostiene mi mirada.

—Esta es Eleanor —dice, señalando a la chica del vestido azul. Ella asiente, educada y perfecta—. Y Juliet —la princesa de Disney.

—Leonardo —digo. Me acerco más a la hermana mayor, con los ojos fijos en ella. No se estremece, no aparta la mirada. Solo se queda ahí, fría y serena. Exactamente el tipo de niña mimada que odio dentro del tipo de cuerpo que amo. Quiero ver qué hace a continuación—. Oí que me estaban buscando.

Los labios de Richard se tensan, disgustado.

¿La mayor? ¿Eleanor? Me sorprende. No espera a que su padre responda, no deja que él hable por ella. —No esperábamos un lugar tan... enérgico —dice, con los ojos fijos en los míos.

—¿No lo hiciste? —Señalo el anillo con el pulgar, sin poder evitar la amplia sonrisa en mi rostro o la tensión en mis pantalones.

Ella niega con la cabeza, pero hay algo allí, algo afilado. —Todo lo contrario.

Casi me río, en cambio miro a Richard. —Bueno, ¿qué es la vida sin un poco de aventura?

Él inclina la cabeza, frío y sereno. Ya lo odio. —¿Les dará un tour a las chicas?

—Solo a Eleanor —digo. Quiero ver cómo maneja esto. Quiero ver de qué está hecha.

Él me da una larga mirada, como si ya hubiera calculado mil resultados diferentes y todos terminaran con él ganando. Cree que esto es un trato hecho. Pero Eleanor... Eleanor me mira con esos ojos azul hielo, y no puedo descifrarla. No puedo leerla.

La llevo a través de la multitud, la guío hacia el ring. Puedo ver a los siguientes luchadores preparándose, vendándose las manos y comprobando los movimientos del otro. Puedo ver los empujones, los gritos, el feo submundo de este lugar. Pero no puedo ver lo que ella ve.

Camina a mi lado, terca y decidida, sin lograr igualar del todo mi paso pero negándose a quedarse atrás. Sus tacones son ridículos para este lugar, pero ni siquiera parpadea cuando pasamos junto a un matón con la nariz rota y una chica del ring con un top de bikini y botas Doc Martens. O no lo nota, o realmente no le importa. Me detengo y la observo por un segundo, tratando de descifrarla, pero su rostro está perfectamente calmado.

—Demasiado elegante para un lugar como este —digo, señalando el vestido con la cabeza. Espero a medias que me responda mordazmente, que empiece a quejarse del lugar y de cómo debería haberla advertido, de cómo nunca ha puesto un pie en un sitio tan poco respetable. Estoy provocando a esta princesa y esperando ver cómo se magulla. La estoy desafiando a que me muestre que es tan delicada como parece.

Me sorprende de nuevo con un encogimiento de hombros confiado. —Me gusta vestir bien.

Entrecierro los ojos. Esto no es lo que esperaba. Ni de cerca. Pensé que se derrumbaría, que tendría que arrastrarla por el agujero infernal que es el ring de lucha de los Rosetti. En cambio, se mueve por el caos como si no tuviera nada que perder. Pensé que mostraría una grieta, aunque fuera pequeña, pero se mantiene como si esto fuera una maldita fiesta de té.

—¿Y si te manchas de sangre tu bonito vestido? —pregunto.

Ella fija su mirada en mí, sus ojos del mismo color azul hielo que su vestido. —Entonces te enviaré la factura de la tintorería.

Suelto una carcajada. —¿Es por eso que quieres casarte conmigo? ¿Por el dinero de mi familia?

Aparta la mirada de mí, aburrida, observando la pelea en su lugar. —Tengo suficiente dinero.

Me trono los nudillos. —¿Entonces por qué? ¿Tu viejo te dijo que tenías que hacerlo?

—Es muy pragmático —dice, fría como el hielo, con un destello de algo bajo la superficie.

Doy un paso más cerca, probando cómo se mantiene. —¿Entonces? ¿Qué quiere una princesa como tú con un matón como yo?

Gira su anillo, un movimiento rápido, casi invisible. Luego me mira a los ojos. —Esto es una transacción comercial, señor Rosetti. Me interesa el poder de su familia.

Suelto una carcajada, fuerte y áspera. Puedo verla estremecerse, aunque lo oculta. —Una transacción comercial —digo, burlándome de su tono frío. Lo odio. Odio su actuación, odio que piense que puede engañarme. Empiezo a darme la vuelta.

Pero no lo hago.

Veo algo crudo y real destellar en sus ojos, solo por un segundo, pero está ahí.

No creo que sepa que lo he visto. No creo que quisiera dejármelo ver. Se mantiene como si fuera la reina de este lugar, y casi quiero desafiarla. Es una maldita actuación, pero parte de mí quiere averiguar si hay algo más. Parte de mí quiere ver si puedo romper esa dura y elegante coraza.

Es inteligente, más aguda de lo que le di crédito. Ahora puedo ver que me equivoqué. No se asusta, no se inmuta, e incluso cuando intento alejarme, sé que no me lo va a poner tan fácil. Lo desea demasiado.

—¿Crees que estoy mintiendo? —pregunta, con la cabeza inclinada, desafiante. Me está poniendo a prueba de nuevo, viendo si la voy a desenmascarar. Me está retando a que demuestre que se equivoca. Es más fría de lo que pensaba, más terca, probablemente más parecida a Richard de lo que jamás admitiría.

Debería hacerme alejar. Debería hacerme dejarla aquí como quiero, como necesito. Pero ese destello está atascado en mi cabeza, y en su lugar me vuelvo hacia ella. —Sé que estás mintiendo —digo, observando su rostro, buscando esa grieta de nuevo. Ni siquiera parpadea—. No trato con mentirosos. —Mi voz es dura, definitiva.

Me está observando, indescifrable. Lo odio. Odio que me haga pensar dos veces cuando se supone que debería ser fácil de descifrar.

La multitud es como un rugido en mis oídos, una marea de gritos y abucheos. No la miro cuando me voy.

Es una princesa y una mentirosa, y lo arruinó.

Vuelvo con Dom, que sigue esperando como una estatua.

—¿Cómo fue? —pregunta, demasiado calmado.

Estoy a punto de cancelar todo, pero entonces la veo a través de la multitud, sonriendo mientras mira la pelea, una expresión de pura alegría en lugar de la máscara calculada que me mostró, y no respondo. En cambio, la observo.

5

Eleanor

Mi primer error es pensar que puedo esconderme. No soy más que una joya extraña entre piel desnuda y gritos salvajes. Sigo a Leonardo con facilidad, una explosión de tatuajes y temperamento y el tipo de confianza despreocupada que pretendo no envidiar. El único rojo aquí es su cabello y el sangriento desastre que observa sin inmutarse. Apuesto a que tampoco se inmutaría ante mí. Haría exactamente lo que quisiera, cuando quisiera, y al diablo con las consecuencias.

Lo opuesto a mí, entonces.

Me muevo en el banco de madera, sintiendo miradas sobre mí, pero mantengo mis ojos fijos en Leonardo. Ni siquiera mira en mi dirección. El ruido a su alrededor es un muro de energía animal: hombres bramando, mujeres maldiciendo, cerveza y cuerpos y humo. Estoy a la deriva en todo esto, un costoso pensamiento tardío rodeado por el calor rugiente. Al otro lado del foso, Domenico Rosetti me estudia con una calma inquietante. También lo hacen los otros hermanos, Raffaele y Matteo, como si fuera una de sus luchadoras y no una chica con una carta de negociación. Mi cabello aún está recogido y ordenado; bien podría ser una tiara en este caos. Me siento más cómoda en seda fina que en aire sudoroso, pero me niego a mostrar mi incomodidad.

Pero si no aseguro esto, padre empujará a Juliet a mi lugar. Ella no está lista. No para esta familia Rosetti. No para Leonardo. Necesito ser yo. Este tiene que ser mi movimiento. Mi victoria.

Me inclino hacia adelante, mi pulso más rápido que la pelea misma. Aquí, no soy la heredera Price pulida y refinada. Estoy en bruto, tan cruda como esta escena. Pero no seré frágil. No frente a ellos. No frente a Leonardo. Su risa golpea el aire, fuerte y aguda, como si tuviera todo resuelto: la multitud, la pelea y yo. Debería asustarme más de lo que lo hace. No sé por qué me siento tan atraída por él, por qué su intensidad me atrae. Es despiadado, descuidado. Lo opuesto a mí. Exactamente lo que no debería querer.

Pero es la única oportunidad que tengo.

Domenico es todo calma y cálculo, mientras que cada movimiento de Leonardo se siente como si pudiera cambiar de opinión y lanzarse al ring, el caos esperando desarrollarse. Miro fijamente hasta que me arden los ojos, pero Leonardo no me devuelve la mirada. Tal vez ya lo he arruinado, viniendo aquí y mostrando cuán temerosa estoy de este mundo. Me llamó mentirosa, vio a través de mi máscara, me desenmascaró. Todo en cinco minutos de conocerme, me había descifrado. Y, tristemente, no se equivoca.

Me pongo de pie. Voy a recordarle que valgo más que todo esto. Esta noche es la más importante de mi vida, la más importante de Juliet.

—Espérame —le digo a mi hermana, luego navego a través de la multitud, un mar de sudor y maldiciones. Apenas puedo respirar cuando llego a Leonardo y Domenico, quien me lanza una mirada aguda.

Domenico se mueve, sacudiéndose polvo imaginario de sus mangas impecables. —Os dejaré algo de privacidad —su voz corta a través del caos con precisión quirúrgica. Sin necesidad de gritar.

Apelar al lado empresarial de Leonardo no funcionó, así que intento un poco de coqueteo a la antigua. —Privacidad es justo lo que esperaba —ronroneo.

Leonardo encuentra mis ojos, un destello de algo perverso en los suyos. Hace crujir sus nudillos como si estuviera listo para abalanzarse, y su voz baja, áspera y burlona. —Pensé que te quedarías con tu familia el resto de la noche, princesa.

Me pongo rígida, luchando contra el impulso de decirle que no me llame así. Pero me muerdo la lengua, sonriendo porque imagino que lo enfurecerá. —Voy donde quiero. Deberías aprender eso de mí.

Él se acerca más, su calor y aroma rodeándome, y me quedo sin aliento. —¿Crees que puedes manejar esto? —Hace un gesto hacia la locura, pero su mirada es toda para mí.

Finjo pensarlo, luego sacudo la cabeza. —¿Esto? Fácil.

Él se ríe, bajo e incrédulo. Cree que me tiene corriendo asustada. Está equivocado. Extiendo la mano y paso mis dedos por su bíceps, lenta y seductoramente. Su sonrisa se desvanece, sus ojos se entrecierran como si estuviera tratando de descifrar mi próximo movimiento. Está lo suficientemente cerca como para que pueda ver la batalla en su mirada, lo suficientemente cerca como para sentir el atrevimiento emanar de él.

Somos dos luchadores en el foso, y no voy a retroceder primero. Dejo que la tensión se acumule entre nosotros, luego me inclino, mis labios a solo centímetros de su oído. —Estoy aquí por ti, Leonardo. Lo que sea necesario. —Sé que es la verdad y él sabe que es la verdad, y cuando me retiro, su sorpresa es más dulce de lo que había imaginado.

Su respiración se entrecorta, una victoria momentánea para mí, pero luego gruñe, agarrando mi muñeca con brusca insistencia. —Estás fuera de tu elemento, princesa. Este no es tu mundo.

Dejo que me sostenga, dejo que piense que tiene la ventaja. Luego giro mi brazo en su agarre, liberándome como agua. Me desea, puedo verlo ahora, y eso es más poder del que él sabe. Me doy la vuelta, lanzando las últimas palabras por encima del hombro. —Ya veremos.

—Espera —ordena, y lo hago.

Pero me giro lentamente, con una sonrisa sensual en mi rostro, haciéndolo sexy en lugar de obediente, pero ambos sabemos que no tengo elección. No si quiero ganar su favor.

—Tu pequeño coqueteo es bastante efectivo —dice—. Pero déjalo. Como dije, no trato con mentirosos. Así que volvamos a los negocios.

Cada una de sus palabras gotea autoridad, y sé que ve a través de mí. A través de mi sonrisa, mis joyas, mi maquillaje. Directamente hasta la chica que está desesperada por hacer esta unión.

Dejo caer mi expresión, manteniéndola serena pero distante. He tenido toda una vida de práctica. Mi voz, cuando sale, es delgada pero firme contra el ruido. —Bien. Entonces dime, cabeza caliente, ¿has tenido suficiente tiempo para considerar tus opciones? ¿O necesitas algunas peleas más?

Leonardo encuentra mis ojos. Avellana, salvajes, destellando como si fuera dueño de todo lo que ve, incluyéndome. —¿Tienes prisa?

Aprieto la mandíbula. —No eres el único con una agenda ocupada. —Adiós a ganármelo con mis encantos.

Su sonrisa es exasperante. Temeraria. Llena de todo lo que pretendo estar por encima. La verdad es que lo envidio más de lo que quiero admitir.

Leonardo vuelve a mirar la pelea. Mis puños se aprietan a mis costados. —Esto no es un juego para mí —digo.

—Lástima —dice—. Siempre gano en esos.

No reconozco el sonido de mi propia voz cuando me río. Corta. Frágil. Para nada divertida. —Ganarás más que yo, si eso es lo que te preocupa.

Se vuelve hacia mí, cruzando los brazos, sin preocupación alguna. —¿Y qué te hace pensar eso?

—No puedes fingir que no lo has pensado. Acceso a todos esos rubíes de Birmania, diamantes de Botsuana, esmeraldas de Colombia. Estarás imprimiendo dinero y forjando una alianza fuerte.

—Puedo sentir que mi control se desvanece. Me aferro a lo que sé, a lo que funciona mejor. Dejo que mis labios se curven en una sonrisa coqueta—. Y me tendrás a mí. A menos que quieras pretender que puedes conseguir algo mejor.

Su risa es una chispa en el humo. Odio cómo me afecta. Cómo me hace sentir expuesta. Cómo le da la ventaja. Mi corazón retumba en mi pecho mientras se acerca, centímetro a centímetro, como si fuera a descubrir mi farol. Como si fuera a llamar a mi padre y exigir a Juliet en su lugar.

—Parece que eres tú la que está fingiendo —dice.

Me ve completamente. Quizás él tiene el mismo fuego, la misma hambre, la misma necesidad desesperada de ser el último en pie.

Mi pulso se acelera. No voy a dejar que tenga la ventaja sin pelear. Él me desea tanto como yo deseo esto. Levanto la barbilla, y casi se siente como si yo fuera la que no tiene nada que perder. —Quieres esta boda tanto como yo —digo.

La pausa es eléctrica. Más poderosa que el rugido de la multitud. —Crees que me conoces —dice Leonardo.

No dice que esté equivocada.

Observo cómo sus tatuajes se mueven mientras hace crujir sus nudillos. El calor me invade. Su confianza es enloquecedora, peligrosa, irresistible.

—Haz la llamada —digo. Las palabras salen fuertes, pero estoy temblando por dentro—. ¿O te he sobrestimado?

Sus ojos brillan con algo que casi parece admiración. Casi. —¿Quieres saber mi elección, Eleanor? —Pronuncia mi nombre con la lengua, y mi corazón se detiene—. ¿Tú? —dice, observando mi compostura cuidadosamente mantenida, mi control fuertemente sujeto—. ¿O la hermana?

Tomo aire. Sale afilado como un cuchillo. —Sí. ¿Cuál es?

La pelea aún continúa. Leonardo me mira fijamente, calor y desafío y caos, todo lo que debería aterrarme pero que deseo de todos modos. Luego, lentamente, asiente. —Tú —dice, lo

suficientemente alto para que lo escuche por encima del alboroto de puños y cuerpos.

No dejo que se note mi alivio.

No creo que lo haga.

Leonardo busca un cigarrillo detrás de su oreja. Enciende un fósforo. Inhala. Sonríe con suficiencia como si fuera la segunda parte del trato. —La boda es mañana —añade.

Mi control se hace añicos en un sobresaltado jadeo.

6

Leonardo

La boda aún está a horas de distancia, pero el desayuno se siente como una emboscada a gran escala. —Más te vale estar tomando la decisión correcta con esta Eleanor —dice la Nonna Toni, pequeña y feroz al otro lado de la mesa—. O tendré que darte una paliza como cuando tenías ocho años.

Dom sonríe mientras muerde su sfogliatella, y yo me trono los nudillos. —Primero tendrás que atraparme —le respondo.

—Esto es más que una broma, Leonardo —dice la Nonna, sirviéndose otra porción de yogur. Para ser una señora tan pequeña, come bastante.

—Con Leo nunca es una broma —dice Dom—. Es un desastre a gran escala o nada.

Lo fulmino con la mirada. —Me voy a casar con la mujer. ¿Qué más quieren?

La Nonna ni se inmuta. —Quiero que hagas lo que es correcto para ti y para la familia.

Me concentro en mi tostada, pensando en la mirada azul hielo de Eleanor. ¿Por qué dijo que sí en primer lugar? ¿Acaso Richard la está presionando de alguna manera? Demonios, por lo que sé, ella podría ser la que está haciendo la presión.

—¿Tienes algo que decir, Leo? —pregunta Dom, sus ojos verdes desafiándome a iniciar algo—. Pareces estreñido. O como si fueras a echarte para atrás.

—No me voy a echar para atrás. —Suena más a la defensiva de lo que pretendía.

La Nonna se inclina hacia adelante, todavía feroz e inflexible. —He vivido más que tú, muchacho. Que tu madre y tu padre también. Eres un Rosetti, ¿no? Entonces compórtate como tal.

Sus palabras se asientan como el concreto. Pero me las sacudo de encima con un encogimiento de hombros y una sonrisa. —¿Viviste durante la época de los dinosaurios, Nonna?

La Nonna sorbe su café, desechando mi comentario con un bufido molesto.

La casa de la Nonna es todo calor rancio y colores chocantes, llena de sus bordados y cortinas gruesas que han estado ahí desde el principio de los tiempos. La mesa está repleta de todos los platillos italianos de desayuno que podrías desear, y el aroma del café flota espeso en el aire. La anciana está encaramada en su silla como una pequeña reina feroz. Lleva sus perlas y su labial brillante, como siempre. Se niega a mudarse a la finca o con mis padres, sin importar cuánto insista papá.

Dom ya está en su traje, con el cabello peinado como si tuviera una reunión de negocios en Manhattan en lugar de un desayuno en Brooklyn. La Nonna lo mira con algo entre aprobación y diversión, pero su atención vuelve rápidamente a mí.

—El matrimonio no es solo un papel, Leonardo —dice, entrecerrando los ojos hacia mí—. Es familia.

—Ya dije que me casaré con ella —insisto, sintiendo que el calor me sube a la cara—. ¿No es eso lo que todos querían?

Me imagino a Eleanor en su vestido elegante y su expresión gélida, imagino una grieta en la superficie, algo honesto debajo de lo perfecto. ¿Richard le habrá prometido algo a cambio de este trato?

—Los albaneses andan husmeando —dice Dom—. Escuché que también están tratando de meterse en el negocio de las gemas.

—Sí —digo—, han estado acercándose a los contactos de Price.

—Será peor si te echas para atrás —advierte Dom—. Como darles una invitación grabada.

La Nonna asiente, casi satisfecha. —Tal vez no seas tan estúpido, después de todo.

Dom me mira como si quisiera decir algo más, pero la Nonna se le adelanta. —Los rubíes de Birmania llegarán la próxima semana —dice—. Richard tendrá que elegir entre nosotros y los albaneses, y si estamos unidos para entonces, nos elegirá a nosotros. La familia primero.

Raspo mi plato con el tenedor. —Me voy a casar con ella. Cambien el disco.

Dom y yo cruzamos miradas. La mesa está en silencio excepto por el tintineo de la cuchara de la Nonna y el crujido de los viejos pisos de madera mientras me muevo en mi asiento.

—Está enamorado —dice Dom finalmente, con cara de póker—. Mírenlo.

—Cállate —le digo.

La Nonna me clava una mirada que podría agrietar el acero. —La ames o no, si tratas mal a tu esposa, te daré una bofetada que te dejará viendo estrellas. Aunque me mate.

—Leo es de quien tienes que preocuparte —dice Dom—. Eleanor Price tendrá sus bolas montadas en la pared.

El aroma del desayuno flota en el aire, la mezcla de pasteles y café con madera vieja y el perfume abrumador de la Nonna. La sonrisa burlona de Dom me pone de los nervios, pero la mirada implacable de la Nonna es peor. Todos están metidos en esto. Eleanor es un acuerdo de negocios para ellos, pero para mí es un rompecabezas con bordes afilados. No me gustan los rompecabezas sin resolver. No me gusta no saber qué es lo que realmente busca.

—Richard no la está forzando —dice Dom, leyendo mis pensamientos.

Me paso la mano por el pelo, inquieto. —¿Entonces por qué está haciendo esto?

La Nonna me da una última mirada, una mezcla entre lástima y orgullo. —Tienes tres horas para averiguarlo, Leonardo. La boda es esta tarde, y después de eso, estás dentro. Los Rosetti no se divorcian.

Me levanto, arrastrando la silla por el suelo, y beso a la Nonna para despedirme. Salgo por la puerta a zancadas. El día ya se está poniendo cálido, abril en Nueva York siempre jugueteando con el verano.

Se supone que debo estar preocupado por los albaneses y los rubíes, pero es Eleanor a quien no puedo sacar de mi mente. Su fuego frío. Su rostro imposible. Ella, ella, ella. Tal vez estoy cometiendo un error. Tal vez me voy a arrepentir de esto. Tal vez no me importa un carajo.

De cualquier manera, voy a averiguarlo.



No se da cuenta de que la estoy siguiendo. La acera está repleta de neoyorquinos aferrados a bolsos de diseñador, pero Eleanor destaca como un arma reluciente. Hay una precisión fría y clara en sus pasos, pero algo no está bien. Una mancha en su barniz de reina de hielo, una grieta capilar que quiero abrir.

Todo en ella debería repelerme, pero sucede lo contrario. Su fachada perfecta se me mete bajo la piel. Es esa distancia indiferente, la manera en que corta a través del mundo sin mirar atrás, lo que me atrae. Es impecable en la superficie —exactamente lo que uno querría de una esposa en el negocio— pero no me lo creo. Su boca es una línea tensa, y toca demasiado sus joyas, siempre girando ese fino anillo de oro en su dedo. ¿Qué esconde bajo ese control?

Avanzamos por la calle abarrotada, ella con la cabeza alta, sin volverse ni una vez. Imagino atravesar esa estudiada compostura,

ver si se quiebra como porcelana o explota como pólvora. Un repartidor roza su brazo y ella se estremece, apenas perceptiblemente. Sí, algo no anda bien.

A su alrededor, la gente entra y sale en tropel de las boutiques de lujo. Las bolsas de compras cuelgan de las muñecas, pero las manos de Eleanor están vacías. Está en la Avenida Madison pero no parece estar absorbiendo nada de ello. No se detiene en Chanel ni en Gucci, no aminora el paso. Intento leer su rostro, pero es imposible. En blanco, impasible. Una estatua que ha cobrado vida. Debería simplemente acercarme a ella, exigirle la verdad, pero es un misterio, y nunca he sido bueno resistiéndome a ellos.

No es hasta que se desliza en un bistró y se sienta en una mesa junto a la ventana que la veo suavizarse. Gira su anillo mientras espera, ansiosa o aburrida, no puedo decir cuál. Entonces aparece su hermana, y de repente Eleanor es una persona diferente. Es como ver el hielo derretirse bajo un soplete. Se pone de pie, y las dos se abrazan. Su rostro, tan imposible de leer, se ilumina con una sonrisa brillante y genuina. Me quedo afuera, apoyado contra una farola, observando.

La hermana de Eleanor es rubia, de tez sonrosada, todo suave y romántico. Parece más cómoda que en el ring de boxeo, pero igual de joven e inocente. Definitivamente no es la mujer para mí. La chica dice algo, y Eleanor se ríe. Realmente se ríe. Incluso desde afuera, su conexión golpea como una bala. Eleanor está vívida y sincera. No puedo oír lo que están diciendo, pero este es el almuerzo antes de la boda: tienen que estar hablando de mí. Eleanor parece determinada. Parece claro que va a esta boda con los ojos bien abiertos. No está siendo coaccionada. Está tomando esta decisión por sí misma. Pero, ¿por qué? ¿Y por qué sigo aquí afuera, observando como un amante celoso?

Cambio de posición, inquieto. El amor de Eleanor por Juliet es evidente. Siento un destello de algo. ¿Envidia? ¿Hambre? La veo transformarse de fuego frío a calidez ardiente y no puedo tener

suficiente de ello. La quiero así, viva y temeraria, como lo estoy yo ahora mismo.

¿Estará tratando de adivinar si estaré en el altar? ¿Si el temerario Rosetti aparecerá para reclamar a su novia? Pues lo hará. Decisión tomada. Me meto en un taxi y le digo al conductor que me lleve al Upper East Side. Tengo una boda a la que asistir.

7

Eleanor

La iglesia se cierne sobre nosotros, una bestia de piedra que se traga el cielo gris de Brooklyn. En el interior, un frío silencio envuelve los bancos de madera. Solo las primeras filas están ocupadas. Una docena de hombres con trajes italianos impecables. Una docena de mujeres envueltas en elegantes vestidos de diseñador. Los Rosetti. Son dueños del lugar como lo son de todo lo demás.

Mi lado es un mero detalle: solo Juliet detrás de mí y mi padre a mi lado. El resto del séquito de mi padre es inexistente. Ni uno solo de sus empleados. Ningún otro Price, cercano o lejano. Solo se molestó en traer a un guardaespaldas.

Juliet se mueve, retorciendo su pañuelo hasta dejarlo flácido y anudado. Su angustia se filtra en mí, caliente y punzante.

—Ojalá no tuvieras que hacer esto —susurra.

—No empieces, Jules —mantengo mi voz firme—. Es un poco tarde para eso.

—No es demasiado tarde —su voz se quiebra—. Todavía puedes...

—¿Qué? —me giro hacia ella, demasiado rápido—. ¿Huir? ¿Y entonces qué pasa? ¿Padre te casa con alguien peor? Al menos así

sabemos a qué atenernos —le toco el brazo, más suavemente esta vez—. Esta es la única manera, Jules.

Sus ojos se llenan de lágrimas que tiene demasiado miedo de dejar caer.

Padre observa, con la mandíbula apretada. Habría sido más fácil para él si me hubiera ido sin luchar. Sin amor, sin problemas, justo su tipo de trato. Pero aquí estoy, ocupando espacio.

—Es hora —dice.

Agarro mi ramo, con los bordes de las rosas blancas marchitándose, y finjo no ver los ojos llorosos de Juliet. Leonardo espera en el altar, un extraño que está a punto de convertirse en mi esposo. Mi nuevo amo.

Aprieto la mandíbula, lista para enfrentar lo inevitable. Mis zapatos resuenan contra el suelo. Ecos en la iglesia casi vacía. Mi nueva familia me observa con ojos duros. Estoy aterrorizada pero decidida a ocultarlo. La clave es el control. Mi cabello está tan tirante que no puedo ni parpadear sin que me duela. Mi agarre en el ramo es lo suficientemente fuerte como para magullar. Leonardo se gira para observarme, su mirada una orden silenciosa.

Cuando llego al altar, Leonardo me fulmina con la mirada, sus ojos clavados en los míos, luego se vuelve hacia el sacerdote sin una palabra, una sonrisa o un atisbo de aliento.

El sacerdote comienza la misa. Las palabras zumban como abejas en el denso silencio. Mi primera boda católica. Primera misa. Nadie pensó en enseñarme cuando crecía. ¿Para qué molestarse, cuando los negocios eran nuestra verdadera religión? Ni siquiera sé cuándo arrodillarme. Sigo el ejemplo de Leonardo. En esto, como en todo, tendré que seguir.

Termina rápidamente. Como un negocio. No miro a mi padre, pero siento sus ojos sobre mí, sopesando lo que ha ganado contra lo que aún podría perder. Leonardo desliza un anillo en mi dedo, oro liso que se siente como una esposa, tan diferente del anillo de mi madre. Su toque es impersonal, posesivo. Solo un toque, y me ha marcado.

Se inclina. El beso es rápido, obligatorio. Apenas respiro. Un escalofrío me recorre, pero no me estremezco.

Juliet observa, silenciosa y pequeña junto al altar. Casi puedo sentir la urgencia de su miedo, la forma en que ve toda mi vida como nada más que un sacrificio. Me niego a mirarla.

El sacerdote dice algo en italiano. ¿Declarándonos qué? Marido y mujer. Esposo y prisionera.

Padre no sonríe.

—Felicidades —dice, nítido como un traje recién planchado. Una sola palabra para una hija bien vendida.

Los invitados se levantan para felicitarnos. Se apresuran, afilados y rápidos. El alboroto de voces en italiano. Palmadas en el hombro para Leonardo, breves besos en la mejilla para mí.

Una mujer de rizos oscuros y una sonrisa deslumbrante abraza a Leonardo y parlotea rápidamente. Carmela Rosetti. Su hermana pequeña. Su única hermana. Qué protegida debe estar. Qué amada. La envidio.

Carmela se vuelve hacia mí.

—¡Estoy tan feliz de que estés aquí, Eleanor! ¡Por fin otra chica en la familia! —Su entusiasmo se desborda, casi abrumador. Toma mis manos entre las suyas, se inclina en confidencia—. Quería invitar a la familia extendida, pero Leonardo insistió en mantenerlo pequeño —dice, nerviosa y ansiosa—. No estábamos seguros de si tu lado... —Su voz se apaga al ver a mi padre de pie y solo.

Miro alrededor a las docenas de asistentes bien vestidos, ¿y esto es solo la familia más cercana?

—Esto es suficiente familia. Muchos dirían que es demasiada.

Se sonroja intensamente y se ríe.

Otra mujer se acerca, mayor, con el cabello castaño rojizo como el de Carmela. Se mueve con calma y gracia constante, ojos agudos y evaluadores. Su mirada silencia a Carmela a mitad de frase. Esta debe ser Gianna Rossetti, la madre de Leonardo. Mi nueva suegra. Trato de no encogerme bajo su mirada.

—Eleanor —dice. Mi nombre rueda en su lengua, con un suave acento italiano—. Confío en que la ceremonia no fue demasiado extraña para usted.

—En absoluto —miento.

Sonríe, casi con lástima. Me hace sentir como una niña.

—Bienvenida a nuestra familia —dice. Se aleja antes de que pueda responder.

—¿Bienvenida? —La voz detrás de mí es áspera, vieja e impaciente. Una mujer pequeña con rizos blancos salvajes y un collar de perlas tan brillante como su lápiz labial aparece a mi lado —. ¡Ni siquiera la han besado apropiadamente todavía! —Esta debe ser una abuela.

—Arreglemos eso —dice Leonardo, apareciendo a mi lado. Me atrae hacia él, una mano firme en mi cintura. El beso es más largo esta vez, reclamándome frente a todos.

La anciana se ríe, una carcajada sucia y dulce.

—¡Ahí está! ¡Ahora sí es una de nosotros!

—Eleanor, esta es Nanna Antonella —explica Carmela, tratando de no reírse—. Solo la llamamos Nanna Toni.

—Yo la llamo un dolor en el trasero —dice una voz profunda detrás de nosotros. Me giro para ver a un hombre mayor con cabello blanco y ojos verdes penetrantes. Lo reconozco de inmediato: Salvatore Rosetti. El rey del imperio Rosetti. Me mira, como un león estudiando su nuevo territorio—. Bienvenida a la familia, ragazza.

Trago saliva y asiento. —Gracias.

Sus ojos se desplazan hacia mi padre. —Tu hombre parece incómodo.

—¿Acaso usted no lo estaría en su lugar?

Él se ríe, oscuro y conocedor. —No te preocupes. No mordemos.

Otra voz, suave y burlona, interviene. —Habla por ti mismo. —Un joven de cabello castaño rojizo y una sonrisa con hoyuelos aparece, lanzando una moneda de plata al aire. Lo reconozco del ring de peleas—. Matteo Rosetti —dice, extendiendo una mano—. Leo no es el único encantador de la familia.

—El único que se casa con una Price, sin embargo —dice una cuarta voz, más tranquila y afilada. El gemelo de Matteo, Emilio, aparece a su lado. Sus ojos son grises e impactantes—. Por ahora.

—Yo podría ser el siguiente. Mis encantos son irresistibles. —Matteo guiña un ojo—. ¿Cómo tuvimos tanta suerte de conseguirte, Eleanor?

—Me preguntaba lo mismo —digo secamente.

—¿Ves, Matteo? —La voz de Rafe es contundente—. Encaja perfectamente.

Un hombre alto y fornido se encuentra junto a Leonardo. Rafe, el segundo mayor. Su nariz parece haber sido rota unas cuantas veces, y su cabello oscuro está cortado al ras. Ni siquiera se molesta en estrechar la mano.

Emilio levanta una ceja. —¿Por qué optaron por la misa completa? No se suele ver eso en una subasta.

Lo miro fijamente, con la ira bullendo bajo mi fachada. ¿Por qué este hombre, este extraño, dice que me han comprado en una subasta? Es decir, es cierto, pero desagradable pensar en ello en el día de mi maldita boda.

Salvatore sonríe. —He oído que opuso resistencia.

—¿Ah, sí? —pregunta Emilio.

—Como una gata salvaje —dice Leonardo, con los ojos fijos en los míos—. Pero la domamos.

No puedo decir si están bromeando. Espero que estén bromeando. Sus risas resuenan por toda la iglesia.

Me aparto de la multitud, tratando de encontrar algo de aire. Tengo que llegar a Juliet antes de que este día me trague por completo. Ella está de pie en las sombras, como una extraña, un pequeño fantasma asustado con un vestido de diseñador. Me acerco a ella, y por un segundo se aferra a mí como si nunca fuera a soltarme.

—Todo estará bien —digo, esforzándome por sonar segura—. Estaré bien. Tú también. —Ella no responde—. No es un adiós —insisto—. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —dice ella.

Me aparto, con el corazón pesado, y voy hacia mi padre.

—Hemos terminado aquí —dice, frío y distante—. Ahora eres una Rosetti.

—Eso me han dicho.

—Recuerda por qué hiciste esto.

—¿Por usted, quiere decir?

—Por la familia —corrige—. Si lo olvidas, no le servirás a nadie. —No espera mi respuesta, simplemente asiente como si estuviera firmando un trato y sale con Juliet a cuestas.

Estoy sola en el mundo de los Rosetti.

Leonardo espera junto a la puerta, su presencia tan imponente como siempre. Ya tiene mi abrigo en la mano, un pequeño gesto que se siente como una extensión de su control. Camino hacia él, sintiendo mis piernas moverse pero sin estar segura de cómo. El resto de la familia se reúne a nuestro alrededor, cálidos, ruidosos y abrumadores.

Salimos. El aire es amargo contra mi piel desnuda. Leonardo me guía hacia un coche, nuestro coche ahora. Sostiene la puerta abierta, observándome con esos ojos que ven a través de todo.

Me siento, el cuero frío debajo de mí, y espero para ver lo que he hecho.

Miro a Leonardo, a la línea dura de su mandíbula. Su expresión no cambia. Ojos en la carretera, pensamientos encerrados donde no puedo alcanzarlos. Me pregunto si ya se está arrepintiendo de esto. Arrepintiéndose de mí.

La advertencia de mi padre da vueltas en mi cabeza. *Recuerda por qué hiciste esto.* Me quito el nuevo anillo de oro del dedo y lo aprieto en mi palma. Si lo mantengo ahí, puedo fingir que aún soy

libre. Pero, ¿a quién engaño? A Leonardo no. Él sabe que estoy atrapada. Él ayudó a atraparme.

El motor ronronea debajo de nosotros, pero dentro del coche hay silencio. Me giro hacia la ventana. Edificios de cristal se alzan hacia las nubes. La ciudad debería sentirse como mi hogar. He pasado mi vida aprendiendo sus calles, su lenguaje. Pero hoy es solo otro extraño.

Cuando vuelvo a mirar a Leonardo, él me está observando. Una mirada rápida, curiosa e intensa. Me pongo el anillo de vuelta en el dedo y me preparo para lo que sea que venga.

El coche gira, y la casa se alza frente a nosotros. La mansión de los hermanos Rosetti. Se eleva como un monstruo de acero y cristal. Tiene el mismo aspecto sin alma que la casa de mi padre, solo que más grande. Más fría. No pensé que algo pudiera serlo.

Altas vallas la rodean. Las cámaras de seguridad brillan en la luz gris. Una garita se sitúa junto a la entrada. Más hombres, todos de negro. Nos observan con ojos firmes. Me estremezco y me ciño el abrigo con fuerza.

Nos detenemos en la puerta. Uno de los guardias habla por radio, su voz crepitando en el aire. Las puertas se abren, pesadas y lentas. Leonardo entra conduciendo como si lo hubiera hecho mil veces.

Nos detenemos frente a la casa. Es moderna e impersonal, toda ángulos y superficies vacías. Incluso las ventanas parecen vigiladas, largas y estrechas como troneras. La miro fijamente, con un nudo apretándose en mi estómago. Aquí es donde vivo ahora.

Leonardo sale y viene a mi lado. Abre mi puerta y espera a que me mueva. Mis piernas son de hierro, pero logro sacarlas, una tras otra.

—¿Estás bien? —pregunta. Las palabras son ásperas pero no desagradables.

—Estoy bien —mi voz es más débil de lo que quisiera. Me pongo de pie, rígida e inestable. Él me observa, asegurándose de que no me derrumbe antes de que lleguemos adentro.

Me tiende una mano, pero la ignoro. En su lugar, me aferro más a mi abrigo, mi aliento formando pequeñas nubes blancas en el aire frío. Hace un frío inusual para abril. Él se encoge de hombros, divertido, y toma la delantera. Sus zancadas son largas y confiadas.

Yo lo sigo. El peso de la casa, de él, de todo, me oprime. Lo sigo adentro. El vestíbulo se extiende ante mí. Mármol frío bajo mis pies. Todo hace eco. Cada respiración, cada paso.

Aquí es donde vivo ahora.

Leonardo ya está en el centro de la habitación, sin abrigo, mirándome. Parece llenar el espacio, mientras que yo solo me siento perdida en él.

—¿Vienes? —dice, con un ligero filo en su voz.

Asiento, acelerando el paso. Cuanto más rápido me mueva, más pronto me acostumbraré a esto. Eso espero.

Me muestra el resto de la casa. Habitación tras habitación, cavernosas y austeras. Sala de estar. Comedor. Biblioteca. Cada una tan fría y sin vida como la anterior. Es hermosa de una manera cara e impersonal. Arte en las paredes, todo abstracto y sin alma. Como yo, una adición de último momento a su colección.

Intento memorizar la distribución. Todo lo que consigo es una vaga sensación de distancia. Este lugar es tan grande, tan aislante. Más como una galería que un hogar.

—¿Nunca has visto un lugar tan bonito? —la voz de Leonardo me sobresalta. Me doy cuenta de que me he quedado atrás. Lo alcanzo, mis pasos resonando en el suelo pulido.

—¿Bonito? —repito, pero suena más amargo de lo que pretendía.

Él se encoge de hombros. —Podemos poner flores o alguna mierda, si es lo que te gusta.

—Está bien —no sé lo que me gusta. No realmente.

Nos detenemos en un largo pasillo. Veo más puertas de las que puedo contar. Interminables habitaciones en las que una persona puede perderse.

—Esta es la habitación de Carmela —dice Leonardo. Señala la primera puerta. Pasa a la siguiente—. Oficina —Otra—. De invitados

—No se detiene, nombrando cada puerta en rápida sucesión, sin dejarme quedar atrás.

Lo sigo como una sombra. Las palabras rebotan en mí, sin calar. Me siento pequeña aquí. Pequeña y silenciosa.

La cocina es tan grande como el resto de la casa. Electrodomésticos brillantes. Encimeras como mesas de cirugía. Todo afilado y estéril. Intento imaginarme cocinando aquí, pero es absurdo. Me crié con comida para llevar y servicios de catering, con tomar-lo-que-puedas-antes-de-que-se-acabe. Las comidas no eran sobre la familia. Solo supervivencia.

—No sabes cocinar, ¿verdad? —pregunta Leonardo, y ahí está de nuevo ese ligero tono de diversión.

—Puedo aprender —estoy mintiendo. Ambos lo sabemos.

Lo sigo por más pasillos. Las voces de los Rosetti resuenan en mi mente. Bienvenida a la familia, dijeron. No se sintió como una bienvenida. No realmente. No sé por qué eso me molesta.

Los ojos de Salvatore, agudos y verdes, evaluándome como un nuevo activo. Rafe, el segundo mayor, sus palabras bruscas y despectivas. Sin molestarse en ocultar su antipatía. Yo era una Price, una intrusa.

Pero luego estaba Carmela. La única que mostró verdadera emoción o calidez. Es el único rayo de esperanza en esta familia, por lo que puedo ver.

Leonardo se detiene y se gira para mirarme. Sus ojos escudriñan los míos, sin pestañear. —Este lugar es grande, lo sé. Te acostumbrarás. —Hay más que quiere decirme. Sé que hay más. Espera, quiere que le pregunte. No le daré esa satisfacción—. El resto de mis hermanos y hermanas estarán aquí mañana. Nos han dado la noche para conocernos.

—Una luna de miel —digo. ¿Espera este desconocido que tenga sexo con él?

Los ojos de Leonardo se entrecierran. —No son sutiles, pero son leales.

—Me di cuenta. —¿Es eso una orden de que yo también tengo que ser leal, me guste o no? Que se vaya al diablo.

Da un paso más cerca. Es intenso, un fuego ardiendo justo bajo la superficie. —Hablaba en serio. Te domaremos.

Me obligo a mantener su mirada, pero mi corazón late rápido. Levanto mi mano con la alianza de boda y sonrío dulcemente. —Ya lo han hecho.

Ambos sabemos que estoy mintiendo.

8

Leonardo

Eleanor mantuvo su máscara puesta para toda la familia, pero ahora no hay público. Solo ella y yo, la nueva novia y su nueva jaula. Me mantengo unos pasos atrás, disfrutando cómo el eco de sus tacones se vuelve más frenético. Apuesto a que no puede esperar para cerrarme una puerta en la cara. Seguro que desea que me ponga en fila como todos los demás cuando ella actúa como una reina. Pero yo no soy como los demás.

El vestíbulo se abre ante nosotros, frío y aburrido. Siempre he preferido los espacios pequeños y acogedores, pero el apellido Rosetti aparentemente requiere una arquitectura monstruosa. Ella intenta adueñarse del espacio con sus pasos precisos y cortantes. Bien. Que piense que tiene la ventaja por un minuto. Que pruebe bien lo que ha firmado.

El vestido le queda demasiado perfecto. Encaje y seda, delicado y letal, una trampa blanca que abraza su cuerpo con una precisión indecente. La hace parecer inocente y peligrosa, un ángel caído con una sonrisa malvada y asesinato en los ojos. Quiere provocarme con él, y está funcionando. Los finos tirantes dejan sus hombros al descubierto, el escote se hunde, su piel brilla contra la tela costosa. No puedo apartar los ojos de ella, y lo sabe.

Una punzada de deseo me recorre, primitiva y cruda, exigiendo que tome lo que es mío.

Quiero arrancárselo. Quiero agarrarla y rasgar el maldito vestido en dos. Ni siquiera estoy seguro si es porque se ve hermosa en él o si es porque en el fondo ella cree que nunca lo haré. Que nunca podría. Como si yo fuera el que cediera en esta guerra nuestra. Apuesto a que piensa que seré yo quien se rinda primero. Su boca no dice nada, pero el contoneo ajustado y confiado de sus caderas lo dice todo: soy intocable.

Pero nunca he sido de los que se rinden o ceden, y menos ante alguien tan irritante y hermosa. Puede seguir intentando alejarme, pero ha hecho un trato con el diablo. Le mostraré que es el último que hará.

Su cabello está severamente recogido, con algunos mechones castaño oscuro rozando su cuello y orejas. Lleva las perlas, los tacones de aguja color crema, el perfecto lápiz labial pálido. Todo es parte del arsenal, su armadura y su arma. Pero sé que no debo subestimarla. Puede que parezca salida de una revista de bodas, pero hay veneno bajo todo ese brillo.

Se supone que yo soy el peligroso, el de las manos ensangrentadas y una reputación que lo respalda, pero la verdad es que nunca he conocido a alguien como ella. Es lo que hace que este juego del gato y el ratón sea tan jodidamente emocionante. Pensé que este matrimonio arreglado sería una molestia, una tarea, pero Eleanor Price es todo menos eso. No se inmuta. No se quiebra. Es tan terca como yo, y me saca de quicio. Cree que no soy una amenaza.

Puedo mostrarle cuán equivocada está.

Cuanto más nos acercamos al dormitorio, más quiero arruinarla. Quiero marcarla para que todos sepan que me pertenece. Quiero hacerlo porque lo odiará, porque ahora mismo cree que tiene todo el poder. No es solo lujuria; es ese impulso de poseer, de conquistar, de hacer que me necesite más de lo que me desprecia.

Su padre pensó que sería un pago fácil. Es un idiota. La mantendré y la poseeré y ganaré, sin importar cuánto tiempo tome. Se adaptará o caerá luchando. Casi no me importa cuál de las dos.

La alcanzo justo cuando llega al final del pasillo.

—¿Siempre eres tan callada? —pregunto.

Sigue moviéndose, como si no valiera la pena responderme. Veo la curva de su hombro, su cuello desnudo, algunos mechones sueltos de cabello castaño oscuro contra la piel blanca que escaparon de su recogido tan estirado.

Eleanor en mi mundo. Eso es lo que es esto. ¿Y este mundo? No tiene suficientes salidas para ella. Me reiría si no me hiciera querer romper algo. Romperla a ella. No está ni la mitad de tranquila de lo que pretende, no con la forma en que su vestido se aferra a sus piernas y puedo notar que aprieta los dientes cada vez que mis pasos se acercan.

Puedo sentir la tensión en mi piel. Es caliente, eléctrica. Me da hambre la idea de que ella esté tan hecha un lío por dentro como yo.

Llegamos a la puerta del dormitorio, y soy yo quien la abre.

—Las damas primero —digo. Me lanza una mirada, pero es rápida, solo un destello de esos ojos glaciales. Quiero atraparlo, mantenerlo en su lugar. Tal vez incluso mantenerla a ella en su lugar.

—Ponte cómoda —le digo, señalando el interior—. Este es tu hogar ahora.

—Cómoda —repite—. Realmente estás delirando.

Me apoyo en el marco de la puerta, bloqueándola. Bloqueándola a ella. La habitación detrás de ella es grande, como el resto de la casa, pero solo hay una cama. Solo hay un hombre con el que la compartirá.

—No estás haciendo mucho esfuerzo por interpretar tu papel, Eleanor —digo—. Después de todo, estamos casados.

—¿Lo estamos? —Inclina la cabeza, sus labios se curvan en una sonrisa que me hace querer destrozar todo el lugar—. ¿O es esto solo un nuevo tipo de prisión?

Me trono los nudillos, observándola como el enigma que es.

—Pensé que eras inteligente —digo—. Lo suficientemente inteligente para saber que todo esto depende de ti.

—Depende de mí —repite—. Mi padre parece pensar que es tu familia la que le debe. ¿O disfrutas siendo su perro?

Quiere una reacción. Quiere que muerda el anzuelo. Pero en su lugar, le doy una sonrisa, algo vicioso y hambriento. Es suficiente para borrar la sonrisa de sus labios.

—Ya veremos quién es dueño de quién.

Me separo del marco de la puerta y la acerco a mí, agarrando su cintura con una mano. Puedo sentir su brusca inhalación. La forma en que su cuerpo se tensa. El calor a través de su vestido de novia de seda. Mi boca está tan cerca de su oído que sé que puede oír el temblor en mi respiración también.

Medio espero que me empuje, pero no lo hace. Tal vez porque la estoy sujetando con tanta fuerza, o tal vez porque tiene miedo de soltar esa fachada que lleva puesta. Sus brazos están atrapados entre nosotros, y una oleada de satisfacción me golpea cuando me doy cuenta de que su pulso se acelera bajo su piel.

—Tres reglas —le digo con voz baja y áspera—. Si las rompes, las cosas no van a ser bonitas.

Su espalda está rígida, su barbilla alta. Pero veo un destello de algo detrás de esos ojos azules.

—Déjame adivinar —dice ella—. ¿Reglas de tu padre?

—Mías —mi agarre en su cintura se aprieta. Quiero que sepa a quién pertenece. Quiero que lo sienta en cada célula de su cuerpo—. Regla número uno: nada de mentiras —sus ojos se entrecierran, pero no dejo que me interrumpa—. Regla número dos: nada de huir.

Ella me sostiene la mirada directamente, como un ciervo frente a los faros de un coche. —¿Y la regla número tres? —su voz es puro hielo, pero veo la primera grieta, la escucho en la forma en que traga saliva con dificultad, insegura de lo que viene a continuación.

—Regla número tres: Nada de tocar a ningún otro hombre —las palabras salen feroces, posesivas—. Ahora me perteneces.

Ella deja escapar un suspiro que suena como una risa. Pero también escucho miedo en él. No es tan intocable como cree.

—Qué lindo —dice ella—. Crees que soy alguna baratija que puedes mantener con correa.

—Llámalo como quieras —digo—. Pero si te pillo rompiendo las reglas, las consecuencias serán severas.

El destello de desafío en sus ojos me hace querer tirarla sobre la cama, reclamarla, quebrarla hasta que lleve mi marca por todas partes.

—¿Y si obedezco? —dice ella, retorciendo las palabras, haciéndolas sonar sucias. Haciéndome imaginar cómo será cuando sea realmente mía, en cuerpo y alma.

Me echo un poco hacia atrás, lo suficiente para mirarla directamente a los ojos. —Entonces tal vez ambos consigamos lo que queremos.

Ella suelta una breve risa, como si pensara que estoy fanfarroneando. Me enfurece la forma en que actúa como si todo esto fuera una gran broma. Como si yo fuera una gran broma.

La clavo contra la pared, fuerte y rápido, y ella jadea, con verdadero pánico brillando en sus ojos esta vez. La forma en que lucha hace que mi cabeza dé vueltas, como si la sangre corriera de golpe a todos los lugares equivocados.

—Dime que lo entiendes —digo. Mi mano está áspera en su barbilla, obligándola a mirarme. Mi otra mano se desliza por su hombro, su brazo, no con gentileza, pero tampoco tan brusco como para dejar un moretón. Se siente como seda y piedra, como todo lo que he deseado desde que puse mis ojos en ella.

Su respiración es superficial, pero veo que intenta controlarla, tratando de actuar como si todo estuviera bien. —¿De verdad crees que das miedo? —dice, un temblor en su voz la traiciona.

Me acerco más, su aroma, su calor casi más de lo que puedo soportar. —No tienes ni idea —le digo—. Todavía.

Ella aprieta la mandíbula de nuevo, el desafío grabado en cada línea de su rostro. Pero su silencio la traiciona. Está demasiado

asustada incluso para responder.

—Será mejor que lo digas —digo—. O esto se pondrá feo. Dime que entiendes las reglas.

Le toma un segundo, uno en el que puedo sentir que está debatiendo cuánto dolor puede soportar, cuánta pelea tiene en ella. Pero entonces parpadea, y puedo ver cómo vuelve a ponerse esa máscara.

—Entiendo las reglas —dice, su voz cuidadosa y plana, como una transacción comercial.

Me echo hacia atrás una fracción, dejándole ver la forma en que sonrío con suficiencia, fingiendo que no me importa que esté tratando de tener el control. Su peinado apretado está despeinado, mechones escapados caen en ondas desordenadas sobre su rostro. Su respiración es entrecortada. Nunca ha lucido más hermosa.

Me tomo mi tiempo para soltarla, observando cómo se alisa el vestido, cómo vuelve a ponerse esa máscara fría pieza por pieza. Su respiración se estabiliza, sus ojos vuelven a los míos, más medidos ahora.

—Eres toda una pieza, Leonardo —dice, fingiendo que no está temblando.

Me río, algo rápido y áspero. —Acostúmbrate —me apoyo contra la pared, mi corazón late con fuerza y la sensación de ella persiste en mi sangre. Su desafío hace que todo mi cuerpo zumbe, me vuelve loco.

Va a ser un infierno hacerle ver que me pertenece, pero va a valer la pena.

Más que valer la pena.

Se quebrará. Se quebrará, y entonces la volveré a armar exactamente como yo quiero.

9

Eleanor

Estamos en el dormitorio de Leonardo. Es grande. Me siento como un insecto bajo una lupa. Mis maletas están alineadas contra una pared, y él parece pensar que realmente aceptaré compartir habitación con él. Está apoyado en el marco de la puerta, mirándome con ojos perezosos. Como si me desafiara a estar en desacuerdo.

—No voy a dormir aquí —digo. Mi voz es afilada. Precisa. Aprendí de los mejores.

Levanta las cejas y se truena los nudillos.

—¿Ah, no? —Se cruza de brazos, actuando como si esto fuera divertido. Como si yo fuera divertida—. Tienes muchos cojones.

—Pareces sorprendido. ¿Fue el anillo lo que te convenció de que me doblegaría y actuaría como la esposa obediente?

Su sonrisa se ensancha, y mi corazón golpea contra mis costillas. Quiero arrancármelo y entregárselo.

—¿El anillo? No, nena. —Se separa de la pared. Camina hacia mí. Lento y constante, como si intentara no asustarme—. Fueron los votos matrimoniales.

Su cabello es rojo oscuro, una maraña salvaje que le cae sobre los ojos. Los tatuajes se enroscan alrededor de sus brazos, hasta los nudillos. Leonardo Rosetti es un león enjaulado.

—Actúas como si ya fuera de tu propiedad —digo. Mis dedos juguetean con el anillo de mi madre. Mi único recuerdo de una vida antes de que todo se fuera al traste.

Se ríe. El sonido es áspero y brillante en la fría habitación.

—Lo eres, Eleanor. —Está más cerca ahora—. Tengo los papeles que lo prueban.

Mi pulso es un traidor. No dejaré que lo vea. No dejaré que vea nada.

—Este es un matrimonio de conveniencia —digo—. Para ambos. No finjas que es otra cosa.

—No eres tan conveniente —dice. Su mano se cierra alrededor de mi muñeca, pero no hay verdadera fuerza en ello.

El mundo se inclina. El anillo se clava en mi palma. El pánico me invade. Me imagino siendo inmovilizada bajo él, indefensa y pequeña, obligada a compartir su cama, obligada a abrir las piernas.

Como si lo viera en mi rostro, Leonardo se inclina. Sus ojos arden. Siento su calor, casi siento su piel quemando la mía.

—¿Crees que voy a forzarte? —Lo dice en voz baja, y algo en su voz hace que mi piel se erice—. Te llevarás una maldita sorpresa, nena. Te tendré en mi cama, pero solo cuando lo pidas amablemente. Estarás suplicando por ello.

Las palabras deberían herir, pero en su lugar derriten los bordes de mi miedo. Retiro mi muñeca, y esta vez me deja.

—¿Así que se supone que debo mudarme contigo? —pregunto—. ¿Después de esto?

—Ese es el trato. —No parpadea, no se inmuta—. ¿Qué esperabas?

—Esperaba que pagaran por mí. No dormir con el contable.

Suelta una carcajada.

—Joder, eres algo especial. —Se da la vuelta y saca un teléfono de su bolsillo. Vibra en su mano—. Sin mentiras, sin huir y sin tocar a otros hombres —dice—. Eso es todo lo que exijo.

—No se me da bien seguir órdenes.

El teléfono suena de nuevo, un mosquito zumbando. Leonardo mira la pantalla con el ceño fruncido.

—Más te vale aprender. —Su pulgar se mueve por la pantalla y empieza a gritar al teléfono, saliendo de la habitación y bajando por el pasillo.

Espero a que su voz se desvanezca en la distancia y respiro hondo. El dormitorio huele a él. Jabón y humo. Hace que mi corazón se acelere. Arrastro dos maletas al pasillo, pasando por habitaciones vacías y sin vida. Están llenas de muebles pulidos y aire muerto. Esta es una casa sin corazón.

Me detengo en un dormitorio lejos del suyo, abro la puerta y dejo caer las maletas dentro. No luchó por mí, no realmente. No como pensé que lo haría.

Me quito los zapatos y rebusco en mis maletas, luego me quito el vestido de novia de seda y me cambio a unos vaqueros de diseñador y una blusa simple con un suéter, dejando mi vestido tirado en el suelo. Salgo de la habitación. Quiero distancia. Espacio para respirar. Bajo las escaleras y el vestíbulo se extiende ante mí. Mármol frío bajo mis pies. Es hermoso de una manera cara e impersonal.

Me escabullo por la puerta trasera. La finca es enorme. Terrenos sin calidez, sin alma. Hace suficiente frío como para nevar, y me abrazo mientras me dirijo al jardín. El viento corta a través de mi suéter, pero es mejor que estar dentro.

Me siento en un banco en el jardín, detrás de arbustos altos que me ocultan de la vista, luego saco mi teléfono y llamo a Juliet.

Contesta al segundo timbre, y su voz está sin aliento.

—¿Eleanor? ¿Estás bien?

Es tan bueno escucharla, saber que hice esto por una razón. Por ella.

—Estoy bien, Jules. —Espero que no note la tensión en mi voz—. ¿Cómo te está tratando papá?

Hay una pausa, y puedo imaginarla mordiéndose el labio, nerviosa pero feliz.

—Está... bien. Parece complacido. Creo que hiciste lo correcto.

El viento muerde mi cara. No puedo evitar pensar que incluso cuando está complacido, nuestro padre nunca está feliz.

—¿Y tú?

—Desearía que no tuvieras que hacer esto por mí. —Suena pequeña, más joven de sus diecinueve años—. La casa está tan vacía sin ti. Solo somos papá y yo, e incluso tú eres mejor compañía que él.

Sonrío ante la suave broma.

—Seguro que no. Solo... llámame cuando lo necesites. Prométemelo. —¿Cómo llegamos a esto? La única persona que amo en el mundo, atrapada en un museo sin alma diferente al mío.

—Lo prometo.

—¿Jules? Te quiero. —No espero a que me lo devuelva. Termino la llamada y presiono el teléfono contra mi pecho, sintiendo el frío metal a través de mi suéter.

El viento arrecia y tiemblo. ¿Qué clase de hombre es Leonardo? ¿Es más que un matón en una jaula cara?

Sin mentiras, sin huir y sin tocar a otros hombres. Eso es todo lo que pide.

Las reglas resuenan en mi cabeza mientras regreso a la mansión. No tengo intención de obedecer ninguna de ellas.

10

Leonardo

Eleanor ha movido algunas de sus maletas fuera de mi habitación. No me toma mucho tiempo encontrarlas, en una habitación al final del pasillo en el mismo piso, y ella está con ellas. Se ha cambiado a vaqueros y un suéter, pero de alguna manera hace que el conjunto casual se vea elegante. Se viste como si fuera a encontrarse con una amiga para almorzar, no como si estuviera peleando con su marido en nuestra noche de bodas.

La miro fijamente a ella y luego al equipaje. Un maldito juego. Agarro las asas, mis dedos como tornillos. Ella observa mientras las llevo de vuelta a mi habitación. El aire entre nosotros es cortante cuando dejo caer las bolsas con un golpe seco.

Sin decir una palabra, cierro con llave todas las puertas de este piso excepto la nuestra. Ella me observa en silencio. Si quiere otra habitación, tendrá que romper una maldita cerradura para llegar a ella. Su silencio presiona contra mí, pero yo lo rechazo con el mío propio. Su mirada es de hielo y piedra. Está esperando a que yo me quiebre, pero tiene una larga espera por delante.

Me sigue, silenciosa, mientras giro llaves y aprieto mi agarre. Cierro una puerta de golpe, luego la siguiente. Sus pies descalzos golpean contra el suelo, un ritmo que coincide con mi pulso. Eleanor se para en el pasillo como si fuera suyo.

—Tú sigues mis reglas —me apoyo contra la pared, con una sonrisa burlona en los labios, las llaves tintineando en mi mano.

Me mira, sin palabras. Casi puedo oírla pensar.

—Podemos hacer esto toda la noche —digo.

Su barbilla se levanta una fracción. Se gira, su hombro rozando el mío como si ni siquiera estuviera allí.

La sigo escaleras abajo, cada paso suyo igualado por el mío. La sala de estar es cavernosa sin mi familia en ella. Un amplio sofá se encuentra cerca de la chimenea. Ella se recuesta en él, alcanzando un libro de la estantería. Cada movimiento es elegante, preciso. Me ignora como si fuera un deporte olímpico.

Dejo que tenga la tranquilidad por un tiempo. Dejo que los minutos se arrastren sobre nosotros. Mi respiración es constante, incluso cuando mis entrañas se tensan. Ella pasa una página.

Me recuesto en un sillón, me pongo cómodo. Sus ojos parpadean hacia mí y luego vuelven al libro. Reprimo una risa. Esto es casi demasiado fácil.

El fuego chasquea y escupe. La habitación está bañada en luz parpadeante, sombras bailando sobre nosotros. Su espalda está rígida, pero veo que empieza a aflojarse.

Me estiro, me inclino hacia adelante. —¿Cuánto tiempo crees que aguantarás?

Sus ojos no abandonan la página. —Puedes dormir si quieres, Leonardo —se quita el anillo de bodas del dedo, lo coloca sobre la mesa—. Pero no en la misma habitación que yo.

Mi nombre en su boca: es un desafío y una maldición. Me levanto, camino hacia ella. Cierro el libro de golpe. Su expresión no cambia, pero capto el más mínimo tic en su mandíbula.

No se inmuta. Simplemente alcanza otro.

La alfombra frente al fuego es gruesa, tejida con rojos y dorados. Me acomodo en ella, me estiro. Es más suave que el sofá. Muchísimo más suave que ella.

El tiempo pasa. Horas tal vez. Ella actúa imperturbable. Fría como el vidrio. La observo desde el suelo, con los ojos entrecerrados, cada

músculo alerta. Me pregunto si puede oír mi corazón. Si sabe que este extraño juego me excita.

El fuego se encoge, pero lo alimento con troncos, los veo astillarse en calor y cenizas. Su cuerpo se inclina hacia el sofá ahora, relajándose. Se mueve, sus piernas se recogen debajo de ella. Otra hora se escapa. Mira la hora en su teléfono, se muerde el labio. Ella también puede sentirlo. La forma en que nos estamos rodeando, dos animales, ninguno dispuesto a atacar primero. Se niega a dormir en nuestra habitación. Yo me niego a dejarla dormir sin mí.

Reprimo un bostezo, dejo que me vea hacerlo.

Cierra los ojos, un segundo demasiado largo para llamarlo un parpadeo. Sonrío con suficiencia, estiro los brazos detrás de mi cabeza. —¿Cómoda? —pregunto.

Las comisuras de sus labios se curvan en la sombra de una sonrisa. —Perfectamente.

Deja el libro. Su cuerpo se hunde contra los cojines, un pequeño suspiro escapando de sus labios.

Debería enojarme, la forma en que se resiste. Pero no lo hace. Me hace desearla más.

Mi voz es un bajo rumor. —Vamos, princesa —me crujo los nudillos, siento la tensión extenderse y aflojarse—. Puedo seguir así toda la noche.

El fuego vacila, se atenúa. Nos estamos desvaneciendo con él. Un cansancio espeso como el agua nos hunde. Mis ojos se cierran. Su cabeza se inclina. Me sobresalto despierto. Ella se mueve en el sofá.

Parpadeo, aclarando la niebla. Su respiración es constante, casi pacífica. La he desgastado, pero la quiero despierta cuando se rinda. Quiero que lo sienta.

El suelo está frío contra mis pies descalzos. Me acerco, la miro desde arriba. Está acurrucada sobre sí misma, el cabello escapándose de sus horquillas. Podría levantarla, llevarla a la cama. Encerrarnos, hacerla ver. Pero dije que la haría rogar por eso.

En su lugar, deslizo mis manos debajo de ella. Eleanor se mueve, apenas despierta. Su voz es el más pequeño murmullo. —

Leonardo... no...

Es ligera como una pluma. La bajo a la alfombra. Su cuerpo se acurruca contra el calor como un gato. Le sonrío.

Una manta. Una almohada. Consigue ambas. No soy tan bastardo. Luego me estiro a su lado, y el calor de su piel me atrae. Mi mano encuentra la estrechez de su cintura, la acerca a mí.

Está demasiado dormida para protestar.

Mi boca encuentra su oído. Las palabras salen fácilmente. — Donde tú duermas, yo duermo.

Ella respira profundo, uniformemente. Su cabeza se acurruca en la almohada. Aún no lo sabe, pero es mía.



Por la mañana, el tiempo había despojado a la casa de la mayor parte de su calor. Aquí se enfría rápido. Eleanor duerme, acurrucada contra mi pecho sobre la mullida alfombra junto al fuego agonizante. Sus respiraciones son profundas y lentas, y sus brazos están doblados contra mi pecho, con su cabeza anidada en mi cuello. Está tranquila así, sin máscara, sin pose, solo ella.

Se mueve, y espero que despierte, que reanudemos nuestro enfrentamiento. Pero no lo hace, y sonrío, apartando un mechón de pelo de su rostro. Es una mujer impresionante.

En el silencio, un confuso clamor de voces se vuelve agudo y más fuerte. Las reconocería en cualquier parte, incluso medio dormido. Mi familia ha regresado. La irritación me recorre la columna. Quería quedarme así, abrazado a mi esposa, pero en su lugar tengo que despertarla. No la dejaré en la alfombra para que cualquiera la mire boquiabierto.

Me pongo de pie, la tomo en mis brazos y me dirijo a las escaleras. Ella despierta y, por un momento, su mirada es suave,

hasta que recuerda dónde está y quién soy yo. Lucha por liberarse, y la bajo, complacido de ver por fin una arruga en su ropa.

—Buenos días, princesa —digo.

Sus hombros se tensan, pero no me da la satisfacción de verla sobresaltada.

—Es hora de subir —levanto la barbilla hacia los jardines, donde el ruido de mi familia llegando crece más fuerte cada momento—. La luna de miel ha terminado.

Ella se echa el pelo hacia atrás, clavándome esos ojos fríos.

—Menos mal.

Sube las escaleras. Oigo la ducha en el baño de nuestra habitación. Eleanor cree que puede lavarse la noche de encima, pero no puede. No cuando estoy justo fuera de la puerta, escuchando, imaginándola en el agua. Me tomo mi tiempo antes de vestirme, y cuando ella emerge del baño humeante, sonrío. Su toalla está envuelta alrededor de su cuerpo, y su brazo aún está rojo donde estaba apoyada. Su expresión casi parece humana.

Me tiro en la cama, estirando las piernas frente a mí, aún con los zapatos puestos.

—Cuidado. Me estás dando la idea de que no dormiste como un bebé.

Eleanor levanta la mirada. Rostro inexpresivo, voz quebradiza.

—Y tú me estás dando la idea de que crees que me importa lo que piensas.

Me río. Su voz puede ser de piedra, pero ahora oigo las grietas.

—Esperarán que desayunemos con ellos. Pon una buena actuación.

Ella da una sonrisa fina, del tipo que puedo decir que está destinada a cortar.

—Obsérvame.

Planeo hacerlo.

La sigo hasta la cocina. Mi familia es un enredo de ruidosos y directos, trajes negros y voces atronadoras. Están bebiendo café, y Carmela está poniendo huevos en la estufa. Le dimos la noche libre

al personal, y aún no han regresado, así que nos las arreglamos solos esta mañana. Me tomo un momento para mirarlos a todos, luego aclaro mi garganta, llamando su atención.

—¡Los recién casados! —dice mi hermana, levantando la vista de su taza.

—Pensé que aún estarían... —la voz de Matteo es astuta, burlona, pero Raffaele lo empuja antes de que pueda terminar—. Peleando.

Eleanor se ha puesto un vestido que no estaría fuera de lugar en una sala de juntas. Sus ojos centellean hacia mí. Me encojo de hombros, sin inmutarme.

Domenico se levanta, me hace un gesto con la cabeza y se acerca a saludarnos.

—Tu momento es perfecto, hermanito. El desayuno está casi listo.

—Y el vuestro es una mierda —tiro de una silla para Eleanor, la arrastro contra el suelo para que no pueda fingir no darse cuenta.

Eleanor se sienta. Está impecable, incluso rodeada. Responde a las preguntas de todos, mantiene la barbilla alta y finge no importarle que esté sentado a su lado.

Mi hermana le sirve una taza de café y se inclina cerca.

—Debes estar agotada, cariño. Leonardo puede ser tan... exigente.

Eleanor me pilla mirando, pero no se inmuta.

—Estoy haciendo todo lo posible por mantener el ritmo.

Mis hermanos no se dan por vencidos.

—Le doy un mes —dice Matteo, haciendo girar una moneda entre sus dedos—. Ella lo tendrá en la palma de su mano.

—Una semana —dice Raffaele, seco como el Sahara.

Me irrita la forma en que actúan como si Eleanor fuera de quien debería tener miedo. Como si no pudiera manejar a una mujer. Me trono los nudillos. Sus voces son fuertes, pero veo a Eleanor alejarse. Es demasiado perfecta, demasiado serena. De repente, me doy cuenta de que necesita que la rescaten de todo el ruido, todo el caos de mi familia.

Me pongo de pie, dejando mi comida intacta, y retiro la silla de Eleanor.

La voz de Mama se eleva por encima del resto, dulce y seria.

—¿Adónde la llevas?

Tomo la mano de Eleanor, la levanto.

—Fuera.

—¿No temes que la convenzamos de dejarte? —interviene Carmela.

—Os estoy haciendo un favor, sacándola de aquí —digo, mirando a mi hermana—. No quisiera que descubriera que todos estáis llenos de mierda —Carmela suelta una carcajada.

Eleanor es una estatua de gracia, pero hay un brillo en su mirada. Cree que estoy ejerciendo control, no se da cuenta de que la estoy salvando.

La empujo hacia la puerta.

—Vamos, esposa.

En el coche, ella no habla. Es un juego para ver quién romperá el silencio primero. Sus ojos están sobre mí. Finjo no darme cuenta.

—¿Adónde me llevas?

El puente se alza sobre nosotros, cables entrelazados contra el cielo.

—Pensé que querrías algo de comida decente. Un lugar como este —digo, deteniendo el coche—. Tu padre solo podría soñar con conseguir una reserva. Tiene todo el dinero del mundo, pero ninguna de las conexiones.

Ella mira el letrero. Hay un pequeño temblor en su voz. —¿Il Paradiso?

Mi sonrisa está llena de dientes.

La observo en nuestra mesa. Mantiene sus ojos fijos en mí, sin mirar nunca la vista o el menú. La pongo incómoda, y es la mejor maldita sensación. Nuestro silencio es denso, pero no es el mismo que antes. Casi creo que hablará primero. No lo hace, pero sus dedos juguetean con ese anillo en su mano. No la alianza de boda, el otro. Pido dos copas de champán y jugo de naranja.

—¿Quieres algo más? —pregunto.

Sus ojos me atraviesan, y sé que quiere muchas cosas. Ninguna de ellas está en el menú.

Ordeno por los dos, observo cómo mordisquea su tostada con caviar, lleva pequeños bocados de huevo a esa linda boca. Bebo más café negro, como como un perro.

Una voz viene de la mesa de al lado, cortando el silencio. —Bonito pedazo de culo —dice, fuerte y descarado.

Las palabras quedan suspendidas en el aire, desafiándome a hacer algo al respecto. No recuerdo haberme levantado, pero ya estoy de pie, el corazón latiendo con fuerza, la sangre rugiendo en mis oídos. Eleanor me mira, con los ojos muy abiertos, justo cuando empiezo a moverme. El imbécil que lo dijo no es mucho mayor que yo, tampoco mucho más grande. Tiene las mangas arremangadas, la corbata suelta. El muy arrogante no sabe lo que le espera. Estoy a mitad de camino cuando sus amigos empiezan a reír, y entonces estoy en su mesa, listo para callarlo de una vez por todas. Él se gira, la sorpresa cruzando su rostro, pero es demasiado tarde. Golpeo antes de que pueda siquiera parpadear. Mi puño conecta con su mandíbula, un crujido satisfactorio que llena todo el restaurante.

Un plato se estrella contra el suelo. Su vaso se hace añicos. La gente está mirando ahora, horrorizada, congelada, como si nunca hubieran visto una pelea antes. Como si esto no fuera Nueva York.

El tipo al que golpeé tropieza hacia atrás, con shock en su rostro, la mano en la boca, sangre entre los dientes. El resto de sus amigos también se han levantado, pero no quieren meterse conmigo. Están agarrando sus abrigos, sus carteras, a su amigo maltrecho.

Mi voz resuena, haciendo eco en el repentino silencio. —Nadie mira el culo de mi esposa más que yo. —Hay orgullo en las palabras, posesión. Y es la pura verdad.

El gerente se apresura a acercarse. Está pálido, preocupado por sus clientes elegantes, por los disturbios que estoy causando. Lo miro fijamente y señalo la puerta. Ya he causado suficiente

escándalo. —Está bien, nos vamos. —Él asiente, el alivio inundando su rostro. Sabe quién soy, y no discute.

Los ojos de Eleanor están muy abiertos. Parece sorprendida, pero también complacida. Como si acabara de descubrir algo sobre mí. Estoy a un segundo de acorralarla contra la pared y besarla hasta que no pueda respirar. En su lugar, me mantengo frío. Sereno. Espero.

Ella se me está metiendo bajo la piel como lo hace la tinta, calando hondo.

Dejamos el desastre atrás. Ya en la calle, mantengo mi agarre firme en su muñeca. Puedo sentir su pulso. O tal vez es el mío. En el camino a casa, conduzco sin pensar.

Tengo que saber. —¿Estás disfrutando esto? —Sueno enojado. Estoy enojado. Le estoy dejando ver demasiado de mí.

—¿Tu rabiosa jealousía? —pregunta, y escucho el borde de una sonrisa—. ¿Debería hacerlo?

—Nunca conocí a nadie tan jodidamente... —No puedo terminar. No quiero que sepa el final de esa frase. Tan jodidamente cautivadora.

11

Eleanor

El aire de la mañana es fresco en mi piel cuando regresamos del desayuno en Il Paradiso. Leonardo fingió que me arrastraba allí, pero vi a través de él. Me estaba ayudando a escapar de la locura de su familia. Podría estar agradecida si no fuera por la forma en que sonrió con aire de victoria.

La mansión Rosetti se alza frente a mí, llena de ángulos y ventanas largas. Es un rascacielos, una prisión, la guarida de un dragón. Todo menos un hogar.

Respiro hondo y atravieso las puertas principales, y es como entrar en otro mundo. No el silencio de mi infancia o los rincones oscuros de anoche, sino el caos y las voces que tiran de mí. Rosettis en cada habitación. Hermanos. Hermana. Incluso los padres y la diminuta abuela, aunque no viven aquí, por lo que puedo entender. Todos gritando, bromeando, hablando unos por encima de otros.

—Es como si el lugar hubiera vomitado Rosettis —murmuro.

—Nosotros estábamos aquí primero, Eleanor. —Una figura alta —Raffaele, empiezo a distinguirlos— se acerca a mí.

—Y no nos vamos a ir. —Una voz cortante desde la esquina, el hermano mayor, Domenico, quien arregló mi matrimonio. Cruza los brazos, luciendo como el futuro jefe en toda regla.

—No la asusten. Los dos son unos idiotas. —Carmela revolotea, llena de rizos y ojos grandes. Rebota sobre sus pies, y no estoy segura de qué pensar de ella.

—Estoy bien —digo, forzando una sonrisa—. Solo estoy ubicándome.

Camino por las habitaciones, observando, escuchando. Carmela grita por encima de todos, tratando de explicar algún nuevo plan de negocios. Raffaele no parece importarle, mientras Domenico le dice que se centre en la familia en lugar de andar correteando como una mocosa desagradecida. Su respuesta es una avalancha de palabras tan rápida que Matteo bromea diciendo que está más preparada para la facultad de derecho que para asuntos familiares. Emilio se apoya contra una pared, un fantasma de cabello negro, y me sonríe. Es más que un poco abrumador, todos ellos juntos así.

Una casa de caos y voces. Una mansión que no está vacía. Me siento como una espía, una intrusa. Nunca he visto algo así. Pelean. Gritan. Se abrazan y se insultan, y nadie recibe una bofetada en la cara. Hay algo ruidoso y brillante que no entiendo hasta que finalmente me doy cuenta: esta casa está viva.

La de mi padre era una tumba. Las habitaciones tan vacías como los corazones en su interior. Cada conversación en voz baja y fría mientras nos movíamos de una superficie a otra, sin tocarnos nunca, sin conectar jamás. Esto es como un país extranjero.

Me deslizo hacia la biblioteca, acomodándome en el sofá de cuero, dejando que las palabras me lleguen desde las otras habitaciones. Raffaele discutiendo con Leonardo, Salvatore intentando enfrentarse a su diminuta madre, Nanna Toni.

Una taza caliente aparece frente a mí. Carmela está de pie con otra sonrisa, llena de entusiasmo y cafeína. —¿Café? ¿O eres más de té? Tenemos un armario lleno.

Lo acepto. —El café está perfecto, gracias.

Sorbo mi café y espero. Espero a que me interrogue. Espero a que exija algo. Cualquier cosa.

—No estaba segura de que volverías del desayuno —dice finalmente Carmela—. Dicen que aceptaste el matrimonio, pero parecías algo desconcertada esta mañana. Pensé que huirías.

—¿Y marcharme antes de haber conocido apropiadamente a todos? —respondo.

Se apoya contra el marco de la puerta. —Eso es lo que yo haría.

—No eres muy educada.

—Sí. —Una sonrisa aguda, una pequeña risa—. Por eso soy la favorita.

Considero mis opciones. Eran tan simples ayer. Luchar. Huir. ¿Ahora? Quién sabe. Además, están esas malditas reglas. *No mentir, no huir, no tocar a otros hombres.* Pero no tengo intención de ser el juguete de ningún hombre, así que la única pregunta es: ¿qué regla debería romper primero?

No mentir.

Las comisuras de mi boca se elevan de nuevo, solo un poco. —¿Sabías que solía aprender tap? —le digo a Carmela—. Se me daba bastante bien. Incluso participé en competiciones estatales y todo. —No era tap, era ballet, porque mi padre pensaba que mejoraría mi postura.

Los ojos de Carmela se iluminan. —¿Tap? ¿Podrías enseñarme?

—Claro. Cuando quieras —la más pequeña mentira me llena de alegría, mi primera pequeña rebelión contra Leonardo, y mi sonrisa es genuina.

Entrelazo más mentiras en cada conversación, pequeñas mentiras piadosas que me provocan escalofríos de felicidad. Ya estoy rompiendo las reglas de Leonardo, y él ni siquiera lo sabe.

No es difícil encontrar un oído dispuesto para una de mis historias. La casa está más abarrotada que un circo de tres pistas. Rosettis por todas partes. En los sofás, en las sillas. Tirados en el suelo. Gritando, susurrando, peleando por todo. No hay aire en las habitaciones, no hay espacio, solo gente, voces. Vida.

Es agotador.

El único momento de tranquilidad llega cuando Nanna Toni maldice a todos para que salgan de la cocina y dejen cocinar al personal. No cenamos hasta después de las diez, y estoy famélica. Pelean y beben vino y viven. Me quedo en el centro de todo, sola entre la multitud, observando. Tratando de mantenerme apartada.

A medianoche, incluso los Rosetti empiezan a decaer. Pensé que nunca se cansarían, que me perdería en el ruido para siempre, pero veo que los ojos comienzan a cerrarse alrededor de la larga mesa del comedor. Leonardo está sentado a mi lado, con un desafío silencioso en sus ojos. No puede esperar que sea yo la primera en rendirme, la primera en irse. Aguanto todo lo que puedo, con los párpados pesados, los músculos doloridos, hasta que su silla se arrastra hacia atrás y de repente se alza sobre mí.

Se inclina, su aliento en mi piel. —¿Lista para ir a la cama, princesa? —Su calor, su cercanía, me envuelve, y me cuesta cada gramo de determinación forzar una respuesta.

—No en tu habitación —digo. Apenas puedo dormir en la alfombra junto al fuego como anoche cuando la casa está llena de Rosettis. El atractivo de acurrucarme en los brazos de mi marido es demasiado fuerte, casi suficiente para quebrarme, pero no puedo ceder. No puedo dejar que Leonardo gane tan fácilmente, sin importar lo cansada que esté o cuánto disfruté de su tacto anoche.

Me levanto, dejándolo con una mirada desafiante, y me dirijo hacia las habitaciones de invitados hasta que encuentro una que está vacía, salvo por una cama individual. Me deslizo dentro, dejando que la puerta se cierre tras de mí, dejando que la oscuridad me envuelva. Es más suave de lo que imaginaba. Más como una almohada que una celda. Me hundo en el colchón, envolviendo las sábanas a mi alrededor como un escudo. Estoy a salvo de él, al menos por esta noche.

Pero debería haberlo sabido mejor.

Cuando despierto, no estoy sola.

Su cuerpo presiona cerca contra mi espalda. Se desliza en la cama individual, en mis defensas. Debería importarme, pero no es

así. Su calor se filtra a través de la manta, cada parte de él envolviendo cada parte de mí.

De repente, solo hay una regla que no quiero romper. *No tocar a otros hombres.*

Cuando sus brazos se cierran alrededor de mi cintura, cuando respira contra mi cuello y aprieta su agarre, estoy demasiado cansada, demasiado tentada para resistirme. Alcanzo sus manos y me digo a mí misma que es solo para evitar que me toque, pero es una mentira, y lo sé mientras entrelazo mis dedos con los suyos.

Su cercanía es seguridad. Y caos. No sé cuál anhelo más, y mientras me deslizo hacia el sueño, pienso en este extraño asesino, en sus reglas, en su terrible e imposible familia. Y entonces sonrío en la oscuridad.

Aquí, en sus brazos, esto se siente más como un hogar de lo que el de mi padre jamás fue.

12

Leonardo

Tan cerca, el hedor es irreal. Cigarrillos, sudor, miedo. Lo respiro mientras el tipo jadea, sangrando y semiconsciente. Rafe saca otro cigarrillo del paquete, se apoya contra la pared como si tuviera toda la noche. Yo no. Pateo la silla. —¿Cuándo llega?

El tipo se estremece como si le hubiera disparado.

—Por favor —balbucea—. Por favor.

No es la respuesta que quiero. La siguiente patada es más fuerte. La silla se desliza, inclinándose hacia atrás hasta que él mira al techo, luego se estrella contra el suelo con un estruendo que hace temblar las paredes. Grita algo en albanés.

—Jodidamente inútil —digo, interrumpiéndolo—. O empiezas a hablar, o...

—¡Hablo! —Lucha por respirar, con los ojos en blanco—. Te lo digo todo. Solo no...

Ya me estoy aburriendo. Miro a Rafe. Se encoge de hombros como si fuera mi espectáculo, haz lo que quieras. Sus guantes de cuero brillan en la tenue luz mientras saca su encendedor. Tranquilo y paciente. Nunca tiene que apresurarse. Yo no estoy esperando. Agarro el frente de la camisa del tipo y lo levanto. Estoy perdiendo la paciencia, y él lo sabe. Este tipo es un informante de los albaneses, no está en su pandilla, pero está cerca. Es lo suficientemente

insignificante como para que no lo echen de menos, no lo rastrearán hasta nosotros. Pero sabe cuándo llega su cargamento, y si los albaneses nos ganan, podríamos perder nuestra oportunidad de entrar en el negocio de las piedras preciosas por completo.

El lugar es un basurero. Papel tapiz grasiento, un colchón desnudo en el suelo, sin muebles excepto la silla que estoy pateando. Huele a sudor y moho, algo pudriéndose debajo. Puedo sentir la suciedad arrastrándose a mi alrededor, pero no me importa. Todo lo que quiero es lo único que aún no ha dicho, y es solo cuestión de tiempo antes de que lo suelte. El tipo sabe lo que viene. Debería ser más inteligente. Pero solo me mira con esta expresión aterrorizada, la sangre corriendo de su nariz.

Lo suelto. Se desploma hacia adelante, jadeando, escupiendo rojo en el suelo. Odio este lugar. Odio todo este edificio. Diablos, odio toda esta calle, y la destrozaré si es necesario. —Los rubíes —digo, acercándome—. ¿Cuándo?

—No... —empieza, pero le doy una bofetada. Su cabeza gira bruscamente. Una línea de saliva y sangre cuelga de su labio. Parece que está a punto de llorar, y es patético.

Doy un paso atrás. Me trono los nudillos, fuerte como disparos en la pequeña habitación. Rafe observa, no dice nada. Si fuera él, esperaría al tipo. Le daría otra hora. Le daría toda la noche, si fuera necesario. Yo no. Mis puños están ansiosos. El tipo es inútil, pero voy a sacar algo de esto.

Es mi hermano mayor. Todos lo son. Rafe es el segundo mayor, treinta y un años y ya tan sólido como una roca. Hay una forma de hacer las cosas, me dijo una vez, que no siempre implica romperlas primero. Nunca le agarré el truco.

—Podemos dar vueltas y vueltas —le digo al tipo en la silla—. Yo seguiré ganando.

—No más —suplica, temblando tan fuerte que su voz tiembla—. ¡Por favor, no más!

—Solo dilo —siseo. Abre la boca. Veo mi oportunidad, y la tomo. Mi puño en su estómago. Está jadeando, llorando, escupiendo todo

menos lo que quiero. La sangre, los mocos, ahora están por todas partes. Empapando su ropa. Me mira como si pensara que tiene una oportunidad, pero está equivocado. Nunca la tuvo.

Esta vez le rompo la nariz. Siento el cartílago crujir bajo mis nudillos, y es tan satisfactorio que casi me río. Rafe enciende su encendedor, tranquilo como siempre. Ni siquiera parpadea. Pero el tipo frente a mí está perdiendo la cabeza, y eso es exactamente lo que quiero. Lo agarro de nuevo, retorciendo el frente de su camisa hasta que se atraganta. —El cargamento. Los rubíes. ¿Cuándo llega?

Me vuelvo más fuerte con cada palabra. Estoy seguro de que todos en el edificio pueden oírme. Tal vez todo el bloque. Y está bien. Que lo hagan. Dejaré bien claro que los Rosetti mandan aquí, y no hay nada que nadie pueda hacer al respecto.

Rafe se toma su tiempo para encender su cigarrillo. Mira su reloj. Se apoya contra la pared, como si supiera que el tipo está a punto de quebrarse. Y lo está. Puedo verlo en sus ojos, la forma en que el terror finalmente se apodera.

—¡El seis de mayo! —grita ahogadamente, con lágrimas corriendo por el desastre en su cara—. ¡El seis de mayo, en Cape May! ¡Eso es todo lo que sé. Por favor!

Y así, sin más, se acabó.

La pequeña habitación se queda tan silenciosa que es como si alguien hubiera cortado el sonido. Rafe exhala una larga estela de humo, y casi puedo oír eso también. El tipo se da cuenta de lo que ha hecho, y entra en pánico. Va a suplicar.

—Pérdida de tiempo —digo. El tipo está respirando rápido y superficialmente, ya hiperventilando.

—Te lo dije —jadea—. ¡Te lo dije!

—Sí —estoy de acuerdo. Sonrío—. Lo hiciste.

Dejo que lo vea venir. Sus ojos se abren, desesperados. Ya no está diciendo nada. Mi mano está en su hombro y se sacude como si pudiera liberarse, pero es inútil. El cuchillo sale de mi chaqueta y entra en su pecho antes de que tome otro aliento. Le queda apenas

suficiente vida para mirar la sangre, confundido, y luego se desploma hacia adelante.

Rafe termina su cigarrillo y lanza la colilla a la esquina. Me mira con esos ojos azules y fríos. Ponen nerviosa a la mayoría de la gente. A mí no. —Bien —dice.

Arranco el cuchillo y lo limpio en la camisa del muerto. El mango está caliente por la muerte. Se siente bien. La adrenalina ya se está acumulando en mi pecho. —Sí —digo, volviéndome para irme. Miro a mi hermano—. ¿Vienes? —Sonrío, y no me importa si ve lo salvaje que es.



La mansión Rosetti es una maldita fortaleza, pero eso no impide que mi pulso se acelere mientras cruzo la puerta.

—¡Eleanor! —grito, con la adrenalina aún corriendo por mis venas después de mi encuentro con el informante albanés.

No hay respuesta. ¿Dónde diablos está? Grito su nombre y mi voz retumba por los pasillos, chocando contra el frío mármol. No contesta. Subo las escaleras de dos en dos, gritando más fuerte, con más fuerza. Mis botas resuenan mientras recorro habitación por habitación, empezando por nuestro dormitorio y luego las otras en las que intentó dormir. Mis hermanos me miran fijamente mientras empiezo a tirar cosas, mientras grito su nombre de nuevo, exigiendo que alguien la encuentre.

Le di a esa mujer tres reglas. No mentir, no huir, no tocar a otro hombre. No puede haberse ido. Si se ha ido, ha roto una regla, y habrá que pagar las consecuencias.

Ha estado intentando esto cada vez más. Provocándome. Probando hasta dónde la dejaré correr antes de tirar de la cadena. Está jugando un juego peligroso. Puedo sentir las miradas sobre mí.

La familia, esperando ver si puedo mantenerla bajo control. Mi control. El sonido de todo esto es como sangre en mis oídos.

Abro de golpe la puerta de la biblioteca, y la visión de Emilio despatarrado en una silla, con los dedos tecleando en su portátil, hace que mi visión se vuelva roja.

Levanta la mirada, y esos ojos grises me atraviesan. —¿Algún problema?

Casi arranco la puerta de sus goznes. —¿Dónde está, Emilio? Si la estás encubriendo...

—Relájate —dice, suave e irritante—. No estoy encubriendo a nadie.

Mi puño aterriza en la pared junto a su cabeza, dejando una marca. —Levanta el culo y ayúdame a encontrarla.

Levanta una ceja pero no se inmuta. —Lo que tú digas, Leo.

Ya estoy en movimiento. Comedor. Sala de estar. El vacío se burla de mí. Ella conoce las reglas. El trato. El castigo si las rompe.

Choco con Matteo en el pasillo. Está haciendo girar una moneda de plata entre sus dedos, con esa sonrisa perezosa en su rostro. —¿Ya te ha dejado, hermanito?

—Cállate —espeto. Quiero borrarle esa sonrisa de la cara de un puñetazo.

Matteo se ríe, un sonido que me irrita, y se apoya contra la pared. —Tal vez decidió que los pelirrojos no son su tipo.

—¿Dónde está Dom? —digo, ignorando la pulla—. ¿Dónde está Sal?

Su sonrisa se ensancha. —¿Vale la pena molestar al viejo por esto? De todos modos, no está aquí.

Ya no estoy escuchando. Puede irse a la mierda con esa moneda. Ella está probando mis límites, y no sé cuánto tiempo puedo dejarla.

Domenico me encuentra en el vestíbulo de entrada. Siempre pulcro. Siempre controlado. Quiero partirlo por la mitad cuando se para frente a mí, con los brazos cruzados. —Leo. Cálmate.

—¡No me digas que me calme! —Estoy en su cara, la rabia y el pánico entrelazándose—. Encuentra. A. Mi. Esposa.

—Estás armando un escándalo —dice Dom, su voz cortando la mía como una navaja—. Y no aprecio los escándalos.

No me importa. No me importa nada de esto. Lo empujo y me dirijo a la puerta principal, maldiciendo entre dientes. No puedo pensar. No con la sangre hirviendo en mis venas.

Las puertas de cristal se cierran de golpe detrás de mí mientras salgo furioso. Si se ha ido, si ha huido, si cree que la dejaré... se llevará una sorpresa.

Y entonces la veo.

Mis piernas se debilitan.

Está en el césped, junto al jardín. No está huyendo. Solo está ahí parada como si nada estuviera mal. Como si yo no estuviera perdiendo la cabeza.

—Cara —susurro, y ya estoy moviéndome hacia ella. Sus ojos se abren cuando me ve, pero no se estremece cuando agarro sus hombros.

Soy brusco, y no me importa. Tengo que asegurarme.

Paso mis manos por sus brazos, sus costados, hasta sus caderas. Comprobando. Sintiendo. Nada más que sus curvas, su calor. Asegurándome de que no esté herida. Su respiración se entrecorta cuando tomo su rostro, y quiero besarla tan desesperadamente que duele. No lo hago.

Nos quedamos ahí, sus ojos fijos en los míos, hasta que finalmente la suelto. Me doy la vuelta y la dejo ahí, y sé que me seguirá.

Me alcanza dentro. —Leonardo —dice, suave e insegura.

Sigo caminando. Por el pasillo, pasando junto a mis hermanos, sus ojos como dagas. Ella está detrás de mí, acelerando sus pasos para mantenerse cerca. No dice nada más hasta que llegamos a nuestra habitación. Guardo silencio mientras cierro la puerta, mientras me vuelvo para mirarla. Veo la curiosidad ardiendo en esos ojos, pero sobre todo veo el miedo. Me llena de algo oscuro y ardiente.

—No sabía que estabas en casa —dice finalmente, con voz queda.

Me río, breve y áspero. —Deberías haber estado dentro. ¿Crees que algo de esto es una puta broma?

—Solo estaba en el jardín —dice. Tiene la barbilla alzada, desafiante, y maldita sea si eso no me hace desearla aún más—. Tengo derecho a estar en el maldito jardín, Leonardo.

—Por supuesto —digo, aunque no me estaba preguntando, me lo estaba diciendo. Me siento en la cama y me reclino, cruzando los brazos. Esperando.

Ella se queda junto a la puerta, observándome, como si también estuviera esperando algo. No me muevo. No parpadeo.

Después de un minuto que se alarga eternamente, su mirada se suaviza y un suspiro escapa de sus labios. —¿Estaba preocupado el gran mafioso malo por su princesita? —se burla.

Sonrío con suficiencia, liberándome de parte de la tensión. —Estaba preocupado de que hubieras roto una de las reglas.

Ella alza la mirada, ahora molesta. —Vete a la mierda, Leonardo. —Lo tomo como una victoria que la haya irritado lo suficiente como para que se le escape una palabrota a través de su exterior perfecto y compuesto.

—La familia me llama Leo —comento.

Ella se cruza de brazos. —No somos familia.

No debería sorprenderme, y no lo estoy, pero las palabras aún duelen. —¿Qué somos, entonces?

Cambia el peso de su cuerpo, frunce los labios mientras piensa en una palabra para describir nuestra relación. —Socios de negocios —dice finalmente.

Suelto una carcajada y me levanto, cruzando hacia la puerta del dormitorio donde ella sigue de pie. Saco una caja larga y estrecha de la parte trasera de mis vaqueros y se la entrego. —Un placer hacer negocios contigo, Price.

La sorpresa en su rostro es deliciosa cuando le entrego el regalo, pero no me quedo para verla abrirlo. Salgo por la puerta, dejando

mis palabras flotando en el aire.

13

Eleanor

Me siento al borde de un sofá enorme en una habitación vasta y vacía, leyendo y releyendo el mismo párrafo. Las palabras se deslizan de mi mente sin siquiera tocarla. Mis pensamientos vuelan hacia Leonardo, mi marido en nombre y título, y me pregunto por qué sigue dejándome sola en nuestra cama. Cada noche, se desliza a mi lado y yo me acurruco contra él como un misil guiado por calor, medio dormida. Pero por la mañana, él ya no está. Quiero preguntarle, pero eso significaría perder. En su lugar, finjo no importarme, finjo leer.

No es como lo imaginaba, este joven rey de temperamento ardiente de la familia Rosetti. Más ladrido que mordida, más bondad que crueldad. Lo exige todo pero nunca insiste, estableciendo reglas con una sonrisa que invita al desafío. Cuando lo pongo a prueba, con pequeñas mentiras para ver si está prestando atención, me castiga de formas sutiles, no dejándome acurrucarme con él tanto como quiero, regalándome extravagantes collares de diamantes y no esperando para que pueda agradecerle. Eso no es un castigo en absoluto. Y aun así, duele, su negativa a seguir el guion. Quiero que sea como mi padre. Quiero que sea cruel. Quiero saber cómo odiarlo.

Paso una página, consciente de que no he leído la anterior, y un gato salta a mi regazo. Es pequeño, naranja, como el juguete peludo que Carmela tiene en un llavero. Esta es su mascota, la he visto jugando con ella, pero no quiero tener nada que ver con ella.

—Vete —le digo, quitándome el pelo de la blusa. El gato empuja su cabeza contra mi palma, una naricita húmeda, ronroneando como una máquina. Lo empujo al suelo. Salta de vuelta, intrépido y tonto —. Vete. —Lo empujo más fuerte esta vez, luego cruzo las piernas para que no tenga regazo donde sentarse. Es implacable, pero yo lo soy aún más, y finalmente se rinde y se aleja.

Presiono las dos finas bandas de oro alrededor de mis dedos, una en cada mano, una de mi madre, la otra de mi marido, girándolas hasta que dejan una marca roja.

Él tiene tres reglas, todas sobre permanecer cerca de él. Me alegro de que no tenga una regla que me impida dormir en su cama. Sabe que es donde me siento más segura, cálida y perdida bajo sábanas que huelen a él. Cuando me deja cada mañana, me digo a mí misma que no duele, y a veces casi me lo creo.

El gato ha vuelto. Se estira contra mi pierna, pequeñas garras presionando a través de mi falda. Lo empujo de nuevo, suave pero firme, y siseo para que me tema. El sonido raspa mis recuerdos. Recuerdo un gato como este, pequeño pero tan importante. Era todo en el mundo para Juliet y para mí, nuestra razón para levantarnos y nuestra razón para sonreír, hasta que padre se lo regaló a un jeque visitante que lo admiró.

—Hermoso gato —había dicho.

—Es tuyo —dijo padre, extendiendo sus manos en generosidad, regalando un pedazo de mi corazón.

La lección fue clara, y la aprendí bien. No dejes que nadie se acerque demasiado. No ames. Así, nada puede romperte el corazón.

Tomo mi teléfono, llamando a Juliet. No contesta. Ella y yo hablamos todos los días, pero no ha respondido a mis llamadas o mensajes en días. Algo debe estar mal.

Miro fijamente la pantalla, deseando que aparezca su nombre. No hay nada. Las paredes me oprimen.

Se ha quedado sola con padre, y soy tan impotente para salvarla ahora como lo era cuando me fui. Se suponía que este matrimonio, este trato, la protegería. Pensé que mi cuerpo sería suficiente para negociar, para mantenerla libre de sus reglas. Pero tal vez he cometido un error. Tal vez la he puesto en más peligro. Nunca debí dejarla sola con él.

Marco de nuevo, observando al gato que me observa.

—Bien —digo, mi voz alta y tensa cuando ella no contesta, un susurro medio ahogado—. Ya voy. —Dejo caer el teléfono sobre el suelo de mármol, lo suficientemente fuerte como para que la funda se agriete.

Dejé a Juliet sola con un monstruo. ¿En qué estaba pensando? Tengo que llegar a ella. Ahora.

Hay voces en el pasillo, más hermanos de los que nadie necesita, y abro la puerta para ver cuáles son. Raffaele está allí, hablando con Emilio.

—Rafe —digo, dirigiéndome al que creo que está escuchando—. Necesito que me lleves a algún lado.

Me mira como si hubiera dicho que los árboles son rosados.

—¿Adónde?

—A casa.

Niega con la cabeza, las manos enguantadas en los bolsillos, y me pregunto cuánta sangre habrán visto.

—Leo dijo que no.

Emilio habla entonces, con una sonrisa burlona en sus palabras.

—Supongo que eso es un no, entonces.

El calor sube a mi rostro, ira y desesperación, y sé que lo ven. Sé que no les importa.

—No pueden mantenerme aquí.

Rafe se encoge de hombros, dándose la vuelta.

—Parece que sí podemos.

El gato está detrás de mí de nuevo, frotándose contra mi pierna, pequeña bestia persistente.

—¿Qué le pasa a esta cosa? No para de frotarse y ronronear. —Lo aparto suavemente con el pie.

—Es un gato —dice Emilio—. Eso es lo que hacen.

El gato de Carmela. Es a Carmela a quien necesito, no a ellos, su corazón más blando es más probable que me ayude. La encuentro en la cocina, tres habitaciones más allá, hablando con el personal.

Un cocinero está en la estufa, removiendo salsa marinara. Carmela picotea una hogaza de pan fresco, desgarrándola trozo a trozo.

—No le digan a papá —dice—. Me dará una charla sobre la carga de carbohidratos. —Intercambia guiños conspiratorios con el personal de cocina. Este es su santuario, harina y azúcar y risas, y me imagino que sus hermanos lo evitan como la peste.

Sus ojos se abren de par en par cuando me ve.

—Maldición. Me atrapaste. —Se limpia la cara, tragándose la evidencia. Su voz es ligera, rebotando como un globo de niño, pero luego me mira. Realmente me mira—. ¿Eleanor?

No puedo fingir que todo está bien, no puedo ocultar el pánico en mi voz.

—Carmela —digo, con más brusquedad de la que pretendo—, Juliet no responde. Necesito que me lleves allí.

Ella se muerde el labio.

—Leo dijo...

—No me importa lo que Leo haya dicho.

Asiente, fingiendo entender, fingiendo ser amable. Al menos tiene la decencia de parecer avergonzada.

—Tienes que quedarte. Pronto te dejará salir, cariño, pero dijo que aún no. No puedo ir en contra de sus deseos. Lo siento.

En ese momento, la odio tanto como a su hermano.

—Es mi hermana. Solo necesito ver cómo está, luego volveré directamente. Puedes acompañarme todo el camino. Creo que

podría estar en problemas. Es familia, Carmela, ¿entiendes eso, verdad?

—Nosotros somos tu familia ahora, cariño. —Las palabras hieren profundamente, más crueles de lo que Carmela podría saber. Su voz es suave, como si estuviera dando malas noticias, y sus ojos me miran con lástima, pero no necesito su maldita lástima. Necesito su coche. Necesito ponerme en camino hacia Juliet antes de que sea demasiado tarde, necesito saber que no la he condenado al control de ese hombre.

Carmela no sabe lo que es renunciar a todo lo que amas. No sabe lo que es vivir en un mundo donde todo lo que te importa puede ser arrebatado en un abrir y cerrar de ojos. Yo tenía ocho años cuando lo descubrí. Lo suficientemente mayor para saber que no era solo el gato. Lo suficientemente mayor para saber que yo era la siguiente. Pensé que me había liberado cuando dejé que mi padre me vendiera, pensé que había ganado cuando le permití intercambiarme como a una mascota no deseada. Creí que una alianza de boda los mantendría a raya a ambos, a mi padre y a mi marido.

Me equivoqué con el primero, quizás también con el segundo. ¿Cuán cerca me mantendrá Leonardo cuando haya terminado conmigo?

Ella es demasiado inocente para entenderlo, esta chica, demasiado acostumbrada a un mundo donde la familia realmente significa algo. La odio por un momento, tanto como he odiado a alguien, odio lo segura que está, lo protegida que se siente.

La decisión llega fácilmente. Mis hombros se relajan y doy un suspiro largo y lento.

—Está bien, supongo que tienes razón. Esperaré hasta que Leonardo llegue a casa y hablaré con él sobre ir a ver a Juliet.

Carmela sonríe como si la hubiera liberado de una carga. Camino despreocupadamente hacia las habitaciones principales, actuando con naturalidad, pero me escabullo por una puerta lateral hacia el

jardín. Solo el gato me ve salir, dándome un parpadeo lento como si estuviéramos en esto juntos.

El aire de la tarde es cálido, y mientras me sumerjo en la sección boscosa del jardín, escucho ruidos detrás de mí. Hombres hablando. ¿Me están siguiendo? Parecen moverse rápidamente, pero yo soy más veloz, impulsada por el miedo, la temeridad y la necesidad de llegar hasta Juliet.

Corro. Paso los árboles desnudos y las altas vallas, esquivando las cámaras y los guardias. Llego al muro y trepo, sin mirar atrás. Ni abajo. Me impulso hacia arriba y por encima. Caigo, en una voltereta torpe pero afortunada, al otro lado. Hacia Juliet. Hacia la libertad.

14

Leonardo

Cruzo miradas con Rafe desde el otro lado de la habitación, y la forma en que me mira me dice que Eleanor realmente lo ha hecho. Ha roto mi regla, y lo hizo a propósito. Puedo saberlo, joder. Puede que sea la hija del mayor magnate de joyería de Nueva York, pero ahora es mi esposa. Aprieto los puños.

—¿Se escapó? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Rafe no levanta la vista del documento que está leyendo.

—Desaparecida.

Una sola palabra, y ya estoy girándome, agarrando mi abrigo, dirigiéndome a la puerta.

—¿Deberíamos preocuparnos? —pregunta.

Me detengo en el umbral.

—Ella debería.

Me paso las manos por el pelo, agarro mis llaves y cierro la puerta de un portazo. El viento me muerde la cara al salir. Si cree que puede burlarse de mí así, se equivoca. Sé exactamente adónde ha ido. De vuelta con papá. De vuelta a la jaula incrustada de diamantes de la que la saqué. Me está poniendo a prueba, esperando ver hasta dónde puede presionar. Tengo un par de cosas que enseñarle sobre presionar.

Es la peor clase de broma. Llevamos casados menos de un mes, y Eleanor ya ha hecho costumbre provocar mi temperamento, llevando su maldito desafío como un arma. Sé que todo es una fachada. Su ardor en la cama la delata, acurrucándose en mi cuello y pecho mientras yo yago con una verga de acero sin posibilidad de liberación.

Me lanzo al coche, y el motor cobra vida, llenando mi sangre de adrenalina y rabia. El tráfico avanza lentamente. Nubes grises cuelgan bajas, amenazando con lluvia. El padre de Eleanor vive en la zona alta, un viaje bastante fácil en condiciones normales, pero con ella corriendo por mi mente, la distancia se estira por kilómetros. Probablemente ya tenga el champán descorchado. Diciéndole a su hermana cómo recuperará su vida antes de que termine el día. Pero Eleanor es mi esposa. Mi maldita posesión, comprada y pagada. Cuanto antes lo aprenda, mejor.

Giro en la última esquina. La mansión familiar se alza como una joya, brillante contra la sombría ciudad. Salgo del coche antes de que se detenga por completo, atravesando las puertas principales. El interior es todo cristal y brillo, habitaciones llenas de basura invaluable. La opulencia de todo esto sería suficiente para darme náuseas si no estuviera tan enojado.

Una criada empieza a preguntar quién soy, pero ya estoy en las escaleras, subiéndolas de dos en dos. Estará arriba en uno de los dormitorios. La puerta está entreabierta, y la veo antes de que ella me vea a mí.

Eleanor está de pie junto a la ventana, mirando la lluvia que finalmente ha comenzado a caer. Su cabello es oscuro, casi negro bajo esta luz. Su espalda está recta, cada centímetro de ella tan elegante y preciso como el corte de un diamante. Siento ese familiar arrebato de frustración, ira y deseo.

—Bonito lugar el que tienes aquí —digo. Mi voz suena más cortante de lo que pretendía. Ella se gira lentamente, la imagen perfecta de la compostura.

—Leonardo —dice, aparentemente no sorprendida de verme.

Quiero sacudirle esa calma de encima.

—No pediste permiso para irte.

Sus ojos se estrechan ligeramente.

—No pido permiso para entrar y salir de mi propia casa.

Estamos a dos metros de distancia, pero la separación es fina como una navaja. Me acerco más, su aroma llenando mis pulmones con cada paso. Algo caro y floral. Su boca es una línea firme, pero sé que está sintiendo más de lo que deja ver.

—Eres mi esposa, Eleanor —digo—. Y aceptaste las reglas. Nada de huir.

Ella gira el anillo en su dedo. Lleva un suave suéter azul, una falda de lápiz de carbón perfectamente ajustada. Incluso ahora, parece recién salida de una revista de moda. Pero hay algo más también. Su piel está sonrojada. Está sin aliento como si hubiera corrido hasta aquí.

—Actúas como si hubiera desaparecido —dice—. Solo vine a ver cómo estaba Juliet. Mi hermana, ¿recuerdas? ¿O ya te olvidaste de ella?

Lo único que Eleanor ha pedido desde que se casó conmigo es que vigile a su hermana, y lo hice.

—Te dije que me encargaría de eso —digo.

—Y yo te dije que puedo manejarlo yo misma. Por suerte para ti, está bien.

Las palabras son fuertes, pero su voz vacila. Solo un poco. Doy otro paso, y sus ojos brillan como si estuviera a punto de mandarme a la mierda. En su lugar, simplemente mantiene su posición. El desafío es emocionante, pero no voy a dejar que lo vea.

—No te has disculpado por huir. ¿Es así como lo quieres? —pregunto—. Porque podemos hacerlo por las malas si quieres. Me encanta hacerlo por las malas.

Está cerca ahora, lo suficiente para tocarla. Su respiración se entrecorta. Sus mejillas están rosadas. Me pregunto si siquiera sabe cuánto quiere esto. Cuánto me quiere a mí.

—Bien —dice. Una palabra, pero corta como el cristal.

Casi sonrío.

—Vámonos.

No le doy oportunidad de responder. Agarro su mano, la arrastro hacia la puerta. Está en silencio mientras la llevo escaleras abajo, a través del resonante vestíbulo, hacia la fría lluvia, asegurándome de ir lo suficientemente despacio para que no tropiece. Tiembla, pero cuando la miro, mantiene la barbilla alta, mirando directamente hacia adelante como si ya estuviera planeando su próxima escapada. Abro la puerta del coche para ella, me quito la chaqueta para cubrir sus hombros, luego cierro de golpe.

No hablamos en el camino de vuelta. Nueva York brilla húmeda a nuestro alrededor. Agarro el volante como si fuera lo único que me impide arrancarle la ropa del cuerpo. Por el rabillo del ojo, la veo sentada erguida y distante. Piso el acelerador con más fuerza. El coche abraza las curvas resbaladizas, impulsándonos hacia adelante.

Llegamos a la mansión, y siento que la tensión en ella crece. Está ahí en la rigidez de sus hombros, en la testarudez de su andar. Está ahí en el calor de su cuerpo cuando me roza al pasar por la puerta, intentando fingir que no está afectada. No digo nada, y ella tampoco. Subimos las escaleras, sus pasos tan rápidos y enojados como los míos. Abro la puerta de nuestro dormitorio, la dejo entrar primero. Se detiene en el centro de la habitación, se gira para enfrentarme. Sus ojos son fuego frío.

—¿Vas a mantenerme encerrada ahora? —dice.

—Todavía no —respondo, cerrando la puerta detrás de nosotros.

Me mira como si fuera el enemigo. Tiene razón a medias. Mi pulso es un tambor en mis oídos. Mi corazón está en mi garganta. Su lucha me excita más de lo que jamás he estado, pero no lo demuestro. Todavía no.

—¿Sabes qué les pasa a las mujeres que rompen las reglas? —pregunto.

Levanta la barbilla, desafiante incluso ahora. Especialmente ahora. —Tendrás que recordármelo.

Quiero besarla, pero no lo haré. No ahora. Esto no es sobre amor. Se trata de mostrarle qué le pertenece a ella y qué me pertenece a mí. Le digo que se quite la ropa.

Duda. Me cuestiona. Me mira con desafío.

—Quítate la ropa —la miro fijamente. Ella desea esto casi tanto como yo, y a pesar del fuego en sus ojos, obedece.

El suéter es lo primero, suave y doblado en el suelo. La falda lápiz es lo siguiente, y mientras se la quita, mi mirada está fija en sus caderas. La aparta de una patada. Está frente a mí en seda y encaje, y la visión de ella me hace querer arruinarla.

—Todo —digo, con voz tensa y exigente.

Sus ojos nunca dejan los míos mientras alcanza detrás, desabrocha su sujetador, lo deja caer. Sus pechos son pequeños y perfectos. Sus pezones están duros. Me pregunto si puede sentir cuánto la deseo. Me pregunto si sabe cuánto me desea ella. Se baja las bragas, sale de ellas. Ahora está desnuda, vulnerable y expuesta. Su piel es de un dorado claro, su sexo afeitado, sonrojado y goteando. Está húmeda. Excitada. No intenta ocultarlo.

Mi pulso se acelera. Dejo que mis ojos recorran su cuerpo, hambrientos, devoradores, disfrutando del temblor en su respiración mientras me observa. Se mueve inquieta, su compostura agrietándose un poco. Lo suficiente para que vea el gemido en sus labios.

—¿Crees que esto es un juego? —digo—. ¿Crees que puedes ganar?

No responde. Su silencio es más fuerte que cualquier grito. Saco las esposas, escucho el tintineo del metal mientras pruebo los cierres.

Su respiración se entrecorta. —No puedes...

—Oh, sí que puedo —digo. La llevo a la pared, la inmovilizo contra ella. Su piel está caliente contra la mía. Siento su corazón latiendo a través de su pecho, casi tan fuerte como el mío.

Las esposas se cierran en su lugar, sus muñecas inmovilizadas contra la pared.

Está jadeando, sus ojos amplios, excitados y furiosos. —Esto es una mierda —dice. Su voz se quiebra a mitad de frase, sin aliento y salvaje.

—Abre las piernas.

Duda por un momento, como si no estuviera segura de querer darme tanto poder. Separa los pies, brazos sobre su cabeza, ojos desafiantes y listos para mí. Su cuerpo es perfecto. Su sexo está resbaladizo y listo, hinchado y necesitado. Gime, y sé que siente cada centímetro de la distancia entre nosotros.

Sus ojos me suplican, pero me tomo mi tiempo. Empiezo con las yemas de mis dedos, trazando su piel, su clavícula, sus pechos, sus muslos. Suave y provocador, nunca suficiente, nunca donde ella me quiere. Tiembla bajo mi toque, se tensa contra las esposas, y mi miembro se vuelve de acero.

—Por favor —jadea.

Pero no me detengo, y no cedo. Paso mi lengua por su cuello, hasta el hueco de su garganta. Pruebo la sal de su piel, el calor de su deseo. Se arquea hacia mí, sus piernas temblando, su sexo tan húmedo que podría ahogarme en él. Quiero bajar la cremallera de mis pantalones y enterrarme dentro de ella, pero no puedo darle esa satisfacción. Así que sigo, provocándola, negándole, viéndola luchar por mantener el control.

Gime de nuevo, más desesperada esta vez. —Leonardo...

Me alejo. —¿Pensaste que podías simplemente irte?

Su gemido es agudo, casi un grito. —Volví, ¿no?

Quiero decir algo, quiero decirle cuánto la odio por hacerme desearla de esta manera, pero no lo hago. En su lugar, la empujo más lejos.

—Abre más las piernas —digo—. Voy a lamerte ahora. Por todas partes. Voy a hacer que supliques, que te arrepientas, que aprendas.

Cumplo mis amenazas, trazando mi lengua sobre su piel, subiendo por el interior de sus muslos. Su respiración se acelera, y sé que está cerca, tan cerca. Sus gemidos son frenéticos ahora, enojados y perdidos, y sigo presionando. Estoy dentro de su cabeza,

estoy en todas partes excepto donde me necesita. Mi miembro está atrapado en mis pantalones, tan apretado que siento que podría estallar mientras saboreo su piel en mi lengua.

Se retuerce en las esposas, jadeando, lista para romperse. Pero se lo niego, me contengo. Su cuerpo es un cable vivo, eléctrico y ardiente.

—Por favor, hazme terminar —dice con voz ronca.

Sonrío. —Te dije que rogarías por ello. ¿Estás rogando?

—Sí. Por favor, Leonardo.

Doy un paso atrás y me deleito con la vista de ella, inmovilizada por la pared en sus muñecas, desnuda y hermosa, retorciéndose de placer. —Hoy no. Este es tu castigo, ¿recuerdas? —Mi castigo también, resulta.

Me doy la vuelta, y ella sacude las esposas, luchando contra ellas. —No me vas a dejar aquí, ¿verdad?

—No por mucho tiempo. Solo hasta que te calmes —le digo.

—Que te jodan —grita, su voz cruda y temblorosa. Mueve las caderas contra el aire, tratando de encontrar alivio—. Te odio. Te odio.

Su ira me emociona, me excita aún más, me hace sentir jodidamente inmortal. La dejo allí, jadeando, temblando, desesperada por mí, desesperada por lo que solo yo puedo darle. Me maldice mientras cierro la puerta, sus gritos resonando por el pasillo, haciéndome sonreír.

15

Eleanor

¿Por qué viven todos los hermanos juntos? ¿Por qué tus padres no viven en la mansión también?

Leonardo mira fijamente al frente, con ambas manos apretadas en el volante. Actúa como si no me hubiera oído. Tal vez no lo hizo. Apenas me oí a mí misma. Pero la casa se alza frente a nosotros. Más pequeña que la mansión. Más ladrillo y madera, menos vidrio y acero. Aún cuento los guardias. Pero este lugar es mucho más acogedor. Más vivo. Se siente como un hogar. El tipo de lugar donde una mujer podría respirar. El tipo de lugar donde uno querría vivir.

Me pregunto si alguna vez me llevará a algún sitio que no requiera seguridad armada.

—¿Es esta nuestra casa? —pregunto. Las palabras suenan estúpidas una vez que las digo, pero no puedo retirarlas. Leonardo me mira, confundido.

—Es la casa de mis padres —dice—. ¿Crees que es nuestra?

La mansión es demasiado grande para nosotros dos. Demasiado grande para cualquier persona cuerda, pero demasiado pequeña para todos los hermanos Rosetti. —¿Por qué no? —me encojo de hombros—. ¿No tendría sentido que viviéramos en un lugar como este? Un lugar un poco más pequeño. Solo nosotros dos. —Dejo que

el resto de la pregunta flote entre nosotros, pero él la agarra como agarra todo.

—¿Qué? ¿No te gusta todo el vidrio y el acero? —Suena divertido —. No, espera, no te gustan todos mis hermanos. —Se truena los nudillos.

Me estremezco. —Simplemente no estoy acostumbrada a tanto... caos.

—Deberías habérmelo dicho. Nos mudaremos esta noche. —Parece que lo dice en serio, como si no fuera nada meterme en el coche y marcharnos, comprar una nueva casa en la ciudad, solo para nosotros.

—No sé —digo, más para mí misma que para él. La casa de mi padre era tranquila. Podías oír tu propia respiración en los pasillos. ¿La mansión Rosetti? Es un caos. Es Carmela llevándome a la cocina para enseñarme a hacer parmesana de berenjena, que acaba más como carbón de berenjena. Es Matteo arrastrándome a la sala de estar más pequeña para ver programas de telerrealidad. Es Leonardo colándose en la cama a mi lado cada noche, y escabulléndose de nuevo antes del amanecer—. Es tan diferente, vivir con tanta gente —digo—. Sin secretos.

—Nada más que secretos —dice Leonardo—. Di la palabra y nos mudaremos.

Hago una pausa. Pienso en el calor y la vida en la mansión. —No nos precipitemos.

Dentro de la casa de Salvatore y Gianna, el olor a ajo y salsa roja invade mi nariz, un asalto total. Doblamos la esquina y todos están reunidos en la sala de estar, sentados en los sofás, hablando en voz alta, llenando el espacio como solo los Rosetti pueden hacerlo. Está Dom, serio como siempre, con la espalda perfectamente recta, sin

desperdiciar un segundo, sin encorvarse nunca. Rafe, con el rostro ensombrecido bajo su pelo corto, parece estar vigilando todas las salidas a la vez. Matteo, demasiado cómodo para mi gusto, hace girar una moneda de plata entre sus dedos. No hay señales de los otros hermanos, pero los padres de Leonardo, Sal y Gianna, están sentados en sillones como el rey y la reina que son.

Gianna Rosetti está impecablemente vestida, incluso en casa. Su cabello castaño rojizo, con mechones plateados, está elegantemente recogido en la nuca. Me mira con una mirada cálida pero evaluadora. La única mujer que me ha asustado más que ella es mi propia abuela. Salvatore Rosetti, el capo, lleva un pulcro suéter de lana. Aunque su cuerpo está sentado en un sillón mullido, su presencia se cierne más grande que cualquier figura en la habitación. Escuché leyendas sobre él mucho antes de conocerlo. Despiadado pero carismático, su palabra es ley, sus juicios rápidos y definitivos. Por aquí, algunos dicen que dirige Brooklyn desde ese único sillón, sus órdenes moldeando la ciudad como manos moldeando arcilla. Ni siquiera sus propios hijos se le enfrentan. Exige respeto con solo respirar, ganándoselo con cada cicatriz e historia de décadas en la cima. Actúa como si tuviera derecho a sentarse así en cualquier parte, y tal vez lo tenga.

Me saluda con un asentimiento, con un brillo conocedor en sus ojos oscuros. Tiene una especie de encanto astuto, como si ya supiera lo que quieres y estuviera pensando si puedes tenerlo. La lealtad es su mayor moneda. La familia, su única alianza verdadera. Pero ahora mismo, parece más un abuelo cuidando de sus hijos adultos. Un rosario cuelga de su bolsillo, balanceándose ligeramente cuando levanta los brazos para hacernos señas a Leonardo y a mí para que nos acerquemos, besándonos a ambos en las mejillas. Recuerdo lo que dicen. Cuanto más sonríe, más deberías preocuparte.

Mis nervios están vivos, vibrando. Hay dos extraños en la habitación. Me los presentan como Chase Callahan y su hijo, Dale.

—La familia irlandesa —murmura Leonardo en mi oído.

La cena es tan tensa como esperaba. El aire cargado de poder. Me siento junto a Leonardo, que huele a whisky. Chase Callahan se sienta enfrente, con una mirada de halcón bajo sus cejas sal y pimienta, y Leonardo se eriza cada vez que el hombre me mira. Este es territorio Rosetti, pero con dos familias en la mesa, nunca se puede estar seguro de quién tiene el poder.

—Cristo —murmura Leonardo entre dientes, apenas lo suficientemente alto para que yo lo oiga—. ¿Acaso nunca aparta sus ojos de ti?

Sonrío forzadamente, ignorando la inquietud que me eriza la nuca. Podría preguntarte lo mismo, pienso. La habitación está cálida con iluminación tenue, lámparas de cristal colgando del techo. Esta casa es más pequeña, más íntima que la mansión Rosetti, pero aún así rebosa dinero. Dos hombres flanquean la puerta principal. Incluso cuando están comiendo pasta y cannoli, los Rosetti nunca bajan la guardia.

Una criada entra desde la cocina, colocando una bandeja en el centro de la mesa.

—¡A comer, todos! —exclama Gianna, su melodioso acento italiano llenando la habitación—. No quiero ver sobras, o habrá problemas.

—Yo ayudaré con eso —dice Matteo, mostrando una sonrisa mientras se sirve comida. Se apresura a guiñarme un ojo mientras guarda su moneda de plata en un bolsillo—. Gran banquete, mamá.

La conversación gira hacia los negocios, pero no se trata de gemas así que me desconecto. La mesa está llena de gente. Frente a mí, el Callahan mayor —el que me observa como un halcón a un ratón— me mira fijamente de nuevo. Leonardo no bromeaba; el hombre no me ha quitado los ojos de encima en toda la noche.

—Entonces —dice Chase, sin molestarse en bajar la voz—. ¿Vamos a convertir esta prueba en un negocio a tiempo completo, o qué?

Salvatore se reclina, como un rey en su corte.

—Dividimos las ganancias equitativamente, Callahan. Nosotros organizamos las peleas, ustedes se encargan de las apuestas.

—Cincuenta-cincuenta —dice Dale Callahan. Se ve mucho menos pulcro que su padre, con cabello rubio desaliñado y chaqueta de cuero, pero sus ojos verdes son igual de agudos. Es escurridizo, y conozco el tipo. Me recuerda a un hombre con el que mi padre trató una vez, en quien nunca confié.

—No hay mucho negocio si no confiamos el uno en el otro —dice Matteo, sonriendo como si no lo dijera en serio.

—Ahora somos socios —interviene Leonardo—. Solo llevamos dos meses de prueba, y el ring de peleas ya es el más grande de Brooklyn. Hemos engrasado las palmas de los policías, les encanta casi tanto como a nosotros. —Su brazo roza el mío bajo la mesa, y es más como una reclamación que un consuelo.

—¿El ring de peleas es solo una prueba? ¿Donde nos conocimos? Pero parecías tan a gusto allí —digo. Esta vez, soy yo quien arquea una ceja.

Gianna se ríe, un sonido suave que podría hacer sangrar.

—Ya sabes cómo son los chicos, Eleanor. Si no pueden resolver las cosas con palabras, las resuelven a puñetazos.

Leonardo deja su tenedor.

—Es negocio —se encoge de hombros—. Solo es un plus que también sea divertido.

Retiran los platos y Salvatore sirve vino en copas de cristal, algunas de un rojo rubí, otras de un blanco espumoso.

—Por la paz —dice, levantando su copa.

Chase sonríe con suficiencia.

—Y por las ganancias.

—¡Salute! —grita Leonardo.

Doy un sorbo, fingiendo que no me estoy ahogando en su testosterona.

Cuando llega el postre, es peor. Hay espresso, cannoli y fruta fresca, pero ya no tengo mucho apetito. Chase levanta su copa hacia mí, con una mirada inquietante en sus ojos.

—Por la Rosetti más bonita de la mesa —dice.

Me quedo paralizada. Por un momento, ni siquiera puedo respirar. La habitación gira y se encoge, las voces a mil kilómetros de distancia. Está sucediendo de nuevo. Es una pesadilla. Tengo quince años, y es una cena con uno de los "socios comerciales" de mi padre, que nunca lo mira a los ojos porque está demasiado ocupado mirándome a mí.

Me levanto abruptamente. Todos me miran fijamente.

—¿Eleanor? —gruñe Leonardo—. ¿Estás bien?

No respondo. No puedo. El aire es demasiado escaso, demasiado caliente y demasiado apretado a mi alrededor. Apenas salgo del comedor cuando Leonardo me alcanza, agarrando mi muñeca y llevándome afuera. El aire está frío. Lo inhalo a bocanadas, temblando.

—¿Has perdido la cabeza? —dice. Me está arrastrando hacia el jardín, hacia la oscuridad—. ¿Qué demonios te pasa?

—¡Suéltame! —libero mi mano de un tirón, y la rabia desaparece de su rostro, reemplazada por algo que no reconozco. Preocupación.

—¿Qué pasó? —pregunta, más suave ahora.

—Él... —No puedo terminar. Estoy temblando. Me está sujetando por los brazos, atrayéndome hacia él, y el calor de su cuerpo es demasiado intenso—. Chase. Él...

—¿Te miró? —Intenta hacer una broma, pero sus ojos están afilados—. Es un imbécil. Todos lo sabemos. Pero le prometí a papá que no lo golpearía esta noche.

—No lo entiendes —digo—. Pensé que tú... —Espera, sus dedos entrelazándose con los míos—. Pensé que me entregarías a él.

Se tensa, todo su cuerpo poniéndose rígido. Casi espero que se ría, que rompa la intensidad con esa carcajada salvaje suya, pero no lo hace. En su lugar, suelta mi mano, lenta y deliberadamente, como si aflojara su agarre sobre algo frágil.

—¿Qué quieres decir?

Dudo, sin saber cómo decirlo, sin saber si debería. —Me halagó frente a ti. Es un socio comercial. Pensé...

—¿Pensaste qué? —Su voz es plana, fría como el acero en invierno, y algo helado se desliza por mi columna.

—Actúas como si yo fuera un objeto de tu propiedad —digo, las palabras saliendo atropelladamente—. ¿Por qué debería pensar diferente?

No se inmuta ni se mueve. —Crees que te entregaría —dice, su tono cortando el aire nocturno—, como si fueras una especie de...

—Es lo que conozco —susurro.

—Entonces no sabes una mierda sobre mí, Eleanor. —Sus palabras son duras, pero su tacto no lo es, su mano en mi cuello, en mi cabello, atrayéndome hacia él, como si intentara anclarme a su lado.

—¿Soy tuya ahora? —digo—. ¿Hasta que decidas...?

—Eres mía, pero no así. —El calor de su boca está cerca, lo suficiente como para quemar—. No así. Nunca así. Mataré a tu viejo por haberte hecho eso.

Inhalo bruscamente, temblorosa e irregular. —Por favor. Si tocas a mi padre... no puedo... es todo lo que tenemos. Juliet y yo.

La desesperación en mi voz es cruda, más de lo que quiero que él escuche. Mis manos están extendidas sobre su pecho, y puedo sentir el rápido latido de su corazón bajo mis palmas. Un dolor surge dentro de mí, una presión tan intensa que no puedo distinguir si es ira, anhelo o miedo. El rostro de Leonardo está a centímetros del mío, su aliento quemando caliente contra mi piel.

Se aleja lo suficiente para encontrar mis ojos, azul fijo en azul. —No dejaré que nadie te tenga. Ni Chase, ni nadie. Te lo dije antes: eres mía de maneras que ni siquiera puedes imaginar. —No hay nada fácil o indiferente en el agarre de Leonardo sobre mí. No me suelta. Sus brazos se aprietan a mi alrededor, como un tornillo, inflexible—. ¿Crees que dejaría que alguien más te tuviera? No eres un trato. No una maldita mercancía. Eres Eleanor. Mi Eleanor. Eso no va a cambiar. Nunca.

La certeza en su voz debería asustarme. Tal vez lo hace. Pero me emociona tanto como me asusta. Mi corazón tropieza consigo

mismo, tambaleándose en mi pecho, y me doy cuenta de que no tengo, nunca he tenido, miedo de él. Es lo que me hace desear lo que me aterroriza.

—¿Y mi padre? ¿No lo matarás?

Sus ojos destellan con una intensidad que me estremece hasta la médula. Por un momento, guarda silencio, y el mundo deja de girar. Sus brazos me sostienen con fuerza, feroces y protectores. Luego habla, su voz dura e inflexible. —De acuerdo, nena, no lo tocaré. Por ahora. Pero si alguna vez vuelve a tratarte como una mierda, haré lo que me dé la gana con él.

Me apoyo en mi marido, sintiéndome segura. Porque estoy aquí en el jardín, y la luz se derrama desde las ventanas, las risas brotan desde el interior. Y las manos de Leonardo están sobre mi piel, ásperas y cálidas y no como las de mi padre. Nada que ver con mi padre.

—No sabes cómo era —digo, finalmente.

—Cuéntame.

Y lo haré. Pero no esta noche.

Esta noche, dejo que me atraiga hacia él de nuevo, la oscuridad envolviéndonos, y se siente como la primera bocanada de aire después de estar demasiado tiempo bajo el agua.

16

Leonardo

Nueva York se desangra en mayo. La mansión Rosetti está fuertemente vigilada, nada ni nadie entra o sale sin la aprobación de Dom. No es suficiente para calmar la ira que me atraviesa. No con el cargamento albanés acercándose, con la amenaza de que nos verán venir.

El cargamento albanés llega en dos días. Un envío que Richard Price desea más que el aire que respira. Un cargamento lo suficientemente grande como para hacer que el padre de Eleanor se incline por nuestra competencia en lugar de nosotros, razón por la cual vamos a robarlo. A Price no le importa una mierda la familia, y la sangre no significa nada cuando hay negocios que hacer. Le cortaría el cuello a su propia hija por una gema que le llamara la atención. Ya ha hecho lo siguiente peor: intercambiarla conmigo.

Tomo el teléfono para presionar a nuestro informante en el muelle. Antes de que pueda decir una palabra, su pánico estalla. —Nos han descubierto —balbucea—. Los albaneses. Están planeando un ataque.

El teléfono resbala en mi agarre, pero lo atrapo. Rafe dijo que estábamos listos para secuestrar el cargamento cuando llegara a los muelles. Entonces, ¿por qué coño está mi informante al teléfono

ahora mismo, diciéndome que todo está a punto de desmoronarse? Apenas puedo mantener la duda fuera de mi voz. —¿Estás seguro?

—Positivo —dice el hombre, sin aliento. Puedo oír olas y metal crujiendo de fondo—. Están duplicando sus hombres. Y, jefe, hay algo más.

—Escúpelo. —No tengo tiempo para dramatismos, solo quiero saber los hechos para poder actuar sobre ellos.

—Se han enterado de tu matrimonio —dice, y el temor se acumula en mi estómago—. Dicen que tu esposa es tu nuevo punto débil. Dicen que es una forma de entrar.

El aire abandona mis pulmones como si me hubieran golpeado. Los albaneses por fin acertaron en algo. Nos han descubierto. Me han descubierto. Han descubierto a Eleanor. —Que lo intenten, joder —gruño y cuelgo. No la tocarán. Los mataré primero.

Arrojo el teléfono al sofá y rebota hasta el suelo, una explosión de plástico. Eleanor está en algún lugar de esta enorme caja de cristal que llamamos casa, probablemente con sus ojos azul hielo listos para atravesarme cuando le diga que ahora está aún más encerrada. Mis puños ansían golpear algo. Me trono los nudillos en su lugar y agarro lo primero que encuentran mis dedos: un jarrón de cuello largo de alguna dinastía u otra que vale más que la vida de un hombre.

Con un solo lanzamiento, queda hecho pedazos, estrellándose contra el mármol. Mis manos tiemblan. Nadie se mete con mi esposa.

—¡Dom! —grito, oyendo mi voz hacer eco por la casa—. ¡Domenico, ¿dónde coño estás?!

Una puerta se abre y luego se cierra. Dom está en el estudio, inclinado sobre su propio teléfono. Siempre con la misma marca de traje, como si hubiera nacido con él. Tan calmado como siempre. Incluso sus ojos verdes están impasibles cuando me mira.

—¿Qué? —pregunta, sin molestarse con cortesías.

—Necesitamos duplicar la seguridad. Tenemos que estar jodidamente preparados. —Me sorprende que las palabras salgan

enteras. Se sienten irregulares en mi boca.

Dom me mira como si hubiera perdido la cabeza. —¿Por qué?

—Porque yo lo digo.

—¿Y desde cuándo eso es una razón?

Me paso una mano por el pelo. —Solo hazlo. Los albaneses saben que planeamos llevarnos su caja de rubíes, y están hablando de usar a Eleanor como moneda de cambio.

—No conocen la ubicación de la mansión. Nadie la conoce.

—No importa. —Oigo lo débil que sueno, aferrándome a un clavo ardiendo—. Nos encontrarán. —El silencio de Dom es más acusador que cualquier cosa que pudiera decir. Pero si no puedo proteger a Eleanor, nada relacionado con los albaneses o los malditos rubíes importará. No para mí—. Por favor, Dom. —Casi me mata decirlo—. Por favor.

No asiente, ni sonríe, ni dice una palabra, pero sé que lo hará. Y sé lo que está pensando también: que ella realmente me ha trastornado. Tampoco necesita decir eso. Yo mismo lo estoy pensando.

Salimos juntos, pero no me quedo mucho tiempo. Solo lo suficiente para ver a Rafe, Matt y Milo entrar en la habitación. Tenemos una guerra que planear, y Dom puede liderarla sin mí. Tendrá que hacerlo. Mis pies me arrastran de vuelta por la casa, pasando las cámaras y los hombres que vigilan cada rincón de esta maldita fortaleza, hacia lo único en lo que puedo pensar ahora mismo: Eleanor.

La encuentro con Carmela, como sabía que lo haría. La pequeña princesa está haciéndole compañía a mi hermana mientras sus cuatro hermanos corren como pollos sin cabeza. Las voces de las mujeres son un murmullo en el largo pasillo, una suave y baja, la otra brillante y nerviosa. Me detengo en seco para escuchar, pero no puedo distinguir sus palabras.

Puedo verlas a través de las puertas de cristal de la biblioteca, inclinadas la una hacia la otra. Cabezas juntas. Una pareja extraña si alguna vez vi una. Eleanor siempre está con faldas y tacones,

vestida como si fuera dueña del maldito mundo. Carmela parece haber saqueado el armario de los hombres, las mangas de su camisa a cuadros arremangadas hasta los codos, jeans rotos en las rodillas. Un desastre de rizos oscuros y entusiasmo.

Sé que Eleanor extraña a Juliet. ¿Es mi hermanita solo un sustituto para ella? Eleanor gira el anillo en su dedo, sus pequeñas manos rozando las de Carmela. El pensamiento me pone celoso como el demonio. Casi prefiero cuando Eleanor está distante y desafiante, cuando me mira con suficiente frialdad como para enterrar Nueva York en diciembre. Al menos sé a qué atenerme con esa Eleanor.

¿Con esta? ¿La que parece estar ablandándose? ¿La que Carmela está empezando a apreciar?

No la conozco en absoluto.

Sus voces comienzan de nuevo, demasiado bajas para que yo las capte. Carmela se ríe, y eso retuerce algo dentro de mí. Me alejo antes de que noten que estoy merodeando.

Mis celos me llevan afuera, al jardín cercado donde Eleanor va cuando el resto de nosotros se vuelve demasiado para ella. Puedo notar que está cansada de nosotros, aunque nunca lo diga. Ha estado aquí por casi un mes, pero aún se siente como si no viviera aquí. Como si estuviera de paso, siempre esperando el momento adecuado para huir. Lo intentó una vez. El sabor de ese recuerdo —la persecución, el castigo— me agita más de lo que debería.

Estoy merodeando entre los árboles cuando Eleanor se acerca, y me escondo. No quiero arruinar su santuario, el lugar al que viene para alejarse de mí. Se sienta junto a la fuente. El agua cae por el borde esculpido y llena el silencio con algo vivo. Me escondo detrás de una hilera de árboles, observando sus movimientos.

El viento juega con su cabello. Lo tiene recogido como siempre, pero algunos mechones se sueltan y le rozan las mejillas. Normalmente es tan contenida, hasta en los mechones individuales de su cabello: ordenada, deliberada, en control. Pero cuando lo lleva

suelto, ¿cuando se permite ser algo más que perfecta? Ahí es cuando se mete bajo mi piel.

Y está bien metida. Observo sus manos, cómo juegan con sus joyas, cómo el anillo atrapa la luz. El anillo de su madre. Mi anillo. Y ahora los albaneses creen que pueden arrancárselo.

Están equivocados.

No puedo decir si parece solitaria, o si es simplemente como siempre es. Como si hubiera demasiado espacio a su alrededor, demasiado entre ella y todo lo demás. Todo excepto las cosas que deja acercarse. Su hermana. Mi hermana.

Mis dedos pican por cerrar ese espacio. En su lugar, hago crujir mis nudillos, el sonido agudo y hueco resonando entre los árboles. Su cabeza gira hacia mí. Sus ojos encuentran los míos sin perder el ritmo.

—¿Olvidaste que crecí en una casa con cámaras de seguridad? —Tiene ese tono cortante y conocedor que he escuchado cien veces antes—. Siempre he sido observada. Sé cuándo está sucediendo.

Salgo de mi escondite y ella me mira como si estuviera inspeccionando un diamante, evaluando cuánto valgo.

Acorto la distancia entre nosotros, cada paso más difícil de lo que debería ser. —¿Te gusta aquí?

Estoy a un suspiro cuando me detengo. Lo suficientemente cerca para tocarla. Lo suficientemente cerca para oler su perfume, el más tenue indicio de lavanda. El tipo que sabe que me gusta, pero que nunca admitiría usar a propósito.

Odio que siempre esté un paso adelante.

—¿La fuente o la mansión? —Suena aburrida, pero hay una chispa en sus ojos. Un desafío.

—Ambas.

Se encoge de hombros. —¿Importa?

Importa más que nada. Estoy a su lado en un instante. —¿Quieres una casa nueva? La tienes. ¿Diamantes más grandes? Son tuyos. Cualquier cosa que quieras, la conseguiré para ti —digo, las palabras ásperas y desesperadas.

Inclina la cabeza para mirarme, sus ojos agudos y brillantes. —Pero no me dejarás ir.

Hago una pausa por un momento. —Cualquier cosa menos eso.

—Porque soy tuya.

Ella no sabe cuánta razón tiene, no hasta que la beso. Duro y repentino, como si estuviera tratando de probar algo. Se tensa contra mí, luego se derrite, sus brazos volviéndose suaves y sueltos alrededor de mi cuello. La atraigo hacia mí, aplasto su cuerpo contra el mío. Su blusa es de seda, delicada, pero no me importa. Puedo sentir su calor, las líneas de su figura, la calidez de su aliento contra mi boca.

Si ella es mi debilidad, entonces no quiero fuerza.

Sus manos encuentran mi cabello, sus dedos un desorden lento. Su toque me enciende. Quiero más, y lo quiero ahora. Quiero que duela.

Se aparta, lo suficiente para mirarme. Sus mejillas están sonrojadas, sus labios entreabiertos. Sé lo que significa esa mirada. La he visto antes. Quiero verla de nuevo, y otra vez, y otra vez.

Pero me detiene antes de que lo haga. —No creas que no lo noté —dice, con la más leve curva en su boca.

—¿Notar qué?

Baja una mano, y sigo su trayectoria. La deja flotar entre nosotros, flota lo suficiente para que mis ojos la sigan. Todo el camino hasta el frente de mis pantalones, donde ya estoy duro. Jodidamente ardiendo por ella.

—Lo que quieres —dice—, y qué tan rápido lo quieres.

Esa mirada todavía está en sus ojos. Audaz, provocadora. Hambrienta como el infierno. Como si fuera dueña de este momento y de mí con él. Como si supiera que no necesita nada más que una mirada para hacerme arder.

Todo mi cuerpo está ardiendo. Está jugando conmigo y ambos lo sabemos. Pensé que me enfurecería. Tal vez incluso me asustaría. Pero lo único que quiero hacer es besarla de nuevo, follarla contra esta fuente, hacerla sentir lo que yo siento.

Es casi como si escuchara mis pensamientos, sintiera su pulso. Su boca encuentra la mía otra vez, y es electricidad. Más que eso. Es todo lo que somos demasiado tercos para admitir. Muerde mi labio inferior y es un shock. Del bueno, del tipo que se mete bajo tu piel y no te deja en paz.

Esto es lo que significa estar desesperado por ella.

Ser poseído.

La empujo hacia atrás hasta que choca con el borde de la fuente. Jadea, un sonido agudo que quiero escuchar en repetición. No espero a que recupere el aliento. La levanto y la siento en el borde.

El agua es ruidosa, corriendo a nuestro alrededor. Casi digo algo estúpido, algo que pondría demasiado al descubierto, pero ella me detiene.

No con palabras.

Con la forma en que sus piernas me rodean. La manera en que presiona todo su cuerpo contra el mío, se inclina cerca y respira lo único que necesito oír.

—¿Quieres follarme, Leonardo? —Su voz es un desafío—. Pues hazlo.

Cree que todavía tiene el control, incluso ahora. Y tal vez tenga razón, porque soy tan suyo como ella es mía.

17

Eleanor

Leonardo me arranca de la fuente y me empuja contra un árbol, y entonces su boca está sobre la mía, feroz y exigente. Sucede tan rápido que no puedo respirar. Tan rápido que no puedo pensar. Sus manos se enredan en mi cabello, rudas y urgentes, y todo mi cuerpo se siente como un cable vivo. Nunca me han besado así. Sabe a humo y calor, y me marea, y por primera vez, quiero perder el control.

Se presiona contra mí, salvaje y temerario. Sus manos se deslizan hasta mi cintura, acercándome más, como si quisiera estar bajo mi piel. Jadeo contra sus labios, y él gime. Todo mi cuerpo grita por más de él. Es crudo y explosivo y fuera de control.

—No voy a dejar que te escapes, princesa —dice, mordiéndome el labio. Clavo mis uñas en sus brazos, pero no se detiene. No puede parar. Y no quiero que lo haga.

—¿Quieres más? —respira, su voz áspera en mi oído.

—No —miento, la palabra un susurro desesperado.

Se aleja lo suficiente para mirarme, con ojos salvajes e intensos. —Mentira.

Me estoy deshaciendo por las costuras, desmoronándome con cada toque. No puedo respirar. No puedo pensar. No me importa. Lo acerco más, hambrienta de él como nunca lo he estado de nada.

Sonríe, y cuando su boca encuentra la mía de nuevo, todo mi cuerpo se estremece.

—Admítelo, Eleanor —dice, y sus labios queman un sendero por mi cuello. Sus manos están en todas partes, posesivas y calientes, enviándome en espiral. Apenas puedo mantenerme en pie. Estoy cayendo, libre y aterrador y tan, tan bueno.

Me besa con fuerza. Se ríe contra mi piel. No es justo, la forma en que me hace desearlo. La forma en que no puedo luchar contra ello.

—Eres un bastardo —jadeo, y mi voz tiembla. Estoy temblando.

—Dime lo que quieres. —Desliza sus dedos por mi cuerpo, y mi cabeza da vueltas.

—Maldito seas —respiro, apretando los dientes.

Me atrae contra él, y siento lo duro que está. Cuánto me desea. Ya no puedo negarlo.

—Dime lo que quieres, nena —repite.

—A ti —logro decir, y soy un cable vivo, finalmente dejándome sentir.

—Eso es lo que pensaba. —Es implacable, y se siente como el mejor tipo de derrota. Como si el mundo estuviera girando fuera de control, y no me importara.

Estrello mi boca contra la suya, desesperada y hambrienta, y me clava contra el árbol, sus manos en mi cabello. Se siente tan bien.

—Quieres más —dice, y sus labios nunca dejan los míos.

—Sí —sollozo, sin aliento y salvaje, mi control se ha ido. —Quiero más. No pares.

Se siente bien decir la verdad. Se siente como volar.

Me besa de nuevo, deslizando sus dedos por mis muslos y metiéndolos bajo mi vestido. Me arqueo hacia él, drogada por su toque. Sabe que ya no estoy mintiendo. No tengo fuerzas para mentir.

—Más —suplico, frenética. No me importa si tengo que arrastrarme de rodillas para conseguirlo. Solo lo quiero a él.

Mete sus dedos en mis bragas, y me derrito.

—Estás tan mojada para mí, nena. —Su voz es áspera y sin aliento, como si apenas se estuviera conteniendo.

—Por favor —gimo, y no soy la mujer que pensaba que era. Soy alguien completamente diferente.

Desliza un dedo dentro de mí, y muerdo su hombro para no gritar.

—Eso es, Eleanor —respira. —Se siente tan bien.

Me hago pedazos. No quiero recuperar las piezas.

Mantiene su boca sobre la mía, ahogando mis gritos. Estoy en caída libre, y se siente tan bien. No quiero que termine.

Sus dedos se curvan más profundamente y entran y salen de mí. Cada caricia envía una descarga por mi cuerpo. Su pulgar roza mi clítoris, una caricia áspera y provocadora que casi me hace gritar. No sé cuánto más puedo soportar. Su mano es implacable, arrastrándome al borde. Me estoy deshaciendo a su alrededor, cada vez más rápido. Su beso es brutal y suave. Su toque, rudo y perfecto. Quiero romperme por él. Me romperé por él. Voy a desmoronarme solo con su beso y sus dedos.

Me golpea como una explosión. Este momento ha estado llegando durante días, semanas, meses, toda mi vida. Acercándose, especialmente desde que me castigó por irme a ver a Juliet, llevándome al borde del éxtasis y sin dejarme caer. Y todo vale la pena. Cada momento de frustración sexual explota dentro de mí, liberándose y haciéndome gritar.

Cuando vuelvo en mí, mis piernas son de gelatina y mi corazón late acelerado.

Nos derrumbamos contra el árbol, sin aliento y en carne viva, su pecho subiendo y bajando contra el mío. Su corazón late contra mí, fuerte e indomable. Es como si nos hubiera golpeado una tormenta, y quedáramos enredados en las secuelas, piel contra piel y ardiendo. Mi cabeza está en su hombro, y él me sostiene ahí, dejando que el mundo vuelva a su lugar. Dejándome recuperar el aliento, aunque todavía viene entrecortado y rápido. Huele a sudor y calor, y quiero ahogarme en ello, ahogarme en él. Puedo sentirlo, duro contra mi

estómago, un constante recordatorio de cuánto me desea. Me encanta. Lo anhelo. Quiero arder por él hasta que no quede nada.

El pensamiento me provoca una emoción salvaje, y mi cuerpo grita por más. Me siento codiciosa y perversa, lista para dejar que me devore por completo. Mis dedos comienzan a moverse, casi por sí solos, trazando los tatuajes salvajes grabados en sus brazos. Se retuercen y palpitan sobre cada músculo, como si estuvieran vivos. Como si apenas pudieran contenerse. Quiero sentirlos bajo mis manos, contra mi piel. Sus abdominales son increíblemente duros, y sigo sus líneas, acariciando su estómago, sintiéndolo estremecerse bajo mi tacto. Quiero volverlo loco. Quiero hacerle perder el control como yo lo estoy perdiendo. Quiero que sepa que no he terminado con él, ni siquiera estoy cerca.

Salto a sus brazos, con las piernas alrededor de su cintura, mi falda arremolinada en mis caderas. Me froto contra él una sola vez, lenta y deliberadamente, hasta que gime. Soy descarada, y me encanta.

—¿Aún quieres más? —dice, sonriendo.

Asiento, demasiado sin aliento para hablar.

Baja la cremallera de sus pantalones, sacando su miembro, y gimo.

—Joder —dice, mirándome como si estuviera hambriento. Me empuja contra el árbol, rudo y salvaje, y embiste dentro de mí. Estoy fuera de mí. Me encanta—. Eleanor —gime, mordiendo mi cuello.

Me aferro a él, envolviendo mis piernas alrededor de su cintura. Lo quiero todo de él. Quiero que me arruine.

Estamos frenéticos y fuera de control, desesperados y crudos. Me pierdo en él. Está dentro de mí, grande y exigente, y no me importa nada más.

—Dios —respira, embistiendo contra mí—. Estás jodidamente mojada.

Clavo mis uñas en sus hombros y me muevo al ritmo de sus embestidas, queriendo que me rompa. Queriendo que vea cada

pedazo de mí.

Nunca he deseado nada como esto.

Cada embestida es brutal y salvaje, apoderándose de mi cuerpo. Sus caderas chocan contra mí, su miembro grande e implacable en mi sexo. Grito y me aferro a él como si fuera mi salvavidas, lo único que me mantiene unida. Todo en mí clama por él. Su mano agarra mi trasero, sosteniéndome, soportando mi peso, llevándome más alto. Su otra mano está por todo mi cuerpo, codiciosa y posesiva. Agarra mis pechos, apretando hasta que jadeo, y me empujo más fuerte contra él, queriendo sentir cada centímetro. Es fuerte y peligroso y seguro a la vez.

Estoy fuera de mí, sin querer nada más que a Leonardo Rosetti. Me envuelvo a su alrededor, desesperada y sin vergüenza, moviéndome contra cada embestida como una mujer poseída. Sus dedos se clavan en mi piel, y me encanta lo rudo que es conmigo. Me encanta saber que no puede contenerse. Me necesita.

Me aferro a él, perdiéndome en lo feroz que es, lo sexy que es, lo mucho que no puedo resistirme a él. Está dentro de mí, y se siente demasiado bien. Como si estuviera destinada a estar aquí, exactamente así, envuelta alrededor de él y fuera de control.

Es como volar. Como arder. Me aferro a él con todo lo que tengo. Soy codiciosa como el infierno, descarada como el infierno, deseándolo tanto que duele. Me muevo contra él, tomándolo más profundo. Es todo lo que siento, todo lo que quiero.

Somos calor y sudor y el sabor de la piel. Somos respiraciones entrecortadas y manos frenéticas, y mi mundo gira hasta que no puedo respirar.

Tiemblo alrededor de él, fuera de control y explosiva, y sé que lo siente. Maldice, y estoy llegando al clímax, gritando su nombre y perdiendo la cabeza. Grito, libre y salvaje y viva.

Él embiste dentro de mí, sosteniendo mis caderas tan fuerte que duele. Deja escapar un gemido ronco, mordiendo mi cuello, y se corre dentro de mí.

Estamos crudos y sin aliento y enredados, y es perfecto.

Apoya su frente contra la mía, su cabello húmedo por el sudor. Toco su mejilla, y mis dedos tiemblan.

—Esta vez no estás huyendo —dice, sin aliento y seguro.

—No estoy huyendo —estoy de acuerdo. Mi voz es temblorosa y llena de verdad.

Me besa, y saboreo humo y calor. Exactamente lo que necesito.

18

Leonardo

Parece destrozada. Suave y desparramada sobre la hierba, con la ropa desarreglada. Su piel está sonrojada, las partes que puedo ver están desnudas y me dejan sin aliento. Una hoja cae de un árbol y revolotea sobre su vientre. La observo con algo parecido al hambre, deseándola de nuevo. Está respirando con dificultad.

Estoy agotado, saciado. Pero sé que eso es una puta mentira, que nunca tendré suficiente de esta mujer. Me subo la cremallera de los pantalones y le bajo la falda por los muslos, luego la levanto en mis brazos. Su cabeza se inclina hacia atrás, pero es demasiado impetuosa para estar verdaderamente flácida. Su pecho sube y baja contra el mío mientras la llevo adentro.

Este lugar no le sienta bien. Líneas duras y superficies vacías. A mis hermanos les gusta así, pero Eleanor es demasiado delicada para todos estos bordes afilados. Demasiado cálida y suave. Es como un malvavisco en Marte. Invaluable. Sus ojos están cerrados, los labios entreabiertos, respirando como si estuviera dormida. Pero puedo sentirla ahí, hirviendo bajo su piel, desafiante incluso cuando me deja cargarla. Es ligera como el aire, pero nunca he sido más consciente de alguien en mi puta vida.

Abro la puerta de nuestra habitación, la pongo en la cama y la observo caer contra las sábanas. Su falda se le sube por los muslos.

Está suave y sin fuerzas después de su orgasmo, pero sigue siendo mi chica salvaje. Siento como si hubiera ganado y perdido una batalla al mismo tiempo. Le desabrocho la cintura, le bajo la tela de la falda por las piernas, le quito las bragas también, y la miro tendida en la cama. Mi novia. Mi maldita obsesión. Su piel es dorada, suave. Quiero marcar cada centímetro como mío.

—Ven a la cama —murmura con sueño.

Recuerdo todas las noches que esperé hasta que estuviera dormida antes de deslizarme bajo las mantas a su lado, todas las mañanas que me escabullí antes de que despertara. Todo para negarle el placer de acurrucarse contra mi pecho, rozar mi cuello, sentir mis brazos a su alrededor. Me doy cuenta de lo idiota que he sido, castigándome a mí mismo junto con ella.

Al pensar en su padre vendiéndola para complacer a sus socios comerciales, el fuego envuelve mi corazón. No debería sorprenderme ya que así es exactamente como la conseguí. Pero ahora sé que ella no necesita castigo, necesita ser adorada. Reverenciada como la maldita reina que es.

Se gira de lado, apartándose de mí, mostrándome su precioso trasero redondo.

Esta noche, no esperaré. No más alejarme de mi propia esposa, dejándola sola y abandonada en una cama fría. A partir de ahora, ella obtiene todo lo que pueda soportar de mí. Me tiene por completo.

Me desvisto rápidamente, quitándome los pantalones y los bóxers como si estuvieran en llamas. Es demasiado hermosa para su propio bien.

Me acuesto a su lado y nos cubro a ambos con las mantas. Mi pecho desnudo contra su espalda. Mi polla dura y lista. Debería dejarla descansar, pero es imposible teniéndola tan cerca. Su cuerpo es una droga, y nunca he tenido la fuerza de voluntad para resistirme. Toco su cadera, siento su trasero contra mí, y joder, me estoy deslizando dentro de ella. Gime. Un sonido entrecortado y sin aliento. Está resbaladiza con semen y fluidos. Me presiono contra

ella, queriendo enterrarme tan profundo que nunca pueda sacudirme.

Cada movimiento me acerca más al límite. Estoy tratando de aguantar. Mi mano recorre su piel, desesperada por sentir cada parte de ella. Su coño aprieta mi polla, estrecho y perfecto. Se siente mejor de lo que cualquier mujer tiene derecho. Estoy perdiendo el control, volviéndome loco. Presiono mi boca contra su cuello, mordiendo y chupando. Su cuerpo lo es todo. Ella se mece contra mí, gimiendo con cada embestida. Me siento salvaje y codicioso. Encaja conmigo como si estuviera hecha para esto, tomándome por completo con cada empuje.

Los sonidos que hace vienen directamente del infierno, y me está arrastrando con ella. Me dejo llevar por completo. Soy un animal, embistiéndola, respirándola. Ella se mueve más rápido, arqueando la espalda. Agarro su pecho, un salvavidas, mi pulgar en su pezón. Duro y perfecto. Grita y puedo sentirla destrozándose contra mí, húmeda y salvaje, empapándome. Me derramo dentro de ella, temblando, maldiciendo, dándole todo de mí. Ella me ordeña, mi semen derramándose en su interior.

Me desplomo contra su espalda. Mi respiración es agitada. Pero quiero quedarme justo así. Dentro de ella, mi cuerpo presionado contra el suyo, mi polla aún palpitando. Tal vez nunca debería dejarla fuera de mi vista. Tal vez debería mantenerla en la cama conmigo para siempre. Ella es mi chica. Mi maldito mundo. No sé cómo darle algo menos. Me quedo dormido dentro de ella, semi erecto y aún deseando más.

19

Eleanor

Leonardo yace enredado entre las sábanas, su pecho subiendo y bajando con respiraciones soñolientas. Sigue aquí, real y sólido en la luz gris de la mañana. Normalmente, me quedo con una cama vacía, preguntándome si se arrepiente de los lazos que nos unen. Pero hoy, está aquí. Absorbo el momento y el calor de su pecho bajo mi brazo extendido.

—No te veas tan feliz, nena —murmura, con la voz espesa por el sueño.

Me alejo rodando, luchando contra el calor que sube a mis mejillas.

—¿Quién dice que estoy feliz? Ocupas mucho espacio en esta cama, amigo.

Su sonrisa somnolienta dice que no se lo cree. Extiende la mano y me agarra antes de que pueda levantarme.

—Te gustan los mimos. No seas demasiado orgullosa para admitirlo.

—Ya quisieras —digo—. La única razón por la que me alegro de que sigas en la cama es porque significa que me ducho primero.

Me envuelvo en una sábana, quitándosela a él, y me deslizo fuera de la cama. Mis pasos son ligeros, cuidadosos. Mis dedos tropiezan con la puerta del baño. Miro hacia atrás, un vistazo rápido que no

puedo evitar, y encuentro sus ojos sobre mí, entrecerrados y conocedores. Mi pulso se acelera ante el silencioso desafío que hay allí, ante el recuerdo de su cuerpo.

—Es un poco tarde para hacerse la pudorosa ahora —su sonrisa es enorme—. Después de que me lo mostraste todo anoche.

Mis mejillas se calientan, y me doy la vuelta y escapo al baño.

Las baldosas están frías bajo mis pies, y tiemblo. Dejo que el agua se caliente y entro en la ducha, cerrando los ojos contra el vapor. Leonardo se escabullirá mientras estoy aquí, como siempre hace. Me alegraré cuando se haya ido. De verdad.

Pero entonces me sigue dentro, y su piel está caliente contra mi espalda.

—¿Vas a dejar algo de agua para mí? —dice, presionando sus labios contra mi hombro. Me giro para mirarlo, y me mira como lo hizo anoche, como si quisiera más de lo que puedo dar jamás. Tal vez por eso se quedó, para cobrar la deuda.

Trago saliva con dificultad, y su mirada se desliza sobre mí, siguiendo el agua mientras corre por mi cuerpo.

—¿Ves algo que te guste? —intento sonar audaz, pero resulta demasiado sin aliento, demasiado crudo.

—Estoy viendo todo lo que me gusta —dice, y mi corazón tropieza consigo mismo. Sus manos se mueven por mis brazos, mi cintura, como si me estuviera cartografiando, reclamándome. Contengo la respiración y la mantengo firme, porque cualquier sonido que haga me delatará. Inclino la cabeza hacia arriba, encontrando sus ojos y su desafío.

El jabón se me escapa entre los dedos, pero Leonardo lo atrapa.

—Aquí —dice, trazando espuma sobre mi piel—. Déjame a mí.

Su toque comienza lento, deslizándose por mi cuello, mis hombros. Luego más abajo, deliberado, avivando el calor con cada caricia. Me apoyo contra la pared de la ducha, temblando bajo sus manos. Sabe exactamente lo que está haciendo. La presión de sus dedos se desliza por mis caderas, mis muslos. Se arrodilla ante mí, lavándome centímetro a centímetro. Cuando sus manos se mueven

entre mis piernas, el contacto me sacude, y me pierdo en una oleada de placer.

Mi pulso está acelerado, mi respiración entrecortada. Es demasiado, demasiado pronto después de anoche. Quiero alejarme, esconder cuánto lo deseo, cuán profundo he caído ya. Pero él me está observando, su agarre firme mientras me deshago.

—Joder —dice, con una sonrisa en la voz—. Eres increíble.

Casi le creo.

Leonardo se levanta, atrayéndome hacia él. La ducha está hirviendo, pero su piel está más caliente. Me sostiene cerca, su corazón latiendo contra el mío, y quiero decir algo, cualquier cosa, para romper el hechizo. Pero las palabras se enredan en mi lengua. Me besa, y finalmente recuerdo cómo respirar.

Su toque permanece en mi cintura mientras se extiende para enjuagar la espuma de su cabello. Piensa que ha terminado, que he tenido suficiente, pero se equivoca.

Lo presiono contra la pared, invirtiendo nuestras posiciones, queriendo hacerle sentir lo que no puedo decir. Me mira con un destello de sorpresa y calor. Su miembro está duro contra mi vientre, y me bajo a mis rodillas, tomándolo en mis manos. Su respiración se entrecorta, y lo deslizo en mi boca.

Su respuesta es eléctrica, una exhalación aguda que alimenta mi deseo. Me muevo con propósito, sintiendo cada pulso de él, el peso caliente de él en mi lengua. Se apoya en la pared, tratando de mantener el control, pero no se lo permito. Hoy no. Su cuerpo se tensa, y gime, bajo y desesperado, mientras se corre con fuerza, su liberación derramándose dentro de mí. Lo tomo todo, ansiosa y temeraria.

Cuando miro hacia arriba, sus ojos están oscuros, su sonrisa aún más oscura.

—Me toca a mí ducharme primero la próxima vez —dice, levantándome.

La promesa de una próxima vez flota entre nosotros, pesada y brillante. No sé qué hacer con ello, ni con la forma en que mi

corazón salta ante la idea. Me atrae para otro beso, y es demasiado. La cercanía. El calor. No puedo dejar que sepa cuánto necesito esto. Cuánto lo necesito a él.

Así que en lugar de inclinarme hacia el beso, me aparto. Presiono mis manos contra su pecho y, con la más leve presión, lo empujo. Él me deja hacerlo. Lo dejo en la ducha, me envuelvo en una toalla tan rápido como puedo y luego camino de puntillas hacia el dormitorio para secarme. Sola.



El restaurante está repleto de cuerpos elegantes. Entro, con la amenaza del desastre pisándome los talones. Mi mente está llena de preguntas, pero las ahogo con la búsqueda de mi hermana. Quería que Leonardo me llevara, pero no pude encontrarlo, y fue Emilio quien finalmente cedió, inexpresivo en el asiento del conductor. Ahora estoy sola, escudriñando rostros. La encuentro junto a la ventana, con los ojos abiertos y temerosos, y toda la preocupación que he mantenido a raya se desborda en mí.

Mis zapatos resuenan demasiado fuerte en el suelo, atrayendo una atención que no deseo. Me escabullo entre los grupos de personas, con el corazón acelerado mientras acorto la distancia entre nosotras. Ella se pone de pie cuando me acerco, tucándose mechones de su suave cabello rubio dorado detrás de la oreja. Un vestido azul pálido cuelga suelto sobre su pequeña figura. Se ve frágil, más joven que nunca, y mi pulso se acelera con culpa. Su abrazo es fuerte pero tembloroso.

—Juliet —digo, abrazándola demasiado tiempo—, te he echado de menos. —Suena débil, una frágil cobertura para todo lo demás que necesito decir.

—Pensé que estarías con él —responde, su voz casi perdida bajo el bullicio—. ¿Cómo lograste escapar?

—Emilio me trajo.

—¿El gemelo callado?

—Ese mismo. Leonardo estaba... —Busco la palabra adecuada. ¿Ocupado? ¿Evitándome?— Ocupado.

Juliet frunce el ceño, con líneas de preocupación arrugando su frente. Mira a su alrededor como si esperara que él se materializara de las sombras. Me sorprende lo diferente que está, más nerviosa e insegura, una sombra de su habitual yo soñador.

Nos sentamos, y un camarero aparece antes de que esté lista, con los menús en la mano. Lo despido con un gesto, incapaz de pensar en comida. Mi mente está demasiado llena, zumbando como un cable eléctrico caído.

Juliet parece destrozada. —¿Qué pasa? —pregunto, manteniendo mi voz firme—. Dímelo.

Sus ojos color avellana brillan. Toma aire, pero es más como un estremecimiento. —Es terrible, Eleanor. Él... está peor que nunca. Ahora que te has ido, vigila todo lo que hago.

—¿Qué pasó?

Juliet baja la mirada a sus manos, retorciendo la servilleta.

—Encontró el dinero que estaba ahorrando para la universidad —dice, con la voz quebrándose—. Se lo llevó. Canceló todas mis solicitudes de verano. Creo que llamó a todas las escuelas para bloquear mi ingreso. Nunca me dejará ir. No me dejará hacer nada.

Cada palabra se hunde en mí como una piedra. Veo a padre, su fría sonrisa mientras me dice que me voy para ser una novia, un peón en su juego. No le importó entonces, y no le importa ahora. Enjaulará a Juliet mientras le convenga.

—No puede hacer esto —digo, pero mi convicción es débil—. No lo permitiré. Voy a encontrar una manera de sacarte.

Sus ojos buscan los míos, desesperados e incrédulos. —¿Cómo?

Agarro sus manos, detengo el retorcimiento, las sostengo firmes. —Los Rosettis tienen conexiones. Más que conexiones. Poder. Si puedo convencerlos de que ayuden...

Mis palabras se desvanecen, pero el pensamiento permanece. Lo último que quería para mi vida era una familia mafiosa, llena de violencia y crimen. Incluso cuando me casé, no quería formar parte de ello. Juré que nunca pediría nada, nunca les debería nada. Desde entonces, he formado lentamente amistades con Carmela, Matteo, incluso con el callado Emilio y el temible Dom. Aún no he descifrado a Rafe, pero tenemos un respeto mutuo silencioso.

Luego está Leonardo. El recuerdo de anoche quema mi vacilación. ¿A quién engaño? Ya estoy metida hasta el cuello en esta familia.

Aprieto la mandíbula. —Ya se me ocurrirá algo. Te lo prometo.

Juliet parpadea, una sola lágrima se escapa. —¿Y si no puedes? ¿Y si estás atrapada allí, y yo estoy atrapada aquí, y nunca...?

—No —la interrumpo—. Ni siquiera lo pienses. Te sacaré. Cueste lo que cueste.

Ella asiente, un movimiento pequeño y poco convincente. Su fe en mí siempre ha sido ciega, pero nunca ha sido tan frágil. Nos sentamos en el bistró abarrotado, rodeadas de risas y extraños ajenos. El resto del mundo sigue adelante mientras el nuestro se desmorona.

—Eres tan valiente, Eleanor —dice, y suena como una acusación. Soy yo quien la dejó atrás.

—Tú eres la valiente. Resistiendo contra él todo este tiempo.

—No puedo resistir mucho más.

Su admisión me atraviesa, feroz e implacable. Aprieto mi agarre en sus manos y su esperanza. —Solo un poco más —digo—, y volveré. Lo juro.

Ella fuerza un asentimiento, pero se desmorona en un sollozo.

—Juliet —murmuro, apretando sus manos, tratando de anclarla a la promesa que apenas puedo mantener—. Sabes que no me habría ido si no pensara que te estaba protegiendo.

—Lo sé —susurra ella.

Sus palabras quedan suspendidas pesadamente entre nosotras. La miro y veo todo lo que dejé para proteger. Sus pequeñas manos

en las mías. Su resolución llorosa. Veo todas las formas en que le he fallado y todas las formas en que aún podría hacerlo. Es un nuevo tipo de desesperación, uno que hace que mi imprudente promesa arda con más fuerza.

—No puedes decirle a padre que nos encontramos —le digo—. Ni que hablaste conmigo.

Ella vacila, y veo el miedo en sus ojos. No solo teme a nuestro padre. Teme que no vuelva. Su asentimiento es más bien una pregunta. Duele verla tan insegura. Duele más saber que yo puse esa incertidumbre ahí.

—Te echo de menos —dice, y las palabras rompen algo dentro de mí.

Cierro los ojos con fuerza, tratando de mantener la compostura. —Yo también te echo de menos. Pero pronto estarás conmigo.

La confianza que fuerzo en mis palabras es más de la que siento. La he dejado indefensa ante los caprichos de padre, de la misma manera que él me dejó indefensa ante Leonardo. Es una crueldad de la que nunca me creí capaz, pero aquí estamos.

Ella se muerde el labio, luchando contra las lágrimas. Es la misma lucha que yo estoy librando. Nos quedamos ahí sentadas, con las manos entrelazadas, nuestros planes derrumbándose a nuestro alrededor mientras el ruido del restaurante nos presiona.

—¿Cómo es? —pregunta, cambiando de tema—. Estar con los Rosetti. Estar con Leonardo. —La miro, sorprendida por la pregunta. Pienso en Leonardo, su tacto, su sonrisa salvaje. Mi corazón da un vuelco, y Juliet percibe el tropiezo—. Te gusta —dice. No es una acusación. No es una pregunta. Pero sí una sorpresa.

—Es complicado. —El eufemismo del siglo.

—¿Él lo sabe?

Niego con la cabeza. —No me gusta, ¿de acuerdo? Simplemente no lo detesto tanto como esperaba.

Su rostro se ilumina. —Bueno, eso ya es algo.

Sí, ciertamente es algo.

20

Leonardo

La llamada se conecta y escucho el caos silencioso de la ciudad a través de la línea. Bocinas. Pasos. Voces. —¿Dónde está ella? —No me molesto con cortesías—. Sé que te la llevaste.

Emilio suena como siempre, mortalmente tranquilo, y eso me enfurece aún más. —Relájate —dice, y casi puedo verlo poniendo los ojos en blanco. Me da una ubicación y ni siquiera espero a que termine antes de dirigirme allí. Eleanor. Al aire libre. Como si no fuera el premio más tentador en la ciudad de Nueva York. Como si los albaneses no estuvieran esperando para atraparla.

No puedo creer que Emilio sea tan imprudente. Conoce las reglas. Mantener un perfil bajo. Sin sorpresas. Se supone que ella debe estar en la mansión, aburrida hasta la muerte pero segura. No puedo protegerla si no sé dónde está. Mis nudillos se ponen blancos sobre el volante. Cuando llego a la calle 80, ya estoy pasando semáforos en rojo.

El coche apenas se detiene antes de que yo salga por la puerta. Ahí está. Emilio. Está de pie con la capucha baja, los hombros relajados y despreocupados como si tuviera todo el tiempo del mundo. Parece casual y despreocupado en la acera. Esperando un autobús. Como si fuera solo otro transeúnte y no la razón por la que mi sangre está hirviendo, mis puños apretándose. Soy una tormenta

furiosa comparado con su estúpida calma. Apenas me dedica una mirada, y mi ira se desborda.

Doy cuatro zancadas largas y duras, y estoy sobre él, dejando que mi puño hable. Conecta con su cara, y siento la satisfacción del impacto mientras todo lo que he reprimido se desata.

Cae al pavimento, con fuerza. La sangre gotea de su nariz, un lento hilo rojo, pero ni siquiera parpadea. Solo yace allí en el concreto. Me cierro sobre él, con el pecho agitado, tratando de contenerme, pero todo lo que veo es Eleanor. Todo lo que veo es lo jodidamente imprudente que es esto. No puedo mantenerla a salvo si no sé dónde está. La veo arrebatada de mí de una docena de maneras violentas, y no puedo permitir que suceda.

—Eso es por poner en riesgo la seguridad de mi esposa —digo. Me mira, y espero su inevitable comentario sarcástico.

Emilio se limpia la nariz con la manga y se encoge de hombros, como si recibir un golpe fuera parte de su plan desde el principio. —Vaya, creo que rasgaste mi buena sudadera —dice, empujándose sobre un codo.

Meto la mano en mi bolsillo y le lanzo un rollo de gasa y una botella de antiséptico. —Eso es porque eres familia.

Me doy la vuelta antes de que pueda decir otra palabra, antes de que la ira me aplaste.

A través de la ventana del bistró, la veo. Eleanor. Se ve... feliz. Como si estuviera teniendo un día normal, un almuerzo normal, con su hermana. Incluso detrás del cristal, incluso con las manos extendidas sobre la mesa y la sonrisa, lo veo. Pero no está donde pertenece. No donde puedo protegerla.

Me quedo mirando, y es todo lo que me mantiene entero. Observándola. Viendo cómo la luz golpea su cabello y la forma en que sus dedos giran ese anillo que siempre lleva. Cada segundo se siente como una eternidad, hasta que finalmente, se pone de pie.

Sé el momento en que me ve. La sorpresa. El repentino cambio en su rostro. Pasa de suave a duro en un instante. Como hielo

formándose. Mantengo la mirada. No parpadeo. Le dice algo a su hermana y se mueve hacia la puerta. No aparto los ojos de ella.

Luego está en la acera, y la distancia se cierra. Eleanor se detiene, inclina la cabeza como si no pudiera creer que realmente estoy allí. Sus brazos se cruzan, aferrando un suéter blanco contra su pecho. La postura es todo desafío, pero sus ojos traicionan el resto. Se encuentran con los míos, azul hielo y ardientes, y estoy lo suficientemente cerca para ver el desafío en ellos. No está huyendo. Pero tampoco está exactamente corriendo hacia mí.

Asiento hacia el coche, la invitación y la orden en el mismo movimiento de mi barbilla. El Cadillac está estacionado justo enfrente, las luces de emergencia parpadeando. Ella levanta las cejas ante él, ante mí, ante la ilegalidad de todo, luego cruza los brazos con más fuerza.

—¿Dónde está Emilio? —Su voz es lo más afilado en esta calle. Precisa. Sin palabras desperdiciadas.

—Arreglándose la nariz —digo. Ni siquiera se inmuta.

Abro de un tirón la puerta del pasajero. —Entra —le digo.

Pero Eleanor es Eleanor, y por supuesto que no lo hace. Da un solo paso deliberado hacia adelante, se detiene antes del coche y deja que la pausa se prolongue. Su aliento nubla el aire, solo por un segundo. Lo veo desaparecer antes de que finalmente entre. El golpe de la puerta resuena a través de mí.

Me deslizo en el asiento del conductor. El aire está cargado, electrizado por el silencio. Me incorporo al tráfico, y es Eleanor quien habla primero.

—¿Qué fue eso, exactamente? —pregunta. Su tono es más hielo que fuego—. ¿Otra demostración de la falta de autocontrol de mi marido?

Agarro el volante como si fuera lo único que me impide explotar. —No deberías haber estado allí.

—¿Tomando café? Qué horror. —Sacude la cabeza. Su cabello cae suelto, y por un segundo, pierdo el enfoque.

—Sabes a lo que me refiero —digo—. No es seguro. No con los albaneses husmeando por ahí.

La risa de Eleanor es seca. —Debes estar tan aliviado de que no esté huyendo. —Gira la muñeca, y veo el anillo de nuevo, girando, girando—. No rompí ninguna de tus preciosas reglas, Leonardo. Salí por una hora. Con mi hermana.

Es mi turno de reír, aunque suena áspero, amargo. —Mentir por omisión sigue siendo mentir. Correr hacia tu hermana sigue siendo correr.

Su boca se tensa en una línea, y casi me arrepiento de las palabras. Casi. Pero no lo suficiente como para retirarlas.

—Deja de tratarme como una idiota —dice, y puedo escuchar la ira rompiendo el hielo en su voz—. Deja de actuar como si fuera de tu propiedad.

Tomo un respiro, lo siento arder en mi pecho. —Te estoy manteniendo con vida, Eleanor.

—Todavía estoy respirando, la última vez que revisé.

—Eso puede cambiar —digo—, en un segundo. Si no tienes cuidado.

Sus ojos se entrecierran, y siento que me lee como a uno de sus diamantes. Cada defecto, cada debilidad, a la vista. —Puede cambiar aunque tú no lo hagas —dice, suave pero segura.

—¿Crees que esto es una broma? —pregunto finalmente—. No son aficionados, Eleanor. ¿Crees que no vendrán a por ti?

Puedo oír su respiración, tranquila y constante. —Entonces supongo que deberías haberme puesto un dispositivo de rastreo.

—No me des ideas.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, y es Eleanor quien rompe el silencio esta vez. —Tal vez quería que vinieras a buscarme. —Miro fijamente la carretera, sin confiar en mí mismo para hablar—. O quizás —dice, retorciendo el cuchillo un poco más profundo—, quería ver si lo harías.

El Cadillac se detiene suavemente en el semáforo. Me vuelvo hacia ella, obligándola a mirarme a los ojos. —Te equivocas, ¿sabes?

Has roto la regla más importante de todas. —Ella no responde, pero lo veo en sus ojos. El desafío da paso a la confusión, luego a la curiosidad—. No tienes ni idea de cuál es, ¿verdad? Es esta: No seas imprudente con tu puta vida, Eleanor.

Sus labios se aprietan en una fina línea. Mira por la ventana, y yo espero. Espero a que se canse del juego, de fingir que no sabe exactamente lo que significa para mí.

El semáforo cambia, y el coche acelera. La ciudad se difumina a nuestro alrededor. —Te encanta lo imprudente —dice finalmente—. Eso te define perfectamente. Leonardo Rosetti, el joven impetuoso. Imprudente es tu segundo nombre. —Está jugando con el anillo de nuevo, sus dedos moviéndose rápidamente.

Agarro el volante con tanta fuerza que es un milagro que no se rompa. Las palabras salen más ásperas de lo que pretendo, porque no puedo evitarlo, porque estoy perdiendo la cabeza. —No cuando se trata de ti.

Da en el blanco. Puedo notarlo por la forma en que sus dedos se congelan, a medio giro, y luego empiezan de nuevo, más lentamente esta vez. El coche está en silencio, la pelea se desvanece en algo más suave. Ella no dice nada, pero no es necesario. Lo veo en sus ojos, en la manera en que se vuelve para mirarme, la ira desvaneciéndose.

No hablamos el resto del camino. Pero por primera vez, no se siente como una guerra.

21

Eleanor

Il Lusso se alza ante mí, todo elegante y exclusivo. Entro sola, si no cuentas la media docena de sus hombres que me flanquean mientras cruzo las puertas.

Dentro, el club huele a licor caro. A esta hora tardía, está ruidoso, la música retumba como un pulso colectivo. Las miradas se vuelven hacia mí. Una mujer pasa, su vestido tan ajustado que me pregunto si puede respirar. Llevo mi blusa de seda negra y pantalones de estampado de leopardo, mi armadura, el lápiz labial rojo oscuro mi única concesión a las exigencias de Leonardo de que me arregle. Lo escucho en mi cabeza: *Ven a Il Lusso. No me hagas pedírtelo dos veces.*

Esta es mi primera vez aquí, y debo admitir que siento curiosidad. Suelos de mármol y luces tenues, todo dorado y opulento. Paso por el bar, hombres en traje riendo, mujeres colgadas de ellos. Un guardia se pega a mi lado como pegamento, los otros se quedan unos pasos atrás.

Al otro lado de la sala, veo a Leonardo sentado con un grupo de hombres que no reconozco. Me dirijo hacia ellos, sin invitación. Imparable.

Hay un momento de silencio cuando me acerco. Algunos de los hombres no saben qué pensar de mí. ¿Está aquí para observar?

¿Para ayudar? ¿Para asegurarse de que el trato de su padre se mantenga? Ignoro sus miradas, y luego estoy de pie junto a la mesa, al lado de Leonardo, mirándolo directamente a los ojos.

Soy la primera en hablar. —¿Hay espacio para una más? —Tomo la silla antes de que tengan tiempo de responder, un movimiento audaz que los desconcierta, dejando claro que no tengo miedo. Si Leonardo me espera aquí, espero ser escuchada. Soy más que solo mi lápiz labial.

La conversación se reanuda. Drogas. Pagos. Nadie se contiene por mi presencia. Un hombre se recuesta, su voz baja, deliberada. —Con el comisario de policía fuera del juego, la próxima entrega debería ser suave.

Leonardo los observa, me observa, sus ojos vivos y chispeantes. Levanta su bebida y habla por encima del ruido. —Los irlandeses se echaron atrás. Los rusos también. Nadie quiere ponernos a prueba ahora, no con los albaneses husmeando alrededor.

—¿Y qué hay de Price? —pregunta uno de los hombres—. ¿Sigue en juego?

La mirada de Leonardo se clava en la mía. —El padre de Eleanor no es un problema —dice, demasiado calmado—. Nuestro acuerdo sigue en pie.

No lo dice en voz alta, pero lo escucho de todos modos: Tú eres la garantía.

Todos me miran ahora, estudiando, preguntándose. Sostengo cada mirada hasta que la apartan. Leonardo observa esto, me observa reclamar un espacio que creen que no merezco. Probablemente piensan que soy demasiado blanda, pero lo que no ven es la sangre bajo mis uñas. La de mi padre, la mía. Nunca quise nada de esto, pero sobreviviré. Tengo que hacerlo, si quiero la ayuda de los Rosetti para rescatar a Juliet.

Pasa una hora, tal vez más. La tensión disminuye pero nunca desaparece. Raffaele aparece, tarde, sus guantes negros brillando mientras le da una palmada en la espalda a Leonardo. Rafe es el hermano que menos conozco, pero aun así es agradable tener otra

cara familiar alrededor de la mesa. Leonardo le lanza una mirada dura a su hermano. Ya he aprendido este lenguaje. Está descontento. —¿Cómo estuvo Jersey?

Raffaele se encoge de hombros. —Ahora saben quién controla los puertos.

Leonardo cierra la reunión, sin más preguntas, sin lugar a dudas. Sus hombres se dispersan, Raffaele se dirige al bar, y ahora somos solo nosotros dos.

Se pone de pie, asiente hacia la parte trasera del club, un lugar al que aún no he ido. —Vamos.

Lo sigo más allá de la pista de baile, a través de la multitud. La gente se aparta de su camino. El bajo vibra a través de las suelas de mis botas, hasta mis huesos, sacudiendo algo suelto. Me siento como un fantasma, desconectada de mi cuerpo, flotando detrás de él mientras las luces parpadean y la música retumba. Su mano está en mi muñeca, guiándome, pero el agarre es suave, casi como si le importara.

Llegamos a una habitación de paredes de cristal, un capullo austero e insonorizado. El resto del club gira a nuestro alrededor, pero estamos separados, dentro de nuestro propio mundo. Cierra la puerta detrás de mí, y siento el silencio como un puñetazo en el pecho. Hay un sofá largo y una mesa baja. Una sola silla, de espaldas al cristal. Me hace un gesto para que me siente, pero no lo hago. No estoy aquí para obedecer.

—Pensé que armarías más escándalo —dice, observándome mientras sirve dos tragos. Whisky, del bueno. Huele como el estudio de mi padre.

—Hice mi mejor esfuerzo —bromeo—. La próxima vez haré una sugerencia sobre a quién venderle armas. Conozco a algunas personas con grandes fortunas.

Se sienta en la silla y cruza una pierna sobre la otra. Por ahora, él tiene el control, pero hay una tensión en su postura, una cautela en la forma de su mandíbula.

—No perteneces al mundo del crimen, Eleanor.

Camino hacia el pequeño bar, me sirvo un trago y me apoyo contra la pared de cristal, observando cómo el club gira y se agita debajo de nosotros. La música está distante, como bajo el agua. Leonardo da un largo trago a su vaso, sus ojos nunca dejando los míos.

Las palabras duelen. Me recuerdan quién se suponía que debía ser. Una buena chica con una buena educación que hacía cosas buenas. No una criminal. —Tú tampoco, una vez.

La bebida se detiene a mitad de camino hacia sus labios. He tocado una fibra sensible. Bien. Su voz es áspera.

—¿Crees que me conoces?

—Sé que estás bebiendo más de lo habitual.

Hace girar el líquido ámbar, observándolo subir y bajar.

—No sabía que te importara.

—No me importa —digo, pero él ve a través de mi mentira. Lo noto en la forma en que su mirada se detiene en mí, escudriñando, desafiando.

Se levanta, se acerca, más de lo que esperaba. Puedo ver el pulso en su garganta, el calor en sus ojos. Mi propio pulso se acelera, me traiciona, pero mantengo mi voz firme.

—Me miras como si fuera frágil —digo—. Estás equivocado.

—Demuéstralo.

Me aparto de la pared, dejo la bebida sobre la mesa. No le tengo miedo, pero hay una ferocidad en él ahora, un hambre, que me hace dudar. Busco una distracción y la encuentro. Una cicatriz blanca cruza el dorso de su mano, y la toco, deslizo mis dedos a lo largo de ella.

—¿Esto —pregunto—, por ser descuidado?

Guarda silencio. Luego:

—Algo así.

Es la primera cosa que no me ha contado, la primera barrera. No puedo dejar que se mantenga.

—¿Y?

Toma una respiración profunda, y cuando la suelta, la historia viene con ella.

—Me la hice en la escuela —dice, como si no fuera nada—. Solía ser débil.

No le creo. No puedo. Me lo imagino de niño, pequeño, vulnerable. No encaja. Intento unir las piezas.

—¿Te acosaban?

Se encoge de hombros, y eso dice más que las palabras. No lo admitirá, pero tampoco lo niega.

—El más pequeño de la familia. Eso más el apellido familiar, me convertían en un blanco fácil.

—El gran Leonardo Rosetti —digo, medio en broma, medio en serio—. Quién lo hubiera imaginado.

—No era tan grande en ese entonces. —Su mandíbula se tensa, y hay ira ahí, vieja y quebradiza, como un hueso que nunca sanó—. Esto me lo gané —dice, señalando la cicatriz—, y cosas peores. Un día, un grupo de chicos me atacó en el vestuario. Me golpearon tan fuerte que pensé que moriría.

Hago una pausa, paralizada ante la horrible imagen.

—¿Qué hizo tu padre?

Su risa es seca, sin humor.

—Me dijo que si era débil, no merecía el apellido Rosetti.

Me lo imagino. Una versión más pequeña y joven de Leonardo, golpeado y magullado, tirado en el suelo del vestuario. El viejo Sal sin hacer nada para ayudarlo. Mi sorpresa se vuelve amarga. No es lástima, no exactamente.

—Pero te hiciste fuerte.

—Me hice intocable —corrige, su voz afilada, haciendo eco en el cristal—. Entrené como un maldito boxeador. Para que nadie pudiera intentarlo de nuevo.

Lo miro, realmente lo miro, y no veo a un hombre hecho de hierro y rabia. Veo al chico que pensó que moriría en ese vestuario. Lo veo estremecerse, una vez, y luego endurecerse, esperando que yo diga algo cruel. Esperando que me aleje. Pero sigo aquí.

—Incluso ahora —digo, suave pero segura—, sigues luchando.

Algo en él se quiebra. Cierra la distancia entre nosotros y agarra mis hombros, me atrae hacia él. Hay una urgencia en ello, una necesidad que no había visto antes.

—No intentes arreglarme, Eleanor.

Sostengo su mirada, igualo su intensidad.

—Tal vez no estés roto.

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, sólidas como piedra. Toma mi mandíbula, su pulgar acaricia mi mejilla, y el toque es posesivo, reconfortante, más real que cualquier cosa. Cuando me besa, no es suave. Es contundente, hambriento, como si estuviera tratando de recuperar el control. Como si estuviera tratando de probarse algo a sí mismo.

No puedo evitarlo. Devoro su beso y su dolor y celos, y solo aviva el fuego dentro de mí.

22

Leonardo

Eleanor está de pie frente al campo de tiro. Aquí es diferente: aguda, concentrada y casi libre. Me desconcierta. Sin nervios, sin titubeos. Me apoyo contra la vitrina de armas, con los brazos cruzados, dueño del lugar pero no de ella. Veo cómo su boca se tuerce en una pequeña sonrisa, lo suficiente para mostrar que sabe lo que está haciendo.

La traje aquí para enseñarle a usar un arma y ver si puede sostener una y hacerlo en serio. Adelanto: puede.

Los últimos días han estado llenos de sábanas enredadas, noches calurosas y el coño empapado de mi esposa. Casi puedo olvidar que existe el resto del mundo cuando estamos juntos. Pero entonces recuerdo a los albaneses, cómo han notado mi debilidad, y que ella lo es. Necesita aprender a protegerse.

El aire está cargado de pólvora, cuero y sudor. La mayoría de los campos de tiro están iluminados como centros comerciales, con luz fluorescente rebotando en cada superficie, pero nosotros lo mantenemos tenue. La mayoría de los tiroteos no ocurren en condiciones perfectas, y conviene estar preparado.

Generalmente está vacío a esta hora del día, por eso lo elegí. Aquí es donde vengo a entrenar y despejar mi mente.

Ahora, sin embargo, es el escenario de Eleanor. El espacio no se parece en nada a los lugares elegantes a los que se supone que pertenece, pero lo domina como si hubiera nacido aquí.

Eleanor examina la línea de armas, sus dedos rozándolas con confianza. Es un lado de ella que la mayoría de la gente nunca ve, y no puedo apartar la mirada. Inspecciona una pistola, levantándola con cuidado deliberado.

—¿Crees que no puedo hacer esto, verdad? —desafía, su voz tan firme como sus manos. Me sorprende, más de lo que me gustaría admitir. Observo cómo introduce el cargador en su lugar, el movimiento suave y practicado, sus ojos fijos en la tarea—. Obsérvame —añade, encontrando mi mirada con un desafiante alzamiento de barbilla.

Se para en la línea, como si fuera dueña del mundo entero y yo solo un intruso. Sus movimientos son rápidos y ágiles, su concentración inquebrantable. Amartilla el arma con facilidad antes de girarse y levantar la pistola para apuntar. Maneja el arma como si lo hubiera hecho mil veces, lo cual me desconcierta tanto como me impresiona. Su precisión es inquietante e impresionante, un recordatorio de que la he subestimado.

La postura de sus hombros es elegante, desafiante. Recuerdo haber pensado que era una princesa de cristal, frágil y quebradiza. Vaya, qué equivocado estaba.

Esperaba dudas. Miedo. Pensé que se estremecería con el ruido, que parpadearía para alejar el humo. Pero cada apretón del gatillo es más preciso que el anterior. Más determinado. Eleanor no vacila; crea su propio espacio y lo llena. No debería molestarme, pero lo hace. No la habilidad, sino la sorpresa. No me gusta no saber qué esperar. La hija de un comerciante de gemas, envuelta en diamantes, el precio por su preciosa Juliet. No se suponía que fuera una luchadora.

Pero el fuego en sus ojos dice lo contrario.

Sus disparos son limpios, precisos. Recarga como si lo hubiera estado haciendo toda su vida. Como si no solo hubiera aprendido,

sino dominado. Sacudo la cabeza con admiración.

Mi voz corta la siguiente ronda.

—No te tomaba por una chica de armas, esposa.

Apenas me mira. Sus dedos trabajan la munición con una precisión silenciosa y feroz.

—No te tomaba por un hombre que subestima a la gente —su tono es suave, con un toque de burla.

Es un desafío. Un juego.

Estoy a su lado antes de que dispare de nuevo, observando la seguridad con la que apunta. Esperaba a alguien que necesitara enseñanza. Corrección. No esto. No alguien que no espera mi aprobación, que ya sabe lo que está haciendo.

Eleanor sigue disparando, pero veo la tensión en su cuello. Es consciente de mí. Más de lo que deja ver.

—¿Quieres ayuda con eso? —pregunto, mi voz casual, sabiendo que la irritará.

—Puedo manejarlo —ni siquiera hace una pausa.

Dejo que el aire se asiente a nuestro alrededor, que el calor entre nosotros aumente. Luego estoy detrás de ella, cerrando el espacio. La manera en que su espalda se tensa me dice que está lista para la pelea pero no para el calor de mi cuerpo contra el suyo. Mi mano se cierra sobre la suya, ajustando su agarre. Escucho la rapidez de su respiración. La siento.

—Estás tensa —digo, cerca de su oído.

Inhala bruscamente, pero sus manos permanecen firmes bajo las mías.

—Estoy bien.

No me muevo. Mi voz se vuelve más baja, casi un susurro.

—Estar bien no te mantiene con vida.

Se estremece, y sé que no es miedo. Retuerce algo dentro de mí, la forma en que su cuerpo reacciona incluso cuando su mente se resiste. El arma se dispara de nuevo, un tiro perfecto.

Me echo hacia atrás ligeramente, lo suficiente para observarla. La opresión en mi pecho es nueva, desconocida.

—¿Quién te enseñó a disparar?

Una pausa. Se extiende entre nosotros como un desafío.

—Nadie —dice finalmente—. Me enseño las cosas yo misma.

Aprieto la mandíbula. Es desafiante, inflexible. No debería gustarme, pero me gusta.

—No deberías haber tenido que hacerlo —mi voz es plana, pero el aire entre nosotros cambia.

Dispara otro tiro, su cuerpo absorbiendo el retroceso.

—Si mi padre se entera de que disfruto algo, puede usarlo como herramienta de manipulación —Eleanor baja el arma. Sus movimientos son lentos, deliberados. No se gira para mirarme—. Todo lo que amo me lo quitan. Mi madre. Mi libertad. Mi maldito gato —se le escapa una risa seca, frágil en los bordes—. Así que dejé de amar las cosas.

La forma en que lo dice corta más profundo de lo que debería. Como si ya hubiera aceptado la pérdida como inevitable.

—¿Es por eso que también mantienes a tu hermana a distancia? —presiono, sabiendo que dolerá.

Se queda inmóvil, y sé que he tocado un nervio. La mirada que me da es fuego y hielo, feroz y frágil a la vez.

—Mantengo a Juliet lo suficientemente cerca para protegerla. No lo suficientemente cerca como para perderla.

Lo entiendo demasiado bien.

Quiero decirle que no es la única que ha aprendido esa lección. Que no soy solo el monstruo que ella cree que soy. Pero no soy el hombre para curar heridas. En su lugar, dejo que el silencio se llene con cosas que no digo.

Luego doy un paso adelante, invadiendo su espacio. Mis dedos se curvan bajo su barbilla, inclinando su cabeza hacia arriba. Su pulso se acelera bajo mi pulgar. La forma en que se dispara me dice que no soy el único que siente esto.

—¿Crees que el amor te hace débil? —pregunto.

Ella no responde, pero el destello en sus ojos me desafía a seguir hablando.

Bajo la voz, haciéndola oscura y áspera. —Te equivocas. El miedo te hace débil. El amor te hace peligrosa.

Ella inhala bruscamente, pero no aparta la mirada.

Mis labios rozan su mandíbula, lo suficientemente cerca para reclamarla pero sin llegar a tocarla. Una promesa. Una advertencia. Mi boca se mueve cerca de su oído. —¿Quieres ser intocable, Eleanor? Entonces deja de actuar como alguien que ya ha perdido.

Ella exhala, temblorosa, casi una risa. —Y tú deja de actuar como alguien a quien no le importa.

Eso duele. Porque tal vez sí me importa.

Mi teléfono vibra, rompiendo la tensión como un cable demasiado tenso. Lo ignoro, observándola. El hechizo se rompe, pero la atracción no. Negocios, realidad. Distracciones que no quiero.

Ella se aleja primero, cauta y elegante. Veo el momento en que la máscara fría vuelve a su lugar, la armadura que lleva como una segunda piel. Esto fue vulnerabilidad, y ella lo odió. Yo también lo entiendo.

La observo moverse por el campo de tiro, fluida pero distante. Mi mandíbula se tensa. Se está deslizando bajo mi piel. Y no sé si puedo detenerla.

23

Eleanor

El grito rompe el aire antes de que los hombres siquiera lleguen a la habitación. Entonces la puerta de la cocina se abre de golpe y dos guardias entran apresuradamente con un hombre medio arrastrado entre ellos. Lo llevan como si fuera carga, y está cubierto de sangre. Su rostro es un desastre, y la mitad de su camisa está manchada de rojo. Parece un peso muerto, desplomado y a punto de desmayarse, y no tengo idea de quién es ni por qué lo han traído aquí.

El alboroto es ensordecedor. Las ollas caen al suelo con estrépito. Los platos se hacen añicos. El personal de la cocina grita, tropezando unos con otros mientras corren hacia la salida. Él es pesado, apenas consciente, y los guardias lo dejan caer sobre la encimera como si tuvieran cosas más importantes de las que preocuparse. Como irse. Como salir de mi vista antes de que Leonardo los atrape conmigo. El rojo empapa los pantalones del hombre, extendiéndose rápidamente.

Entonces solo quedamos Carmela, yo y el hombre sangrando en la cocina de la mansión Rosetti.

—¡Traigan a Leonardo! —grito, pero es inútil. Ninguno de los hermanos está en casa.

—Eleanor —suspira Carmela, pareciendo más preocupada por mí que por el pobre hombre desangrándose sobre la encimera.

Como si no hubiera visto hombres sangrando antes.

Tenía quince años. Acababa de volver del ballet, lista para ducharme. Las zapatillas de punta colgadas sobre mi hombro aún estaban rosadas y perfectas, intactas por la suciedad, al igual que yo. Entonces los gritos resonaron por la casa, no agudos, sino bajos y urgentes. Recuerdo haberme quedado paralizada, dejando caer todo en un montón. La voz de mi padre me golpeó como una orden. *Eleanor. Ven aquí*. Lo encontré en el pasillo, tranquilo y controlado, sosteniendo a un hombre sangrando como si fuera solo otro día en la oficina. Nunca antes había visto este lado de su negocio. Siempre me había mantenido resguardada, a Juliet protegida. Protegidas en nuestra bonita jaula. No como esta vez. Esta vez, me llamó para que me acercara.

Recuerdo el rojo extendiéndose por las manos de mi padre mientras las presionaba contra el costado del desconocido. La sangre era tan oscura que casi parecía negra, aterradora y pegajosa. Otro hombre lo estaba ayudando a cargar al desconocido, y estaba segura de que este sabía cómo manejarlo. Era un forastero. Un profesional. No como yo. Yo sabía de danza y piano y las palabras correctas para una nota de agradecimiento. No sabía de esto. *Trae a Eleanor aquí*, dijo de nuevo, aún más frío esta vez.

Lo odiaba. Lo odiaba por empujarme a esto sin advertencia. Me odiaba a mí misma por sentirme débil, inútil, asustada. Pero sobre todo, odiaba ver lo fácil que era para él tocar la sangre, tomar el control, pensar en ello como si no fuera nada. Me hacía sentir pequeña. *Necesitas aprender, Eleanor. ¿Qué pasará si no estoy aquí la próxima vez?* Ni siquiera me miró mientras lo decía. Pero aprendí.

—¿Estás bien, cariño?

Le lanzo a Carmela la mirada de desprecio que su preocupación merece. Como si no supiera qué hacer. Carmela debería saber mejor. Todavía lo odio, pero ya no tengo quince años, y no soy pequeña.

He aprendido lo suficiente para tomar el control, y no voy a perder la calma cuando hay trabajo por hacer.

El hombre en la encimera lucha por mantenerse consciente. No dudo en rasgar el denim para ver dónde está herido.

—¡No lo toques! —La voz de Carmela se eleva en pánico cuando pongo una mano en la pierna del hombre.

Me echo hacia atrás bruscamente. —¿Por qué no? —exijo, con frustración en mi voz. La reacción de Carmela me hace dudar, inquieta, preguntándome si sabe algo que yo no. Me mira con ojos muy abiertos, como si yo fuera la que debería saber mejor.

—Porque —dice, como si la palabra debiera ser suficiente para protegerme—. Por la regla de Leonardo.

La miro, incrédula. —¿Su regla?

—No tocar a otros hombres, Eleanor. —Está tan enfática como nunca la he visto, y su voz tiembla mientras mira al hombre y luego a mí. No está preocupada por él; está preocupada por lo que Leonardo hará.

—Tienes que estar bromeando, Carmela. —Mi voz es un apretado resorte de irritación—. Podría morir si no lo trato.

Carmela no lo entiende. Ella no sabe lo que es crecer con tu padre actuando como si solo sirvieras para sonreír y tomar el té. Yo lo sé. Lo sé porque lo he vivido. Pero estoy cansada de que me traten como si fuera de cristal.

—*Morirá* si Leo te atrapa con tus manos sobre él —responde Carmela, como si eso pusiera fin a la discusión.

Le digo bruscamente que se calle. Puede que tenga razón, pero la vida de este hombre está en mis manos ahora mismo. No puedo dejarlo desangrarse en esta encimera estéril. —Ve a buscar el botiquín de primeros auxilios —le digo—. Y el whisky.

Carmela duda, como un pajarillo asustado. Toma aire, el pánico evidente en su voz. —¿Estás segura de esto, Eleanor?

No, no lo estoy. —Sí. ¡Ve!

Es rápida para irse, pero más rápida para volver. Sus rizos rebotan y sus ojos verdes están muy abiertos. Está ansiosa, pero

sigue siendo la única ayuda que tengo. Rebusco en el botiquín, maldiciendo a Leonardo y a los otros hermanos por no estar aquí.

—¿Fueron los albaneses quienes te hicieron esto? —le pregunto al hombre mientras recupera la consciencia momentáneamente.

Asiente y luego se desploma contra la encimera, inconsciente.

—Maldición —siseo.

Echo un vistazo por la ventana y veo guardias flanqueando la propiedad, uno de ellos hablando por su dispositivo de comunicación. Parece que tienen la propiedad bajo control, así que al menos estamos a salvo por ahora. Pero sería bueno saber cómo este hombre se hizo esa herida... y dónde. ¿Están los albaneses justo afuera, escondidos entre los árboles? Ya están compitiendo con los Rosetti en el comercio de gemas, y tengo la impresión de que no les importa jugar sucio. Y sangriento.

No tengo tiempo para preocuparme por eso, solo para detener el sangrado. Pulsa desde su muslo. Agarro a mis mejores amigos —el cuchillo y el whisky— y no me detengo a pensar antes de ponerme manos a la obra.

—Va a matarlo —repite Carmela. No lo dudo. Mi marido posesivo va a explotar. Se volverá loco. Podría atravesar el cráneo de este chico con su puño antes de que se detenga el sangrado.

—Primero tenemos que mantenerlo con vida —digo.

Vierto whisky sobre la pierna, lo suficiente para que grite. Es mejor que la inconsciencia. Mejor que muerto. Es incluso más joven de lo que pensaba. Apenas mayor que Carmela. Una vez que la herida está limpia, presiono toallas de cocina limpias sobre ella, deteniendo el sangrado.

—¿Conoces a este chico? —le pregunto a Carmela.

Ella asiente. —Marco.

Coloco una mano en la mejilla del hombre. —Quédate conmigo, Marco. Lo estás haciendo bien. —Me vuelvo hacia Carmela—. Mantenlo tranquilo. Y despierto. —Luego vuelvo mi atención a la pierna.

Carmela mira fijamente las toallas, y sus ojos se agrandan. —Eleanor —dice. Es todo lo que tiene que decir. Veo lo que ella ve. Sangre. Tanta que podría ahogarme en ella.

Estoy superada.

Estamos gritando al mismo tiempo, pidiendo ayuda a alguien, a cualquiera, cuando Leonardo irrumpe. —Eleanor, ¿qué coño? —Sus ojos están sobre mí, y arden de rabia. Con fuego. Con acusación.

Cruza la cocina en segundos, me mira, mira al hombre que sangra, vuelve a mirarme.

—¿Por qué estás tocando a Marco? —Su voz es mortalmente calmada.

—Le estoy salvando la vida.

—Estás rompiendo una regla.

—¡Para evitar que muera! —Ahora soy yo la enojada, mi voz adquiriendo un tono duro—. Por el amor de Dios, Leonardo, no me estaba acostando con él. Estaba evitando que se desangrara.

Leonardo mira al hombre. —De todos modos está muerto. —Levanta el puño, pero antes de que pueda golpear, agarro su brazo.

—Por favor —susurro—. No hagas esto. No la tomes contra él. Castígame a mí, si debes, pero por favor déjalo en paz.

Leonardo me mira, la ira ardiendo detrás de su mirada. —Bien. Pero recuerda. —Se inclina y susurra en mi oído—. Tú lo pediste.



Leonardo me espera cuando salgo de la ducha, con una toalla apretada en su puño. El agua gotea de mi cabello y piel, formando charcos bajo mis pies en las baldosas. Estoy resbaladiza y en carne viva por el vapor y la descarga de adrenalina, y el castigo de mi marido es más dulce de lo que imaginé. Su cuerpo está tenso, los músculos apretados. Sus ojos, cuando me encuentran, arden de deseo y acusación.

Debería sentirme preocupada, sabiendo cómo es él. Debería sentirme arrepentida, sabiendo cómo he roto su regla. Pero no me siento arrepentida, y no me siento preocupada. Siento un dolor en lo bajo de mi vientre y una sonrisa tirando de mis labios.

—¿En serio, Leo? ¿Un castigo por salvar la vida de Marco? — Levanto las cejas, adorando lo cerca que está de quebrarse. Adorando cómo quiere hacerme pagar.

—Sí, un castigo —dice, su tono enojado, pero escucho la necesidad debajo. Es áspera y profunda, y las palabras se filtran en mí, me vuelven febril, me hacen doler más. Sé que esto es más que la emoción habitual, el filo habitual. Quiere enseñarme. Quiere hacerme recordar la lección—. Para que nunca olvides las reglas de nuevo.

Me acerco. —¿Quién dijo que las olvidé?

Él también da un paso, y las baldosas están frías contra mi espalda.

La toalla cae de su puño, y por un momento, planeo burlarme de mi marido por olvidar tan rápido la dulzura de sus amenazas. Un momento es todo lo que obtengo. La burla muere en mis labios, tragada por el beso de Leo mientras me baja al suelo de baldosas. El sol golpea a través de las ventanas, volviendo el espacio brillante. Resbaladizo. Mi marido lo convierte en algo más. Caliente. Sin aliento. Urgente. Se toma su tiempo, pero no de manera relajada. De manera devastadora. De una manera donde cada segundo es un grito por más. Su cuerpo cubre el mío, calor líquido. Sujeta mis muñecas contra las baldosas con una mano, mantiene mis piernas separadas, cubiertas por sus rodillas.

La frescura de las baldosas en mi espalda no hace nada para enfriar el fuego de su toque. Me arqueo para encontrarlo, desesperada. Necesitada. Olvidando todo excepto mi deseo. Pero apenas puedo moverme, clavada al suelo como una mariposa disecada, allí para ser observada y admirada.

Se toma su tiempo conmigo, y su tiempo no es amable. Es áspero. Crudo. Calculado. Pasa una mano por mi mejilla, mi cuello, a

través de mi clavícula. Está reclamando su territorio, clavando su bandera en mi alma después de su lección en la cocina. Haciéndome recordar lo que arriesgué. Castigo de la manera más cruel: lento y dulce e imposible, insoportablemente minucioso.

Cada caricia es un desafío. Cada roce suave sobre mi piel me acerca más al límite. Estoy desnuda y vulnerable, y él está completamente vestido. Apenas me está tocando, pero sabe lo que hace, llevándome más alto, empujándome más lejos. Soy Eleanor Price, más terca de lo que cualquier hombre podría esperar, pero estoy perdiendo terreno, el aliento, el control.

—Las reglas eran simples —dice, y es cierto.

Él las estableció. Yo las rompí. Ahora me estoy quebrando de nuevo, y él me observa hacerlo. Está disfrutando cada segundo. Donde espero ira, encuentro calor. Donde espero retribución, encuentro urgencia.

Un gemido se escapa de mis labios. Si no me estuviera sujetando, me arquearía para encontrarlo, con los brazos alrededor de su cuello, las piernas alrededor de su cintura. Pero me está sujetando, y no puedo aguantar mucho más.

Se inclina sobre mí, con un gruñido en su voz. —Tengo una regla más para ti, nena.

Baja la mano libre y desabrocha sus pantalones, liberando su grueso miembro. —No te corras hasta que yo te diga que puedes.

—¿Qué? No. —Mis palabras son entrecortadas y necesitadas.

—Esto no es para tu placer, Eleanor. Es para el mío. Para ti, esto es un castigo.

Sonrío. —No es mucho castigo si lo disfruto. —Estoy sin aliento.

Levanta una mano, pasa un pulgar sobre mi labio. —¿Quién dice que lo vas a disfrutar?

Me arqueo contra él, dándole una respuesta sin decir una palabra. Su miembro duro e insistente contra mi pierna, y palpita cuando muevo mis caderas, desplazando su control. —Yo lo digo —respondo. Sé que lo vuelve loco cuando actúo así. Cuando estoy más

a cargo que él. Pero esa es la emoción. El límite. Él cree que es el único con todo el poder, pero no es así.

Los ojos de Leonardo arden, su contención es débil. Su mano libre se mueve sobre mí, por mis costillas, mi vientre, mis muslos, un calor lento y peligroso. Luego empuja su miembro dentro de mí, y gimo de alivio.

Me folla con embestidas largas y constantes, y yo aguanto. Mi ira es tragada por su miembro, por el calor de su piel contra la mía. No puedo evitarlo.

Continúa, no me deja tener mi liberación. La fricción es perfecta, brutal, una provocación de piel y sudor. Los sonidos son suficientes para volverme loca, nuestros cuerpos chocando en el aire denso, respiraciones agitadas tan calientes como olas, el ritmo desigual de mí intentando contenerme. Mi pulso es un martillo. Mi necesidad es un incendio descontrolado.

Me folla duro, exigente y calculado. Fuerte y salvaje, luego más fuerte.

—No te corras, nena —dice, y la orden me atraviesa, haciendo imposible obedecer.

Sus ojos están fijos en mí, y me hace correr tan fuerte que casi no puedo respirar. Me corro duro, salvaje, todo borroso y resbaladizo. El sol, el cristal, el suelo duro, el aire húmedo. Tiemblo contra él. No puedo contenerlo, no cuando sus manos están sobre mí así. No cuando lo necesito tanto.

Estoy agitándome y jadeando y sin contenerme, y él observa todo, sin parpadear.

Espera a que termine, su respiración pesada, la ira desaparecida. —¿Has terminado?

No puedo verme, pero debo ser todo un espectáculo. Estoy desnuda, y estoy empapada, y estoy tirada en el suelo. Mi cabello se pega a mi cuello, su piel se pega a la mía.

Sus dedos se enroscan alrededor de mis muñecas, calientes e implacables. —Acabas de romper otra regla. —Creo que terminará esto rápidamente. Creo que está tan perdido en esto como yo. No lo

está. Me sujeta con más fuerza. —Olvidaste que esto no se supone que se sienta bien para ti —susurra. Su voz llena mis oídos, llena mi cerebro. —Las chicas malas no lo tienen fácil —murmura, sus manos aún sobre mí, aún en control de todo excepto mi voluntad. —Ahora tenemos que empezar todo de nuevo.

24

Leonardo

Les digo a los hombres en el campo de tiro que recojan por hoy, y sus ojos se detienen en Eleanor antes de apartarse. Me encojo de hombros y se dispersan, sabiendo que es mejor no hacer preguntas. La puerta se cierra de golpe y ahora solo quedamos nosotros dos. La tenue luz se derrama sobre las filas de armas pulidas, rebota en el concreto, y el olor a sudor y pólvora quemada persiste intensamente. Ella está cerca, con su piel como porcelana, sosteniendo la Glock con sus dedos delgados.

Cierro la puerta con llave detrás de mí y dejo que mis ojos la recorran, absorbiendo las líneas de su cuerpo y la caída oscura de su cabello. Todo en lo que puedo pensar es en saborearla, en poseerla. Ella también lo sabe, por la forma en que sostiene mi mirada sin parpadear, un desafío y una promesa.

Su falda es elegante, abrazando las líneas de sus caderas. Está hecha a medida y perfecta, como todo lo que ella viste, como todo en ella. La blusa debería parecer inocente, pero en ella no lo es. No de la manera en que la lleva, y definitivamente no aquí abajo. Su mirada se mueve conmigo mientras me acerco a ella, dejando un rastro de fuego sobre mi piel. Esa mirada quema, hasta los huesos. El sabor de la pólvora llena el aire, y me estoy ahogando en él, embriagado por ella y todo lo que hay en este lugar. Ebrio por el

hecho de que ella esté aquí, en mi mundo. Me pregunto si sabe lo que eso me hace.

—Te deseo —digo, porque sé que a ella le gusta la honestidad. Si hay algo que Eleanor Price aprecia, es la verdad, desnuda y expuesta como una esmeralda recién pulida. Tenemos eso en común.

—¿Es por eso que me trajiste aquí abajo? —pregunta, su voz tan suave y cortante como el metal que nos rodea. Sus ojos permanecen fríos, pero puedo ver el calor hirviendo debajo. Eleanor no cede, no da nada, hasta que está lista para hacerlo.

Doy un paso más cerca. Sus dedos se curvan alrededor del arma, y me vuelve loco. Imagino esos dedos curvándose a mi alrededor, y mi mente da vueltas. Verla aquí, rodeada de mi mundo y luciendo como si perteneciera, me hace querer enterrarme en ella.

—Eso y algunas otras razones. —Las palabras salen más ásperas de lo que pretendía, pero veo que sonríe. Solo el más mínimo indicio de ello, solo la sugerencia, toca sus labios.

Doy otro paso, lento. Ella no se mueve. Ni siquiera parpadea. La sonrisa en sus labios se extiende más, se vuelve peligrosa. Casi letal.

—Tal vez quería ver si podías soportar el calor —digo. Ella levanta una ceja, como si me desafiara a decir más. Casi lo hago. Casi le cuento todo lo que está hirviendo dentro de mi cabeza. Casi.

—Pensé que ya lo había demostrado. —Cambia su peso, su falda subiendo solo un poco más. Estoy a punto de explotar. Ella lo sabe jodidamente bien.

—Tal vez quiero más pruebas —digo.

Levanta el arma, me apunta, y mi sangre canta. Su falda se levanta cuando cierra la distancia, presiona el cañón contra mi pecho. Mis manos van a sus caderas, y ella está sobre mí. Su boca es calor y violencia, y su sabor me vuelve jodidamente loco.

La empujo contra la pared de concreto, ávido de ella, mis dedos desgarrando la tela para encontrar piel. Su blusa se rasga como papel de seda, y atrapo su gemido en mi boca mientras mis manos se cierran alrededor de sus pechos, acariciando los apretados

botones rosados hasta que ella está sin aliento y ardiendo. La quiero desnuda, jadeante, pero ella se echa hacia atrás, con una sonrisa malvada en sus labios. Deja caer el arma, se baja la cremallera de la falda y esta cae. No hay nada debajo más que ella, suave y húmeda, su aroma elevándose por encima del humo y el sudor.

La quiero cruda y salvaje y temeraria, pero ella me hace esperar, me provoca con su boca lo suficientemente cerca como para hacerme gemir. Se roza contra mí, un fantasma de un beso, y el roce de sus dientes en mi labio inferior es una tortura. Va a hacerme suplicar, y lo sé, sé que le encanta, la forma en que me mira con el tipo de concentración que me pone jodidamente duro.

—Maldita sea, Eleanor —gruño.

Tiro del botón de mis vaqueros, pero ella aparta mis manos, se deja caer de rodillas. Mi pulso alcanza el techo cuando me libera. La primera caricia de sus dedos me deja sin aliento, pero es su boca, caliente y abierta y jodidamente implacable, la que casi me derriba. Sus ojos permanecen fijos en los míos, desafiantes, ardientes, hasta que ya no puedo soportarlo más.

La levanto y la beso con fuerza. Su sabor, mi sabor, todo se mezcla. Me pierdo en ello, me pierdo en ella, mientras la empujo contra la pared. Su respiración se vuelve entrecortada cuando engancho sus piernas alrededor de mi cintura, me deslizo dentro de ella con una embestida brusca y necesitada. Su coño está tan caliente y apretado que tiemblo por ello, todo mi cuerpo luchando por el control.

La veo deshacerse, desesperada por más, su piel enrojecida y brillante. Su aliento se quiebra y se reforma en pequeños jadeos, y sus uñas se clavan en mis hombros. Es perfecto. Ella es perfecta, y es mía.

—Sí —jadea—. Así. Dios, Leonardo.

Mi nombre en sus labios, cada sílaba que insiste en pronunciar cada vez, el sonido cuando estoy profundamente dentro de ella... me deshace. Embisto con más fuerza, necesitando más, necesitándolo todo. La presión aumenta, ardiente, frenética. Agarro

su trasero, la empujo contra mí hasta que está cerca, tan cerca, y entonces ella grita, llegando al clímax a mi alrededor. Su liberación es mi maldita perdición.

Se contrae a mi alrededor, y es todo, el calor apretado, la sensación de ella perdiendo el control. Reprimo un gemido, llegando fuerte e indefenso, derramándome en ella mientras su calor me aplasta, me destroza. La mantengo allí, saboreando el pulso de su sexo, y finalmente, finalmente la dejo deslizarse al suelo.

Su blusa está arruinada, pero yo todavía llevo mi camisa, y sonrío como un canalla mientras me la quito por la cabeza y se la doy.

Se la pone, y verla con mi ropa me hace desearla de nuevo. La tomaría allí mismo en el suelo si no se viera tan destrozada y perfecta, pero le doy un minuto. Su cabello cae suelto ahora, y está alborotado. Me encanta verla así.

Se está riendo de mí, negando con la cabeza.

—Pensé que me habías traído aquí para practicar tiro —dice.

—Nah. Era mi turno de disparar.

Se abotona, y la picardía en sus ojos se suaviza un poco, se vuelve seria. Aparta la mirada como si estuviera sopesando algo, pero le agarro la barbilla, haciendo que me mire de nuevo.

—No tienes que fingir conmigo —digo.

Su sonrisa es pequeña, sorprendida. —¿Fingir qué?

—Que eres una especie de reina de hielo. Que no sientes las cosas, que no ardes por todo lo que tu padre te dice que no puedes tener. Sé quién eres, Eleanor. Te veo.

Hay un silencio por un segundo, como si no supiera qué decir.

Finalmente, rompe el silencio y llena el vacío con palabras que suenan un poco como una armadura. —No siento las cosas, Leonardo, no realmente. No soy como tú. —Sus ojos son afilados, desviando. —Todo lo que quiero es que mi hermana esté a salvo y libre. Eso no es exactamente una emoción. —Hay un momento en que su mirada vacila y su boca se curva en una amarga y pequeña media risa que casi me rompe el maldito corazón.

No la dejo salirse con la suya. —No seas estúpida —le respondo —. Sé que no es así. Tus sentimientos son más profundos que los de cualquier persona que haya conocido. Simplemente los reprimes. Los entierras. —Mi voz se endurece con cada palabra—. No eres nada como la fachada que muestras al mundo, Eleanor. Veo a través de ella, a través de este acto de reina de hielo que tienes. La princesa perfecta con ropa perfecta y modales perfectos.

Entrecierra los ojos como si no me creyera del todo. Como si no me creyera a mí. —Eres ridículo —dice, pero hay un ligero temblor cuando lo dice, una fractura en su resolución. Una fractura que sé que es real porque yo la puse ahí.

—La forma en que cuidaste de Marco —le digo—, lo mantuviste vivo.

Ella se burla. —No sabía que apreciabas eso.

No me detendré hasta que sepa que hablo en serio con cada maldita palabra. —La forma en que te has sacrificado toda tu vida para proteger a tu hermana. La forma en que sigues haciéndolo. Eres fuerte, Eleanor. —Se estremece cuando lo digo, como si la palabra significara algo para ella—. Más fuerte de lo que nadie te da crédito.

Sus ojos se suavizan, y extiende la mano, acaricia mi bíceps. Me tenso bajo su toque, pero no aparto la mirada, no la dejo apartar la mirada. —¿Quién hubiera pensado que había más que un asesino a sangre fría debajo de todos estos tatuajes? —Su voz es suave, pero oigo la maldita verdad en ella. Sé que esta es la parte donde se permite ser honesta—. Un hombre grande y duro con un corazón blando y suave.

La forma en que me mira, como si fuera algo más que el comodín, como si estuviera buscando algo precioso en mí... hace que mi maldito corazón tropiece.

Me río, acuno su rostro. —Eso solo está ahí para ti, nena —digo.

No es propio de mí ser cursi, pero la forma en que sonríe, la forma en que sus dedos encuentran mi pecho y se enroscan allí

como si nunca quisiera soltarse, me hace sentir como si fuera yo el que está ganando.

No durará, este momento tranquilo. Volveremos a pelear, a la pasión y la furia, pero ahora mismo, en el eco del campo de tiro, con mi camisa colgando de sus hombros y mi piel aún vibrando por su toque, es suficiente.

25

Eleanor

La mansión de mi padre espera en la cima de la colina, una monstruosidad de ladrillo y piedra. Su sombra cae sobre el SUV de Leonardo, oscureciendo el parabrisas y haciendo imposible ver la furia en sus ojos color avellana.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto sola? —pregunta. No se refiere a lo que hay dentro de la casa. Está hablando de la media docena de guardias que le he convencido de dejar fuera con él.

—No creo que un guardia de Price vaya a dispararle a la hija de Richard.

—¿Es una broma? —Sus cejas se juntan como un par de nubes de tormenta—. ¿Estás de coña ahora mismo, princesa?

—Te dije que nunca me llamaras así.

—Vale, bueno, me dices muchas cosas. No llamarte así será tan fácil como que tú no te metas en problemas.

Suspiro, mirando alrededor a los dos SUVs estacionados detrás de nosotros, llenos de guardias armados que insistió en traer para el viaje. —¿No crees que la fuerza de invasión es exagerada?

—El exceso es cómo te mantienes vivo en este negocio.

—Te diré algo, si eres amable y te quedas aquí fuera, te dejaré decir "te lo dije" si los guardias de mi padre abren fuego.

Resopla, una bocanada de vapor en el aire de la mañana temprana. —Si me necesitas, llámame.

Asiento.

Empiezo a subir por el camino de entrada, consciente de los ojos de Leonardo y los ojos de media docena de hombres armados. Me siento perfectamente segura ya que esta es la casa en la que crecí. Los hombres de mi padre no dispararán a la vista.

Antes de que pueda dudar, las puertas principales se abren. Un Town Car negro se desliza como una serpiente, elegante y peligroso. Me escondo detrás de un seto, y el conductor de mi padre no me ve mientras acelera alejándose de la propiedad, de mi hermana. Ella está dentro esperándome.

La sigo, la energía nerviosa empujándome por el camino. Todavía puedo sentir a Leonardo observándome desde el pie de la colina, y lucho contra el impulso de dar la vuelta.

La casa de los guardias es la primera prueba, pero me conocen. Ven lo que esperan ver, una hija obediente de un padre despiadado, por fin en casa.

—Su padre no nos dijo que vendría —dice uno, frunciendo el ceño desde la puerta abierta.

Sonrío. —Lo estoy sorprendiendo.

—Ha salido para la mañana.

—No importa, solo saludaré a Juliet entonces. Estoy segura de que no querrían impedirme visitar a mi propia familia —añado con un tono afilado en mi voz.

Se encoge de hombros, levanta un paquete de cigarrillos a sus labios y vuelve a su asiento.

Me deslizo dentro de la casa. Doblo la esquina y veo a Juliet en lo alto de las escaleras. Parece blanca como el papel y delgada como el papel, frágil como la ceniza.

—¿Eleanor?

La primera frase que sale de mi boca es brusca y cortante. —¿Por qué no respondiste mis llamadas?

Me mira con expresión vacía, sin nada de su alegría habitual. —Padre me quitó el teléfono.

—Maldito controlador —digo, y Juliet levanta una ceja ante mi lenguaje. Creo que mi nueva familia criminal debe estar influyendo en mí.

—No puedo creer que te haya dejado entrar —dice.

—Padre no sabe que estoy aquí.

Me sigue hasta el comedor vacío, hacia pasillos cavernosos. Nos detenemos en una habitación estrecha, la habitación de nuestra madre. Solía jugar aquí con nosotras cuando aún estaba viva. Juliet ha hecho lo mejor para traer algo de la luz de vuelta, pero todavía se siente como una tumba. Aun así, es el único lugar al que padre nunca viene, así que es el lugar más seguro para hablar.

—Si padre te encuentra aquí —me dice—, realmente no estará feliz. Está convencido de que no estás cumpliendo tu parte del trato con los Rosetti. Incluso ha estado hablando de hacer negocios con otro grupo en su lugar.

—Los albaneses.

—Sí —responde, su voz un eco apagado en la habitación vacía.

—Bastardo. —El calor sube en mi pecho, ardiendo como el fuego que Leonardo prendería a este lugar. Padre me vendió por ese precioso trato de negocios, y ahora ha encontrado algo mejor. Ya no tiene uso para mí, así que simplemente me está abandonando.

Juliet me está observando, sus cejas fruncidas con preocupación. —Está empeorando, Eleanor. Está desesperado. Obsesionado. Tienes que irte antes de que regrese. Si te atrapa aquí, podría no dejarte ir.

Me imagino a mi posesivo marido afuera, ansioso por una pelea, y me río. Realmente me río. —No hay manera de que Leonardo permita eso.

Ella tiembla, malinterpretando. —Lo siento tanto que estés atrapada con esos... esos criminales. Suenan incluso peor que padre.

Agarro su hombro, sintiendo los huesos delicados bajo mis dedos. Está sin peso y delgada como un susurro. —No puedes quedarte aquí.

—¿A dónde más iría?

—Conmigo. Los Rosetti pueden protegerte hasta que...

Ella niega con la cabeza y su trenza se balancea contra su espalda. Debe habérsela hecho esta mañana sin la ayuda de su doncella; está suelta y despeinada, sin nada de su habitual pulcritud. —Padre nunca lo permitiría —el pánico se eleva en su voz.

—Padre no tiene derecho a controlarte.

—¿Quieres que los Rosetti me controlen en su lugar?

Eso da en el blanco. Quiero negarlo, decir que soy libre con ellos, mucho más segura que aquí, pero entonces recuerdo las reglas de Leonardo. Y cuántos problemas tengo si intento hacer algo tan simple como ir de compras. Y cómo tuve que suplicar para venir a visitar a mi propia hermana.

Juliet se cruza de brazos, los aprieta fuerte contra sí misma, luego los suelta. Está caminando de un lado a otro e intenta ser valiente. —No puedo irme. Aún no.

—No puedes quedarte.

—Estaré bien.

Odio cuánto puedo verme a mí misma en sus ojos. —Es demasiado peligroso quedarse, Juliet. ¿Quién sabe lo que te hará? ¿A quién te venderá? ¿Y ahora te ha quitado el teléfono? Está fuera de control. Escucha, no tienes que ir con los Rosetti si no quieres, no les debes nada. Pero tienen dinero y poder. Conexiones. Pueden ayudarte a desaparecer, si eso es lo que quieres. Me lo prometieron.

—¿Quién te lo prometió?

—Leonardo. Y él es un hombre que cumple sus promesas.

Ella se muerde el labio, dudando como siempre lo hace. —Solo un día más. Necesito empacar algunas cosas.

—No necesitas nada. Podemos comprarte ropa, zapatos, lo que necesites.

Me lanza una mirada severa. —No todo se puede comprar, Eleanor. Deberías saberlo. Necesito tomar mis fotos y conchas marinas y otras cosas personales, porque una vez que me vaya de este lugar, nunca volveré.

Conozco la mirada que me está dando. Ha hecho todo lo posible por suavizar su determinación, por parecer dulce y gentil, pero veo lo que es en realidad. Su decisión está tomada. Siempre ha sido más valiente de lo que le doy crédito. Me rindo y veo cómo la tensión abandona su rostro. Quiero envolverla y llevármela, pero no lo hago. Aún no. —Volveré por la mañana. Nos iremos entonces.

Se ilumina. Puedo ver que quiere el tiempo extra. Necesita sentir que tiene una opción en todo esto. —Te quiero.

La atraigo hacia mí. —Te quiero más, hermanita.

Me suelta y me siento más fría por ello. Odio la idea de dejarla, pero sé que no cambiaré su opinión. No esta vez. Debería estar orgullosa. Es más fuerte de lo que nunca le permití ser, pero la idea de perderla me desgarra.

Saco mi teléfono móvil del bolsillo y se lo entrego. —Si algo cambia, házmelo saber. Llámame al número de Leonardo.

Ella asiente, con los ojos brillantes. Su determinación parece sólida, pero me preocupo. No confío en la situación. No confío en padre. No confío en un universo que nos ha dejado a ambas terminar en jaulas. Es tan pequeña y está tan decidida que no sé qué me preocupa más.

—¿Eleanor?

—¿Sí?

—Dime la verdad esta vez. ¿Te... gusta él?

La miro, desconcertada por la pregunta. Por supuesto que ella preguntaría, la chica que lo ve todo. Hago una pausa un momento demasiado largo, porque mi hermana me lee tan fácilmente como lo hacía cuando éramos niñas.

—Es un Rosetti, Juliet.

—Esa no es una respuesta.

Me quedo paralizada. Está en la punta de mi lengua admitir que me gusta, pero eso no puede ser cierto. ¿Qué estoy haciendo? El suelo se mueve bajo mis pies, abriéndose. Mi hermana, la soñadora perspicaz, la artista gentil que ve más de lo que puedo admitir, me derriba con una sola pregunta.

Pienso en Leonardo afuera, ruidoso y furioso y listo para cualquier cosa. Como siempre está. Debería ser un extraño, pero no lo es. Siento como si lo conociera desde siempre, como si él me conociera a mí. Es impulsivo y sin filtro, y juré que no podía soportarlo, pero algo está cambiando dentro de mí, y tengo miedo de lo que significa. No sé cómo ponerlo en palabras, así que no lo intento. Dejo que Juliet crea lo que cree. —Volveré mañana. Espérame.

Me alejo, pasando por los amplios pasillos y saliendo por la casa de guardia.

Los guardias me observan, pero ya estoy a mitad de camino por el sendero cuando uno de ellos grita. No pasará mucho tiempo antes de que lleguen a padre y le cuenten todo. Acelero el paso y casi choco con un hombre de traje cuando salta en mi camino. Me mira fijamente, luego saca un teléfono de su bolsillo y comienza a marcar.

Me he ido antes de que obtenga una respuesta.

Disminuyo la velocidad cuando llego a la carretera, esperando que Leonardo venga rugiendo por el camino con los guardias detrás. No lo hace. Pero el SUV sigue ahí. Él sigue ahí. Está esperando, y me he quedado sin tiempo.

Salta cuando me ve y abre la puerta.

—Te has tardado demasiado, joder —dice.

Suena como una acusación, pero hay alivio en su voz.

Miro hacia la casa, como si pudiera ver a Juliet desde aquí. No la veo. Pienso en la forma en que me miró, en cómo atravesó mis mentiras con una simple pregunta. *¿Te gusta?*

—¿Alguna vez has tenido la sensación de que podrías estar equivocado sobre todo? —pregunto mientras Leonardo me atrae para besarme.

—No.

Empujo su pecho.

—Arrogante de mierda.

Él se ríe.

—¿Nos vamos ahora o planeas que nos disparen a los dos primero?

—¿Puedo decir "te lo dije"?

Señala con el pulgar hacia el lado del pasajero.

—No.

La mansión desaparece tras una curva en el camino mientras nos alejamos.

Leonardo

Veinte minutos antes

Espero fuera de la mansión, rechinando los dientes como engranajes. Ya debería haber salido. Miro mi reloj, luego mi teléfono. Nada. ¿Y si no regresa? No debería haberla dejado entrar sola.

Mis dedos tamborilean sobre el volante. Hay demasiado silencio aquí dentro. Me trono los nudillos para llenar el vacío. Este es el juego favorito de los Price, hacerme esperar hasta que mis nervios se rompan. Respiro hondo e intento no pensar en el padre de Eleanor permitiendo que hombres de negocios la manoseen porque la encuentran bonita. Mis dedos dejan marcas en el volante.

Un mensaje ilumina mi teléfono.

Ven al club. Ahora. Urgente.

Es de papá. El momento no podría ser peor. No enviaría ese mensaje a menos que lo dijera en serio, así que no dudo de la urgencia, pero no hay ni la más mínima posibilidad de que deje a Eleanor dentro y me vaya.

Podría entrar y sacarla a rastras. Al menos estaría haciendo algo. Dejo que mi mente divague demasiado lejos, y ahora está en territorio peligroso: imaginando a Eleanor como el peón de su padre, atrapada para siempre en su mansión. Preguntándome qué haría si

me dijera que no volviera. Por esto no confío en nadie fuera de la familia.

Otro mensaje:

Ven rápido, Leo.

Más insistencia de papá. Maldigo y golpeo el tablero con la palma. Pueden esperar, joder.

El otro día, cuando la encontré inclinada sobre Marco, con las manos por todo su cuerpo arreglándole la pierna, tuvo el descaro de preguntarme si confiaba en ella. *¿No confías en mí, Leonardo?* Eso fue lo que dijo, mirándome fijamente con esos ojos azul hielo. Lo repitió esta mañana. Todavía puedo verla antes de que entrara en la mansión de su padre, con el pelo recogido, los labios apretados en una línea dura. *¿No confías en mí?*

Tiene que saber cuál es mi respuesta a estas alturas. No confío en nadie fuera de la familia. Pero ¿ella? Es la única maldita excepción. Confiaría en ella con mi puta vida, sin duda alguna. Pero también confío en que sea temeraria como el infierno y se meta en situaciones de mierda porque eso es lo que hace. Es en lo que es buena. Nunca, jamás debería haberla dejado entrar allí sola.

Mi teléfono suena. Domenico.

—No has respondido a los mensajes. Más te vale estar de camino al club, Leo —su voz es tensa. Hay un murmullo de fondo. Sé que no hace estas llamadas él mismo a menos que sea serio—. Papá está perdiendo los estribos —añade—. Todos te estamos esperando.

—No puedo ahora mismo.

Se queda inquietantemente callado, y así sé que está realmente cabreado—. ¿Qué acabas de decir?

—Eleanor está en casa de su padre. Estoy esperando fuera, y no me voy hasta que esté aquí conmigo. Fin de la historia.

Hay una pausa. Luego una exhalación brusca—. ¿No tienes hombres contigo?

Miro por el retrovisor y noto los dos SUV negros llenos de guardias armados, todos aquí para proteger a mi esposa—. No los suficientes —gruño.

Empieza a hablar de nuevo, pero cuelgo. No lo mantendrá contento, pero no tiene sentido discutir cosas que no cambiarán nada. El hecho es que mi culo está pegado aquí hasta que Eleanor salga de esa maldita casa.

Debería haber sabido que no lo haría fácil. El aire me está aplastando, y me la imagino detrás de esos muros, fría e inquebrantable. Me hace hervir la sangre. Me trono los nudillos otra vez, inquieto, pensando que debería simplemente irrumpir y buscarla yo mismo. Quiere jugar a este juego, bien. Le daré algo para-

Eleanor aparece, y mis pensamientos se dispersan. Camina hacia mí, lenta y compuesta, como si no viera la urgencia en el mundo. Verla hace que mi estómago dé vueltas extrañas. Su expresión es fría, pero sus mejillas están sonrojadas, y su boca se curva cuando llega al coche.

Salto fuera y abro la puerta—. Has tardado demasiado, joder —no me molesto en ocultar mi irritación, luego la atraigo hacia mi cuerpo, necesitando sentirla pegada a mí y tenerla en mis brazos.

Sus labios son dulces mientras murmura en mi boca—. ¿Alguna vez has tenido la sensación de que podrías estar equivocado sobre todo?

Estaba equivocado sobre ella. Pensé que era una princesa pretenciosa que solo perseguía el poder, pero es lo opuesto en todos los sentidos. Amable, protectora, inteligente, buena con las armas y con la sangre, y puede manejar cada parte oscura de mí.

Pero ella no necesita saber eso.

—No.

Entrecierra los ojos y me dice que soy arrogante. Por un momento, me olvido de los albaneses, de mi padre y de mi hermano mayor, a quienes definitivamente he cabreado más de lo que es estrictamente seguro para mi salud, y me río. Pero hay movimiento sobre su hombro, los hombres de Price hablando y moviéndose, y me trae de vuelta al presente.

—¿Entonces nos vamos ya, o planeas que nos disparen a los dos primero? —pregunto.

Espero hasta que la mansión está fuera de vista antes de lanzarme al interrogatorio. Mi pulso está acelerado, y no puedo fingir que no estoy estresado—. ¿Qué pasó allí dentro? No puedo evitar notar que tu hermana no está en el coche.

Inclina la cabeza—. Juliet decidió quedarse hoy. Pero vendrá mañana —su voz es ligera, como si el retraso no significara nada para ella, pero sé que la está carcomiendo por dentro. Esta furia que me casé daría todo por su hermana pequeña. Incluso se casó conmigo. Veo la tensión en la forma en que se mantiene: la postura terca de sus hombros, la forma en que sus dedos siguen moviéndose sobre sus joyas como si intentara controlarlos.

Pongo una mano en su muslo, deseando poder prometerle más —. Lo siento, nena. Pero estará bien por una noche más, te lo prometo. La sacaremos de allí a primera hora de la mañana, al estilo caballero de brillante armadura.

Está callada, pero puedo sentir su mirada, verla girando el delgado anillo de oro en su dedo.

No me muevo. Hay demasiado que quiero decir, y no puedo decidir qué me meterá en menos problemas.

El silencio se extiende dolorosamente, una línea tensa entre nosotros, hasta que finalmente mira hacia mí.

—¿No vas a decirme a dónde más necesitas ir? —su voz es afilada, deliberada.

Aparto los ojos de la carretera para mirarla, tomado por sorpresa por la pregunta—. ¿Qué?

—Estás conduciendo incluso peor de lo habitual —dice—. Supongo que tienes prisa por estar en algún lugar, ¿no?

Abro la boca y luego la cierro, aún no estoy listo para darle la satisfacción de tener razón. Esta maldita mujer lo sabe todo.

Mi vacilación la hace sonreír con suficiencia, y no puedo evitar negar con la cabeza. —Mi padre me llamó —admito finalmente—. Algo está pasando en el club. Te dejaré en casa y volveré tan pronto como pueda.

Eleanor se recuesta, mirando cómo las calles pasan. Su fría satisfacción casi es suficiente para hacerme olvidar el lío que me espera: un Domenico muy cabreado. La dejo en casa, tomándome el tiempo de acompañarla hasta la mansión y dejar que escuche cómo instruyo a los guardias para que no la dejen salir.

—No amenaces al personal, Leonardo —dice ella con frialdad.

—No es una amenaza. Si él, o cualquier otro, te deja salir del perímetro de esta propiedad en las próximas 24 horas, les arrancaré los ojos y haré que uno de mis hombres se folle sus cuencas sangrantes.

Ella tuerce la boca. —Suena un poco a amenaza.

Beso esos bonitos labios. —Es un hecho. Pórtate bien, y volveré tan pronto como pueda.

Il Lusso ya está bullicioso cuando llego. Aparco y corro por la entrada. Ni siquiera es mediodía, pero ya hay un puñado de trajes y tacones. La decoración con detalles dorados capta destellos de luz mientras me apresuro. Una mujer con un vestido de diseñador se inclina hacia un hombre con traje Brioni, su expresión tensa.

Subo las escaleras de dos en dos, Olga asiente cuando paso.

Arriba, en la sala privada, irrumpo por la puerta. Mi familia está reunida alrededor de la larga mesa.

Domenico es el primero en levantar la mirada. —Por fin. —Está en el centro, como si estuviera dirigiendo el espectáculo. Cuando no digo nada, arquea una ceja—. ¿Así que decidiste honrarnos con tu presencia? —Tiene demasiada clase para regañarme delante de todos, pero me dará caña más tarde por colgarle.

—Estaba ocupado.

—Ni siquiera empieces, joder. —Matteo está recostado en una silla, jugando con una moneda de plata—. No estás tan dominado por el coño. Todavía.

Rafe interviene. —Se está acercando. —Está junto a la ventana, sus manos enguantadas de negro agarrando el alféizar—. Dijiste quince minutos. Hemos estado aquí sentados con el pulgar metido en el culo.

Me crujo los nudillos. —Podría haber sido más tiempo.

Hay algunas risas por mi burda insinuación, algunos refunfuños. Me siento como un niño pillado colándose después del toque de queda. Solo Emilio parece distraído, mirando las pantallas de sus portátiles.

Dom interviene, con voz dura. —Acabemos con esto de una vez. —Fija su mirada en mí—. Interceptamos ese cargamento de los albaneses. Rubíes.

—Pero saben que fuimos nosotros —murmura Emilio. Sus ojos se alzan—. Lo saben.

—¿Cómo coño se enteraron? —Me apoyo contra la pared, cruzando los brazos—. No fui yo quien la cagó.

—No se trata de quién la cagó. —La mandíbula de Dom está tensa—. Se trata de lo que van a hacer.

Fuerzo una sonrisa. —No puede ser tan malo. A menos que tengan a los rusos ayudándoles. —La broma cae en saco roto. Miro a Emilio, que se encoge de hombros. Mi mente vaga hacia Eleanor y cómo se veía cuando la dejé. Molesta por su hermana pero tratando como el infierno de ocultarlo. Girando ese anillo como siempre hace. Necesito proteger a esa maldita hermana suya solo para mantenerla feliz. Nada es más importante.

Joder, ¿desde cuándo me importa la felicidad de Eleanor más que cualquier otra cosa?

—Leo. —Matteo me lanza su moneda, me da justo en la sien—. ¿Estás en las nubes?

Recojo la moneda de la gruesa alfombra y me la guardo en el bolsillo. —Solo espero la parte importante.

—La parte importante —dice Rafe—, es que vienen a por nosotros. —Sigue junto a la ventana insonorizada, mirando hacia el salón del club, y me pregunto si está más preocupado de lo que deja ver.

—Nos golpearán donde más duele —dice Dom—. Rápido y fuerte.

—¿Los almacenes de Red Hook? —pregunto.

Dom niega con la cabeza. —Se lo están tomando como algo personal. Diría que nos golpearán en casa. La mansión.

Esas palabras atraviesan mis pensamientos, me ponen en mi sitio. Acabo de dejar a Eleanor en la mansión. Una quemazón comienza en mi estómago. Si algo le pasa mientras estoy aquí lidiando con esto... No pasará. No lo permitiré. —¿Qué coño hacemos aquí, entonces? —No espero una respuesta. Ya me he ido, corriendo de vuelta a mi coche. Tengo que llegar a ella. Tengo que llegar a ella ahora.

Eleanor

La mansión se cierne a mi alrededor, inmóvil como una tumba. Cada sonido ha desaparecido, y mis oídos duelen por el silencio. ¿Cuándo me volví tan desesperada por el caos? La ausencia de los Rosetti es como un peso en cada habitación. Ya no soporto el vacío, así que salgo a caminar hasta llegar a la parte boscosa del jardín. Hay una libertad aquí que me recuerda a mi hogar, a Juliet. Mañana iremos a buscarla, pero ¿y después qué?

Parece irreal que finalmente estaremos juntas. Estoy emocionada pero aterrada, porque ¿y si me abandona de nuevo? Imagino un millón de formas de mantenerla conmigo, y luego me reprendo. Nunca seré como él. Nunca la retendré contra su voluntad. La recogeremos por la mañana, y si no quiere quedarse, le buscaré un lugar lejos del alcance de nuestro padre. Tal vez cuando sepa cómo es realmente la familia Rosetti, cambie de opinión. O tal vez no. Se me corta la respiración de pánico al pensar en dejarla ir.

El crujido de los neumáticos sobre la grava hace que mi corazón se acelere. Se hace más fuerte, y oigo a Leonardo llamándome. Suena alarmado. Corro, desesperada por llegar a él, imaginando lo peor. Aquel hombre sangrando, Marco, aparece en mi mente, y me obligo a correr más rápido, temiendo encontrar a Leonardo herido o algo peor.

Lo veo fuera de la casa, con aspecto desenfrenado y furioso, pero ileso. Me lanzo a sus brazos.

Desde el feroz abrazo de Leonardo, me toma un momento ver algo más que un borrón de cabello rojo oscuro y ojos salvajes. Mi alivio es tan poderoso que casi me fallan las rodillas. Está a salvo. Está aquí. Me aparto para mirarlo, jadeando con respiraciones que apenas llenan mis pulmones, y veo lo desaliñado que está. Su cabello es un desastre ardiente. Su camisa está arrugada y fuera del pantalón. En su rostro, veo una tormenta de ira y pánico. Gotas de sudor corren desde sus sienes. Sus ojos avellana centellean de furia, y su boca es una línea dura. Parece que ha pasado por una guerra solo para llegar a mí.

—¡Juliet! —dice de nuevo, su voz áspera por la urgencia, como si decir mi nombre lo anclara. Espero que su abrazo se suavice ahora que sabe que estoy bien, pero en lugar de eso, su agarre se aprieta como un tornillo y casi me aplasta. Una respiración rápida y brusca lo estremece, y me doy cuenta de lo asustado que debe haber estado.

—¿Qué pasa? ¿Qué está sucediendo? —Mi mente salta a mil posibilidades aterradoras mientras intento leer la expresión de su rostro.

—Los albaneses atacarán esta noche.

Mi mente se acelera. ¿Es solo aquí, o todos están en riesgo? ¿Hay alguien más en peligro? Abro la boca para preguntar, pero Leonardo ya está respondiendo la pregunta que grita más fuerte en mi cabeza.

—Aquí —confirma, su tono oscuro y condenatorio. Su mirada recorre la mansión como si evaluara sus defensas. Agarrando mi mano, me lleva rápidamente hacia el interior, conduciéndonos velozmente hacia la sala de seguridad—. Ven, te mostraré cómo voy a mantenerte a salvo.

Me invade la gratitud porque no me está excluyendo de esto. Porque sabe que me sentiré más segura si estoy al tanto del plan, no escondida en un rincón como una muñeca.

Dentro de la estrecha sala de seguridad, las pantallas parpadean con imágenes en vivo desde varios ángulos alrededor del complejo. Leonardo señala los monitores, su dedo trazando los límites de la propiedad.

—¿Ves aquí? ¿Y aquí? Tenemos guardias apostados en cada uno de estos puntos.

Asiento, aunque mi corazón late con fuerza. Él retrocede, su mirada intensa, y lo sigo mientras comienza a hacer rondas por la propiedad. Nos movemos con determinación, su voz firme pero teñida de urgencia mientras habla con cada guardia, asegurándose de que estén alerta y listos. Las puertas peatonales chirrían mientras las asegura, el sonido resonando en el tenso aire nocturno.

Los hermanos Rosetti regresan a casa, llegando con venganza. Barren el complejo como una oleada de adrenalina, y el aire a su alrededor chisporrotea con su feroz energía. Observo, sin aliento, cómo cada uno entra en la mansión, lanzándose a la preparación con una intrepidez que los hace parecer invencibles.

Dom llega con su habitual presencia imponente, una mirada dura en sus ojos verdes mientras ladra órdenes con mortal eficiencia. Parece tomar decisiones tan rápido como los demás pueden parpadear, ya calculando los movimientos de su enemigo.

Matteo y Emilio lo siguen de cerca, un torbellino de acción, los gemelos tan sincronizados que es difícil creer que haya algún peligro que no puedan manejar. Por un momento, me olvido de tener miedo. Siento el peso de lo que se avecina y la fuerza de la familia mientras se mueven juntos como una única fuerza poderosa.

Me pego a Leonardo como una lapa. Él insiste en estar conmigo cada segundo.

—Prométeme que no te apartarás de mi vista —dice, acercándose, su mirada penetrante—. Júralo. —Entrecierra los ojos, escrutando mi rostro en busca de cualquier indicio de engaño.

Abro la boca para hacer una broma desenfadada, algo sobre revisar mi agenda para ver si tengo tiempo libre para él, pero las palabras se me atoran en la garganta. Nunca me he sentido más

segura que acostada en la cama en sus brazos, y estar a su lado ahora mismo es lo segundo más cercano, y el único lugar donde quiero estar.

—Lo juro —digo.

Me estudia por un largo momento, el silencio extendiéndose entre nosotros como una cuerda tensa a punto de romperse. Finalmente, asiente.

Le toma un tiempo apartarse y, incluso entonces, no me quita los ojos de encima. Es implacable. Una sombra obstinada, pegada a mí dondequiera que voy, nunca a más de medio paso de distancia. No puedo ni respirar sin que él esté cerca, preguntándome si estoy bien, con la voz ronca de preocupación. Me observa caminar, me observa sentarme, me observa revisar su teléfono por millonésima vez en busca de un mensaje de Juliet.

Incluso cuando necesito ir al baño, insiste en acompañarme, y sé que es mejor no discutir. Abro el grifo al máximo para ahogar el sonido, pero a él no le importa el decoro. Se da la vuelta y canta a todo pulmón una canción en italiano que no reconozco, su voz haciendo eco en los azulejos.

Me llevo la mano a la boca para contener la risa, pero el sonido se escapa de todos modos. Me está dando una serenata mientras orino, y la idea es tan ridícula, tan propia de Leonardo, que hace que mi boca se ensanche en una gran sonrisa. ¿Cómo es posible que un hombre que suele ser tan enojado y ruidoso se vea aún más intenso cuando canta?

Se da la vuelta mientras me lavo las manos. Sus ojos son feroces y parece estar listo para asaltar la habitación, por si acaso hay enemigos acechando detrás de la cortina de la ducha. Lo amo aún más por eso, por la forma en que se preocupa con todo su corazón. Su boca aún está abierta en plena canción, pero se convierte en una sonrisa cuando me ve.

Las horas parecen arrastrarse, estirándose largas y delgadas como las sombras que cubren la mansión, pero la sensación de que algo se acerca no se atenúa. Si acaso, se agudiza a medida que cae

la noche. La voz de Leonardo resuena por toda la casa, ladrando órdenes con una intensidad que casi ahoga mi miedo. Casi. Es tan ruidoso que me pregunto si está tratando de ahuyentar a nuestros atacantes por pura fuerza de volumen. Llegan más hombres, un flujo constante hasta que hay guardias apostados en todas partes. Oigo la voz rápida de Matteo crepitando a través de una radio, y Domenico y los demás aparecen como figuras oscuras que se deslizan por las pantallas de seguridad.

Incluso con toda esa seguridad, estoy agotada, tensa y ansiosa. No puedo comer, apenas puedo tragar un sorbo de agua. Leonardo se sienta conmigo en la cocina, su presencia constante, un consuelo aunque veo que la agitación crece en él. Recibe una llamada de Emilio, y oigo las palabras cortantes que intercambia con su hermano antes de dar más órdenes por la radio. Nos movemos a otra habitación, luego a otra, nunca quietos por mucho tiempo. Cada vez que Leonardo abre la boca, más hombres saltan a la acción, y empiezo a preguntarme cuánto tiempo más tendremos que esperar. La incertidumbre me corroe y busco su mano.

Finalmente, parecemos instalarnos en una habitación de la casa. Nos quedamos en un dormitorio trasero donde me asegura que es más seguro, pero incluso entonces, comprueba la cerradura e inspecciona todas las ventanas dos veces. Me encuentra acurrucada en la cama, con las rodillas pegadas al pecho, y su mirada es tan feroz y tierna que mi corazón se salta un latido. Olvido mi miedo por un momento y solo recuerdo a él, a nosotros, y lo atraigo para que se siente a mi lado.

—¿Y ahora qué? —pregunto, mi voz pequeña en el tenso silencio, pero la pregunta resuena lo suficientemente fuerte como para llenar la habitación. Él vacila, una sombra cruzando su rostro, antes de entregarme una pistola. Es fría y sólida en mis manos, un objeto ajeno que dejo sobre mi regazo.

—Ahora, esperamos.

28

Leonardo

Estoy de pie junto a las ventanas que van del suelo al techo, observando las puertas, esperando. Mis hombres están tensos, con las armas en la mano, escudriñando la oscuridad. Eleanor camina de un lado a otro, sus nervios ocultos tras los hombros rígidos y los puños apretados. No intento calmarla; ella no querría eso. En su lugar, simplemente me mantengo cerca.

—Vendrán pronto —murmuro.

Ella exhala, con los brazos envueltos alrededor de sí misma.

—Lo sé.

La enviaría lejos, pero no confío en nadie más con su vida. Está más segura a mi lado.

La casa está en silencio, excepto por el zumbido de la tensión. Flota en el aire, pesada y densa. Está en la forma en que mis hombres agarran sus armas. Está en el parpadeo de la luz contra las ventanas. Está en la frialdad de la mirada de Eleanor mientras observa la noche.

La mansión se siente como una jaula, el vidrio y el acero presionándonos, atrapándonos en un juego de espera. La anticipación es espesa y eléctrica mientras nos preparamos para un ataque que no ha llegado. El paso de Eleanor se acelera, sus botas

resonando contra el mármol. No se detendrá hasta que algo rompa este silencio. Hasta que la tormenta finalmente estalle.

—Ya deberían estar aquí —dice, y hay una grieta en su voz, un atisbo de miedo.

—Estamos listos —le digo. Sus ojos brillan.

—¿Lo estamos? —dice, con un filo agudo en sus palabras. Intento alcanzarla, pero ella se aleja, sus movimientos rígidos y controlados.

—Nada se nos escapa —insisto. Quiero atraerla hacia mí, prometerle que está a salvo, pero Eleanor no quiere promesas. Quiere acción.

Antes de que pueda hablar de nuevo, mi teléfono vibra en mi bolsillo. Reviso la pantalla. Número desconocido. Eleanor deja de caminar, observándome.

—¿Quién es? —pregunta, pero no respondo. Aún no. Tengo un mal presentimiento, una opresión en el estómago.

Deslizo para contestar la llamada.

—Rosetti —digo, pero hay silencio en la línea. Luego una voz, suave y burlona, con un marcado acento albanés.

—Tus hombres estaban vigilando la casa equivocada. —La voz resuena, cada palabra una bala. Me quedo helado. Todo se inclina, luego gira, luego se detiene por completo.

—¿De qué mierda estás hablando? —gruño, pero hay un vacío apoderándose de mí, un frío agujero en mi estómago que se extiende. El hombre solo se ríe en respuesta.

—La hermana de tu bonita esposa. Ahora es nuestra —se burla.

—Juliet —digo, mi voz hueca y distante, como si viniera de otra persona. Los ojos de Eleanor se ensanchan. El horror se derrama en ellos.

—La devolveremos entera después de que nuestro cargamento de rubíes nos sea devuelto. Una princesa invaluable por una caja de piedras. Me parece un trato justo. —Su voz es tranquila y fría.

Ya me estoy moviendo, dirigiéndome hacia la puerta, mi mente calculando, intentando darle sentido a todo. Pero la mirada de

Eleanor me detiene. Su terror es paralizante.

—¿Dónde está? —exijo. Mi voz es furia calmada.

—No necesitas preocuparte por eso. Todo lo que tienes que hacer es devolvernos nuestros rubíes, dejar de interferir en nuestros negocios con Price, y tu bonita esposa recuperará a su hermana — llega la respuesta, medida y arrogante. Sé que está sonriendo. Imbécil.

Me río, amarga y brevemente.

—Richard Price no hará negocios con ustedes después de que hayan secuestrado a su hija. —Mi mente da vueltas. Estoy perdiendo el control de la situación, y sé que Eleanor lo ve.

Es el turno del albanés de reír. *—Yo no estaría tan seguro de que valora a sus hijos más que a sus negocios.* —Miro a Eleanor. Ella ya lo ha descifrado. *—Mantén tu teléfono cerca para más instrucciones.* —La llamada se corta, dejándome en un silencio asfixiante.

—No —susurra Eleanor, sacudiendo la cabeza como si pudiera hacer desaparecer mis palabras. Quiero alcanzarla, consolarla, pero me mira como si fuera un extraño.

—Los albaneses atacaron la casa de tu padre en su lugar. —Intento mantener mi voz firme, pero la culpa es tanto mía como suya. Su respiración se entrecorta, aguda y dolorosa.

—Se la llevaron. —No es una pregunta, pero asiento, cada movimiento lento y deliberado. Las rodillas de Eleanor casi se doblan. Doy un paso adelante, listo para atraparla, pero ella me empuja, con furia y terror en sus ojos.

—Estábamos aquí —dice, su voz quebrándose—. Estábamos aquí jodidamente esperando, mientras ellos... —Golpea mi pecho con el puño, su ira convirtiéndose en algo salvaje, incontrolable—. ¡Deberíamos haber estado allí!

Dejo que me golpee. Lo acepto, porque estoy jodidamente de acuerdo.

—Pagarán por esto —digo, pero mis palabras no la alcanzan. Está demasiado lejos, sus emociones crudas y violentas. Me golpea de nuevo, sus puños un borrón de desesperación y rabia.

—Esto es mi culpa —llora, y es como si se estuviera deshaciendo, cada puntada de control soltándose—. ¡Es mi jodida culpa! Si no me hubiera metido con criminales, ella aún estaría a salvo. Si hubiera insistido en traerla conmigo antes...

—Eleanor —digo, agarrando sus muñecas, sujetándola contra mí. Ella lucha, pero no la suelto. Puedo sentir su corazón acelerado, sentir el temblor en su cuerpo—. Mírame —exijo, y sus ojos se fijan en los míos, llenos de lágrimas y furia—. La recuperaremos. —Mi voz es acero, cada palabra una promesa—. Cueste lo que cueste.

Ella deja de luchar, pero su cuerpo tiembla, derrumbándose sus últimas defensas. Presiono mi frente contra la suya, nuestras respiraciones chocando. —Te lo juro, la traeré de vuelta a casa —. Un instante de silencio, su respiración entrecortada, sus ojos fijos en los míos.

Entonces asiente, y es como si hubiera vuelto a la vida, una chispa reavivándose. No está rota. Todavía no.

Me giro hacia mis hombres, ya ladrando órdenes. —Cada puto contacto, cada casa de seguridad, cada bastardo albanés en esta ciudad... quiero que los encuentren.

La casa estalla en un caos controlado. Se cargan armas, suenan teléfonos, las voces se superponen en una urgencia creciente.

Eleanor se limpia la cara, transformando su dolor en algo afilado, algo letal. —Voy a recuperarla, Leonardo —. Su voz es clara, desafiante.

El aire nocturno vibra con violencia. Las puertas se abren y los hombres salen en tropel, cada uno listo para la tormenta que se avecina. Esperábamos una batalla esta noche, pero no esta. Y ahora... se derramará sangre.

Nuestra guerra acaba de volverse personal.

Eleanor

La mansión resuena con ruido. Las puertas del perímetro están abiertas y los SUV entran volando. Los hombres gritan por teléfono, intercambiando amenazas, promesas y violencia. Enjambran como abejas, ebrios de adrenalina y con los aguijones fuera. Leonardo está en el centro. Su cabello es un shock de rojo oscuro, y se truena los nudillos mientras ladra órdenes, sin parar para respirar, solo mordiendo maldiciones y soltándolas de nuevo. Mi pulso es un tren bala en mis oídos. Nadie me mira. Deberían. Estoy a punto de hacer algo imperdonable.

El rostro de Juliet llena mi mente, suave y aterrorizado. Me impulsa, y doy un paso adelante. Mis piernas son de madera. Mi corazón es un martillo neumático.

—Necesito aire —mi voz es humo, delgada y ahogada entre tantos gritos—. No puedo pensar. Solo... dame diez minutos.

Leonardo me mira de reojo, avellana salvaje encontrándose con nervios salvajes. Su atención se desvía igual de rápido.

—Bien. No te alejes demasiado —la amenaza inmediata hacia mí ha desaparecido, así que me deja alejarme más de él.

—No lo haré —mentira número uno. Mi mano se mueve rápida, veloz como una serpiente hacia su bolsillo, y le robo el teléfono. El que tiene los datos de contacto de los albaneses. El que podría

hacer que maten a Juliet si no hago esto bien. Estoy temblando, un desastre de dudas y nervios—. Volveré pronto —digo, ya alejándome. Mentira número dos.

No me ve. No realmente. Nadie lo hace. Me escabullo de la habitación, del ruido, y entro al frío pasillo. Mis pasos resuenan en el mármol y el cristal. No tengo mucho tiempo. Llego al garaje, sin aliento y aterrorizada. Hay un coche allí, con las llaves en el encendido, esperando. Abro la puerta y dudo. Sabrán lo que he hecho. Me perseguirán, y Leonardo nunca me dejará ir. Pienso en Juliet de nuevo, su voz un eco suave y asustado.

—Ojalá no tuvieras que hacer esto por mí.

Mis manos están tan apretadas que duelen. Cierro la puerta de golpe y arranco el motor. El sonido rebota en las paredes, y espero que el mundo se derrumbe.

No lo hace. Salgo, acelerando a través de las puertas abiertas y hacia la noche. Manhattan se desdibuja a mi alrededor, luces y sombras y largas calles que se extienden en la distancia. No sé adónde voy, pero sé lo que hay que hacer.

Mis ojos se desvían al espejo retrovisor. Están detrás de mí. Faros, brillantes y acusadores, persiguiéndome. Mi pulso está en todas partes: en mi garganta, mi pecho, mis manos agarrando el volante. El teléfono robado de Leonardo vibra y el nombre de Domenico aparece en la pantalla. No contesto. Probablemente sea Leonardo. Doy un giro brusco, y otro, y luego abandono el coche. Camino rápido, mis piernas moviéndose demasiado lentas para mi pánico, dirigiéndome hacia el club más cercano, que no es propiedad de los Rosetti. Necesito perder a los hombres que me siguen.

La fila es larga, abarrotada. Me mezclo, invisible. Mi cabeza está baja. Mi corazón está arriba, demasiado alto, un bulto crudo de ansiedad en mi garganta. Los hombres de Leonardo están cerca. Puedo sentirlo, sentirlos acercándose, cazándome como una manada de lobos. Pero necesito hacer esto. Por Juliet. Por mí. Mi respiración se entrecorta mientras busco a alguien que pueda usar, alguien en quien pueda confiar, cualquiera que pueda mantenerme escondida.

Entonces lo veo. Enzo.

Es uno de los contactos lejanos de Leonardo. Me ve, y la confusión ilumina su rostro. Me muevo antes de que pueda delatarme, abriéndome paso entre la multitud, directo hacia él. No será seguro por mucho tiempo, pero ahora mismo, es mi única opción.

—Finge que estamos juntos —estoy desesperada, sin aliento, las palabras saliendo como una súplica—. Los albaneses me están buscando —no puedo decirle que estoy huyendo de Leonardo o me entregará.

Sus cejas se disparan.

—Jesús, Eleanor.

—Por favor —digo, agarrando su brazo.

No duda. Me rodea con un brazo, protegiéndome, y mi alivio es tan fuerte como mi miedo. Caminamos juntos, rápido, como amantes escabulléndose. Leonardo me matará por esto. Me matará por irme, por arriesgarlo todo. Por tocar a otro hombre.

Dentro del club, el sonido me golpea como un puñetazo. Es demasiado ruidoso, demasiado caótico. No lo suficientemente ruidoso para ahogar mis dudas. Mi pánico. El agarre de Enzo es fuerte, pero ya me estoy zafando. Corriendo hacia los baños, el teléfono apretado en mi mano.

Leonardo nunca me perdonará. Nunca perdonará esto.

Empujo la puerta y encuentro el último número, el que los albaneses usaron para llamar. Marco, con las manos resbaladizas de sudor y nervios.

Un hombre contesta. Puedo oír la sonrisa en su voz.

—Eso fue rápido, Rosetti.

—No, soy yo. Eleanor.

—Ah, la bella esposa —dice, sonando divertido—. ¿Estás llamando para suplicar por la vida de tu hermana? Realmente no hay necesidad —ambos sabemos que es una mentira. Ambos sabemos qué tipo de hombre es. No la dejará ir, no cuando puede usarla para

manipular a los Rosetti—. Solo dile a tu marido que entregue los rubíes y devolveré a tu hermana.

Ya he jugado este juego antes. Lo conozco demasiado bien. No dejará ir a Juliet, no después de que descubra lo valiosa que es, no con la ventaja que le da. Verá lo que vale y lo que estoy dispuesta a sacrificar por ella. Una poderosa moneda de cambio.

—Propongo un trato —intento sonar segura en lugar de temblorosa y desesperada.

Él se ríe, como si mi pánico fuera una diversión.

—Continúa.

—Juliet por mí —digo, con la voz quebrándose bajo el peso de mis palabras—. Iré voluntariamente. Tú la dejas ir. Yo salvo a mi hermana y tú obtienes a la rehén más valiosa. Todos ganan.

La línea queda en silencio, apuñalándome con la duda. No puedo respirar. No puedo pensar. El mundo está desapareciendo en negro alrededor de los bordes. Contengo la respiración hasta que duele, esperando su respuesta.

Finalmente, dice:

—De acuerdo. Ven sola —me da una dirección y luego la línea se corta.

Estoy temblando. Mi corazón es una cosa salvaje y enjaulada, y sé lo que tengo que hacer. Sé que Leonardo me odiará por esto. Pero estoy salvando a Juliet, y eso lo vale. Eso lo es todo.

Me escabullo del club, hacia la noche. Dirigiéndome hacia la guarida del diablo.

El almacén es un montón de metal oxidado, agazapado en los muelles, oliendo a gasolina y sal. Las puertas están cerradas, pero sé que están observando. Sé que esto es todo. No hay vuelta atrás. Mis palmas están resbaladizas, mi pulso demasiado fuerte. El viento

se levanta, enredando mi cabello mientras estoy de pie al descubierto, expuesta. Podrían hacer cualquier cosa. Nadie escucharía y a nadie le importaría. Ya estoy atrapada.

El rostro de Juliet cruza por mi mente y lo aparto. Aparto todo excepto el sonido de mis zapatos sobre el pavimento. Cada paso se siente pesado, como si pudiera ser el último, como si esto fuera un error y debiera dar la vuelta ahora, mientras aún tengo la oportunidad.

Un hombre sale de las sombras y sigo caminando, sigo moviéndome, hasta que estoy de pie frente a él.

—Justo a tiempo —dice, mirándome de arriba abajo.

Es delgado y cruel, un lobo en vaqueros de diseñador. El tipo de depredador que juega con su presa antes de ir a matar. Cuidadoso, calculador, despiadado. Me mira fijamente, disfrutando de mi miedo. Sus ojos oscuros brillan con diversión mientras espera a que me quiebre.

Llama detrás de él, una orden brusca.

Se me corta la respiración. Juliet avanza tambaleándose, empujada por otro hombre. Mi corazón da un vuelco. Está viva y es real. Está temblando, sus muñecas en carne viva y enrojecidas, sus ojos abiertos de terror. Encuentran los míos, fijándose, aferrándose, y quiero gritar que todo estará bien, que tengo esto bajo control, que no acabo de arruinarlo todo al cruzar esas puertas.

—Ellie —comienza, con la voz temblorosa, todo su cuerpo temblando, y me cuesta todo lo que tengo no derrumbarme.

No puedo dejar que me quiebre. No puedo dejar que lo vean.

—Está bien —digo. La mentira es tan grande que casi me ahogo con ella. Levanto la barbilla, tratando de sonar segura—. Déjala ir.

El hombre me sonríe con suficiencia, como si fuera un juguete nuevo y brillante que no puede esperar para desenvolver.

—Ya la oíste —le dice al otro hombre.

Este es mayor, más duro. Sus ojos son negros como balas. Es el que da las órdenes. Me mira, luego a Juliet, y luego hace un gesto con la cabeza.

—Vete —dice, aburrido.

Juliet niega con la cabeza. Todo su cuerpo grita en contra.

—No —dice—, no, no te voy a dejar —hay lágrimas en sus ojos, haciéndolos brillantes y salvajes e imposiblemente grandes en su rostro pálido y aterrorizado. Se ve tan joven. Demasiado joven para estar aquí, demasiado joven para tener algo que ver con esto.

—Hazlo —gruñe el hombre, con una advertencia en su voz. Del tipo que dice que no lo repetirá.

Me apresuro hacia adelante, con las manos en los hombros de mi hermana. Mi agarre es fuerte y ella se estremece. Lo siento, quiero decirle. Te amo, quiero decir. Hice esto por ti, y espero que lo sepas, espero que lo entiendas. No digo nada de eso.

—Tienes que irte —le digo, en voz baja y firme—. Sal de aquí. Encuentra a Leonardo. Él arreglará esto.

—Ellie... —su voz se quiebra y me mira con una desesperación que no puedo soportar. Mis ojos arden, pero no dejo caer las lágrimas. Soy fría. Soy inquebrantable. Ahora soy una Rosetti.

El hombre detrás de ella le da un empujón. Ella tropieza hacia la salida, volviéndose y extendiéndome la mano por un momento, y luego desaparece.

La puerta se cierra de golpe detrás de ella con un estruendo que sacude las paredes. Mi corazón es el único sonido.

El hombre me mira como si fuera un insecto que pudiera aplastar. Yo le devuelvo la mirada como si no fuera aterrador.

—¿Y ahora qué? —pregunto, cuando finalmente puedo respirar, cuando el silencio se vuelve demasiado grande.

Sonríe, pero no hay humor en ello. Solo dientes.

—¿Ahora? —dice, acercándose—. Ahora nos perteneces.

Hay otro hombre detrás de él, luego otro. Estoy rodeada, pero mantengo la espalda recta, la cabeza en alto. Son más grandes que yo, más fuertes, pero no tienen idea de con qué se han metido. He sido intercambiada así antes. Al menos esta vez fue mi elección. Al menos esta vez sé en lo que me estoy metiendo.

—Valiente, venir aquí —reflexiona, agarrando mi barbilla, inclinando mi rostro hacia arriba para que tenga que encontrarme con sus ojos—. O jodidamente estúpida.

El teléfono de Leonardo vibra en mi bolsillo, sobresaltándome. Él intenta alcanzarlo, pero yo soy más rápida. Veloz como una serpiente. Presiono el botón de responder y grito a la línea. —Estoy en los muelles. Un almacén. ¡Apresúrense! —No sé si me escuchan. El hombre me lo arranca de la mano y cae al suelo, el sonido metálico mientras un mensaje grabado suena desde el altavoz invitándome a completar una encuesta.

Lo he hecho. Realmente lo he hecho. No hay Leonardo apareciendo para salvarme en el último minuto. No he logrado nada más que enfurecer a este albanés.

—Átala —ordena.

Unas manos me agarran, magullando mis brazos, retorciendo cuerdas alrededor de mis muñecas hasta que no puedo sentir nada más que la sangre latiendo en mis venas. Mi pulso es demasiado fuerte. Mi respiración demasiado rápida. Me concentro en lo único que importa.

Juliet está a salvo.

Me empujan al suelo con fuerza y caigo de rodillas. El dolor florece, sordo y cálido, y mi mundo se reduce a eso. Dolor y oscuridad y miedo. Pero no grito. No les doy ese gusto. Permanezco en silencio, respirando, y respirando, y respirando.

El hombre se agacha frente a mí. —¿Qué creías que iba a pasar? —pregunta. Saboreo la sangre en mi labio.

—Exactamente esto —digo, dejándola gotear, dejándola ver.

Me da una palmada en la mejilla, y el ardor se extiende por mi cara. —Deberías haberte mantenido alejada.

Están todos a mi alrededor. Sombras y cuerpos. El olor a gasolina es espeso y asfixiante. Cierro los ojos con fuerza y no les dejo ver nada. La oscuridad se vuelve más oscura.

Se acercan.

30

Leonardo

Se ha llevado mi teléfono y ha robado un coche. Eleanor jodidamente se llevó mi teléfono y se marchó sola, y estoy perdiendo la maldita cabeza. ¿En qué demonios está pensando? ¿Qué planea hacer solo con mi teléfono y un maldito SUV? ¿Va a enfrentarse sola a los albaneses?

Echo un vistazo al teléfono de Carmela, del que me he apropiado. Nada de Emilio. Nada de Leo. Nada de los hombres de papá. Nadie la ha encontrado.

Ni llamadas, ni malditos mensajes. Sé que está asustada por Juliet, pero ¿esto? Esto es una puta temeridad.

La mansión se siente como un desierto, un páramo vacío e impersonal. El suelo hace eco bajo mis pies inquietos. Nadie sabe dónde está. Voy a matarla por esto si no pierdo la cabeza primero.

La mitad del bajo mundo de Nueva York está en una búsqueda frenética de Eleanor Price, y aún nadie ha dado con ella. He desviado a casi todos de la búsqueda de Juliet para buscar a Eleanor antes de que haga algo que la mate. He sacado hombres del ring de peleas, de los muelles, del propio Il Lusso, y aun así, ni un solo susurro de dónde demonios está.

Estoy perdiendo la paciencia con estos inútiles bastardos tan rápido como la estoy perdiendo con Eleanor. En cuanto esté a salvo,

juro por Dios que voy a rodear ese pequeño cuello terco con mis manos. Voy a matarla tan pronto como la tenga a salvo en mis brazos de nuevo. La espera me está matando, y Eleanor va a pagar por cada maldito segundo.

Dejo de pasear el tiempo suficiente para golpear una pared cercana por frustración. Nada. He dicho a los hombres que me llamen primero al número de Carmela, sin importar qué. Necesito ser el primero en saber que está a salvo. Necesito ser el primero en verla. Necesito ser el primero en...

Nada. Ni una llamada. Ni un mensaje. Nada.

Han pasado cuarenta minutos. Cuarenta minutos desde que esa mujer me pilló desprevenido. Desde que se marchó sin dejar rastro y dejó toda mi vida en el caos. Ni siquiera sé por qué los guardias la dejaron salir por la puerta principal, pero sé con certeza que lo lamentarán. Cuanto más tiempo estoy aquí, más listo estoy para destrozar este lugar y a todos los que están dentro si ella no vuelve pronto.

Debería haberla atado a la cama. Debería haberla atado a mi maldito lado.

Empiezo a pasear de nuevo, furioso conmigo mismo por dejarla pensar por un segundo que no tengo esto bajo control. No confió en mí para manejarlo. Ni siquiera confió en mí para proteger a su hermana. ¿Cree que estoy aquí pajeándome mientras ella está ahí fuera enfrentándose a todo el cartel albanés con nada más que un coche y un teléfono? Si no regresa pronto, voy a...

La puerta se abre de golpe. Juliet irrumpe por las grandes puertas de la mansión con el pelo enmarañado y los ojos abiertos de pánico. Su vestido está roto en el hombro, la tela fina manchada y colgando suelta alrededor de su cuerpo tembloroso. Se ve terrible. Su piel pálida está manchada de tierra, sus mejillas hundidas. Los hombres de Rosetti la flanquean como una escolta militar harapienta. Una fea marca roja se ve en la piel de sus muñecas. Su pánico se derrama en un grito incontrolado y sin aliento.

—¡Leonardo!

Su voz hace eco en el vestíbulo, y al instante, un escalofrío me recorre las venas. ¿Cómo demonios se liberó Juliet?

—Una de nuestras patrullas la recogió cerca de los muelles —me informa un guardia.

Lo ignoro y me dirijo directamente a Juliet.

—¿Dónde está mi esposa? —exijo lentamente.

Juliet se desploma de rodillas, su respiración entrecortada en bocanadas desesperadas y frenéticas.

—Eleanor —jadea, sus manos agitándose en el aire como si buscara las palabras correctas—. Ella... se intercambió por mí. Los albaneses me tenían, y ella simplemente apareció y dijo que podían tenerla a ella si ellos...

—Te pregunté dónde —mi voz corta su pánico, afilada y mortalmente tranquila.

—En un almacén en Hunts Point —sus palabras me golpean como un puño, y salgo disparado pasando junto a ella, mi corazón un tambor furioso.

—Vienes conmigo —mis pies apenas tocan el suelo mientras recorro el largo y vacío pasillo, el eco de mis pasos un pulso acelerado en mis oídos. Ladro órdenes, mi voz resonando en el frío mármol. Los hombres de Rosetti entran en acción, con las armas desenfundadas, siguiéndome como una tormenta de trajes negros mientras nos amontonamos en los SUV. El viaje al almacén es un borrón, mis nudillos blancos alrededor de la empuñadura de mi arma.

¿Qué ha hecho Eleanor? ¿Por qué necesita martirizarse todo el maldito tiempo? ¿Por qué no puede quedarse en un lugar cuando se le dice y mantenerse a salvo?

Rompió todas las malditas reglas. Mintió. Huyó. Dejó que los jodidos albaneses la tocaran. ¿Y ahora? Ahora está en sus manos.

Para cuando llegamos a los muelles, estoy vibrando con una violencia apenas contenida. El almacén está silencioso, demasiado silencioso. Mala señal, joder. Hago una señal a mis hombres, y nos desplegamos, moviéndonos en silenciosa coordinación. Dos guardias

afuera, aficionados. Me encargo del primero yo mismo, una hoja en la garganta antes de que pueda hacer un sonido. El segundo apenas tiene tiempo de alcanzar su arma antes de que Matteo le meta una bala silenciada entre los ojos.

Nos deslizamos dentro por una entrada lateral, las sombras nos engullen por completo. El aire apesta a aceite, sangre y sudor. Mi latido es un tambor constante, pero mi pulso es fuego, ardiendo a través de mis venas.

Los oigo antes de verlos: voces bajas, el arrastre de una silla. Y luego Eleanor.

—Al menos ofréceme una taza de té —dice, sonando elegante como la mierda.

Sus rodillas están raspadas, con parches de piel en carne viva contra el suelo sucio. Hay sangre en sus manos, más que de los rasguños, como si hubiera luchado para salir de algún lugar solo para terminar aquí. Debe haberles dado un infierno. Su vestido, una cosa turquesa y brillante que le había visto esta misma mañana, está rasgado en el dobladillo y manchado con puntos carmesí. Está descalza y sucia, pero sus ojos son fuego glacial, negándose a mostrar ni un ápice de derrota. Pensaron que podían quebrarla. No conocen a Eleanor.

Está de pie, rígida, con el rostro alzado en desafío, mientras ese maldito albanés le sostiene la barbilla entre los dedos como si fuera una especie de trofeo. Algo primario se rompe dentro de mí.

Sin vacilación. Levanto mi arma y le meto una bala en el cráneo. El caos estalla. En el segundo en que su cuerpo golpea el suelo, sus hombres se apresuran a buscar armas, pero somos más rápidos. El aire explota con disparos, gritos y el sonido húmedo de los cuerpos golpeando el concreto. Me muevo a través de todo, como un depredador desatado, eliminando a cualquiera que se interponga en mi camino. Una bala me roza el brazo, el ardor apenas se registra a través de la neblina roja en mi mente. Uno por uno, caen, la sangre salpicando las paredes, acumulándose en el suelo. Sigo avanzando hacia ella.

Ella sigue allí de pie, congelada, con sus ojos muy abiertos fijos en mí.

—Eleanor —gruño, pasando por encima de un cuerpo.

Sus labios se separan como si quisiera decir algo, pero entonces una figura se abalanza desde un lado: un último albanés desesperado. Mis instintos toman el control. Agarro al cabrón por la garganta, lo estrello contra la pared y le meto una bala en el estómago, dejándolo deslizarse hasta el suelo hecho un ovillo.

Entonces, finalmente, llego hasta ella.

Mis manos están sobre ella en el momento en que estoy lo suficientemente cerca para tocarla. Son frenéticas, y me importa una mierda si ella lo sabe. Estoy buscando heridas, moretones, cualquier señal de que esos bastardos la lastimaron de alguna manera. Aprieto sus brazos —demasiado fuerte, demasiado desesperado— buscando algo que pudiera estar roto. Esos bastardos la tocaron, esos hijos de puta pusieron sus manos sobre mi esposa, y les haré pagar mil veces más si está herida. Me llevaré sus vidas, sus familias y quemaré todo su maldito mundo si le dejaron una sola marca.

Mi mente es un borrón de rabia y pánico. Su vestido está resbaladizo, pero no puedo decir si es su sangre, si se está desangrando frente a mí mientras estoy aquí parado con mis inútiles manos. Su piel está pálida —demasiado pálida— y manchada de suciedad. Su cabello es un desastre, y quiero envolverla toda en mis brazos, protegerla del mundo, pero primero necesito saber que está bien. Necesito saber que está entera.

No llegué a tiempo. No los detuve antes de que se la llevaran y la ataran y la dejaran viéndose así. No la protegí, maldita sea.

Mi pecho está tan apretado que no puedo respirar. Sus ojos siguen fijos en los míos, y no puedo leerlos, no puedo mirar lo suficientemente profundo para encontrar la respuesta que estoy muriendo por obtener. ¿Por qué no puede decir algo, darme aunque sea una palabra para saber que todavía está aquí conmigo? Me estoy volviendo loco tratando de ver si está bien, y todo lo que tengo es silencio.

No puedo soportarlo.

—¿Estás bien? —Mi voz es afilada, bordeada de miedo.

Ella parpadea, traga saliva con dificultad. —Viniste —susurra.

Tomo su rostro entre mis manos, mi pulgar limpiando una mancha de sangre que no es suya de su mejilla. —Por supuesto que vine, maldita sea. —Las palabras son demasiado crudas, demasiado cercanas a algo que no quiero nombrar.

Ella me mira fijamente, su pecho subiendo y bajando demasiado rápido, sus ojos buscando los míos en busca de seguridad. —Estaba tan asustada de que no llegaras a tiempo —admite, su voz quebrándose ligeramente.

Sostengo su mirada con firmeza. —Nunca dejaría que te pasara nada. Ni ahora, ni nunca.

Su agarre se aprieta en mi chaqueta, y entonces, sin previo aviso, se lanza hacia adelante, presionando su rostro contra mi pecho. Sin llorar, sin hablar, solo aferrándose.

La rodeo con mis brazos, más fuerte de lo que debería, atrayendo su delicado y tembloroso cuerpo contra mí. Sus temblores envían una sacudida de ira, alivio y necesidad a través de mi propio cuerpo, el miedo de que no se mantenga entera haciendo que mi agarre sea aún más fuerte. Puedo sentir el rápido y frenético ritmo de su corazón contra mi pecho, el acelerado subir y bajar de su respiración contra mí. Pero está aquí. Es carne y sangre bajo mi tacto, y es real.

Dios, la necesito. La necesito más que al aire, más que cualquier otra cosa que esta vida pueda ofrecer, y no me importa que ella lo sepa.

Me empapo de su aroma, su calor, el enredo salvaje de su cabello. La idea de nunca volver a abrazarla así me había destrozado. No puedo mantener el borde de pánico fuera de mi voz mientras la sostengo, mientras dejo que ocupe cada último rincón de mi mundo.

—Estás a salvo ahora —murmuro suavemente en su cabello. La dejo estar ahí, simplemente aferrándose a mí. La dejo, porque es

mía. Y cualquiera que intente quitármela de nuevo morirá, maldita sea.

31

Eleanor

Me siento en el borde de la enorme cama en la habitación de Leonardo, con las manos apretadas sobre mi regazo. Juliet está a salvo, durmiendo en la habitación de al lado, pero no puedo relajarme. Mi vestido está arruinado, rasgado y manchado, y mi cuerpo me duele en lugares que antes no había notado. La adrenalina hace mucho que desapareció, dejando solo agotamiento y el peso de lo que he hecho presionándome.

Después de que Leonardo me rescatara del almacén, cuando la adrenalina se enfrió y mi temblor se detuvo, fue dolorosamente gentil. Envolvió sus brazos alrededor de mí y acunó mi cuerpo maltratado, con cuidado de cada moretón y rasguño. Su tacto era increíblemente tierno, sosteniéndome cerca en el asiento trasero de una SUV durante el viaje de regreso a casa. Sus labios presionados contra mi cabello, su calor envolviéndome, haciéndome sentir más segura de lo que jamás había imaginado posible. El alivio fue abrumador, una inundación de emociones que me hizo desplomarme contra él por el agotamiento. Me aferré a él mientras el coche atravesaba velozmente la ciudad, dejando atrás el miedo y los escombros, pensando que tal vez, solo tal vez, había hecho lo correcto.

Pero tan pronto como llegamos a la mansión, todo cambió. No se apartó de mi lado, pero se retrajo, reemplazando sus suaves arrullos con un pesado silencio.

Conozco demasiado bien a Leonardo, y sé lo que significa ese silencio. Su ira está hirviendo a fuego lento, un cable vivo entre nosotros, y sé que está dirigida directamente hacia mí. No debería esperar nada más después de lo que hice, después de las decisiones que tomé. Traicioné su confianza, fui en contra de todo lo que me exigió, y ahora las consecuencias vienen como un tren de carga.

Rompí sus reglas. Las tres. Le mentí. Huí de él. Toqué a otro hombre, aunque solo fuera para hacer el intercambio, intentando hacer lo que fuera para mantener a Juliet a salvo. La imagen de ese intercambio está grabada en mi mente, el miedo en mi estómago cuando pensé que podría ser el final para mí. Tiemblo, sabiendo lo furioso que debe estar Leonardo. Merezco lo que sea que venga a continuación.

Leonardo se cierne en la entrada de nuestra habitación, con los puños apretados y la mandíbula tensa. Su respiración es pesada e irregular, como si apenas pudiera contenerse.

—Rompiste todas las malditas reglas, Eleanor —dice finalmente, su voz un gruñido bajo y peligroso que me hace estremecer—. ¿Cómo lograste pasar a mis guardias? ¿Les lanzaste una sonrisa y simplemente te fuiste conduciendo?

Se acerca pisando fuerte hacia mí, la furia emanando de él en oleadas. Abro la boca para hablar, para explicar, pero no me da la oportunidad.

Sus ojos llamean mientras camina de un lado a otro. —Tenía a todos buscándote. ¿Entiendes eso? —espeta, volviéndose hacia mí con fuego en sus ojos avellana—. Tenía a mis hombres por toda la ciudad buscando a Juliet. Pero tú los hiciste perseguirte a ti en su lugar, los sacaste del rastro. —Hace una pausa, y por un momento, veo algo más que ira en su rostro. El más mínimo destello de algo crudo y desprotegido—. La pusiste en aún más peligro con tu pequeña hazaña. ¿Lo sabes, verdad? Por tu culpa, tuve que

llamarlos de vuelta cuando estaban a punto de encontrarla. —Las palabras me golpean, cada una como un golpe. Me siento más pequeña con cada acusación que me lanza, cada verdad que no puedo negar.

Lucho por encontrar algo que decir, cualquier cosa que pueda penetrar, mi voz temblando. —Pensé que... —empiezo, pero me interrumpe, la fuerza de su ira llenando la habitación.

—¿Pensaste en algo? —grita, su temperamento finalmente rompiendo su control—. ¿O simplemente no te importa lo que cueste conseguir lo que quieres? No es de extrañar que estuvieras dispuesta a hacer el intercambio. Eres igual que tu padre. —Las palabras me atraviesan, más dolorosas que cualquier cosa que pudiera haber hecho. Me quedo ahí, sintiendo el peso de mi fracaso, la verdad de su acusación.

Pero no puedo arrepentirme, porque Juliet está a salvo en la habitación de al lado, lejos de los albaneses, lejos de mi padre.

Pero también soy la razón por la que Leonardo me mira como si fuera el enemigo. El silencio se extiende entre nosotros, espeso y sofocante.

Finalmente encuentro la fuerza para romper el silencio. —Puedes divorciarte de mí —digo, forzando cada palabra aunque una parte de mí siente que me romperé en el proceso. Mi voz es tranquila pero inflexible, la convicción empujando a través del agotamiento—. Rompí todas las reglas que me diste. Ya no tienes que quedarte conmigo. —Las palabras saben amargas, y lucho contra el aguijón del arrepentimiento, el pensamiento de que he perdido más de lo que pretendía.

Él levanta ligeramente la cabeza, y por un segundo, pienso que no va a responder, que se va a alejar y dejarme aquí ahogándome en esta incertidumbre. Entonces se gira.

La mirada en sus ojos me envía un escalofrío por la columna. Oscura. Furiosa. Posesiva.

Camina hacia mí, lento y deliberado. Me preparo para lo peor, para que me abandone y lo haga definitivo. Pero se detiene justo

frente a donde estoy sentada, tan cerca que puedo sentir el calor que emana de él, y no puedo respirar. Sus dedos se curvan bajo mi barbilla, inclinando mi rostro hacia el suyo. —¿Crees que así es como funciona esto? —Su voz es baja, peligrosa, una tormenta a punto de estallar—. ¿Crees que puedes romper mis reglas, intercambiarte a ti misma como una especie de mártir, y luego simplemente marcharte?

Trago saliva con dificultad, mi pulso latiendo en mi garganta. —Yo...

—No. —La palabra es definitiva, cortante. Me estremezco bajo su peso. Él baja la mano y retrocede un paso, pasando una mano áspera por su salvaje cabello rojo oscuro—. Eres mía, Eleanor. Eso no ha cambiado. —Su mandíbula se tensa—. Nunca va a cambiar.

Algo se quiebra dentro de mí. —Yo... pensé que ya no me querrías.

Sus ojos destellan. —¿Ya no quererte? —Niega con la cabeza, un suspiro brusco e incrédulo escapando de sus labios—. Casi pierdo la maldita cabeza esta noche. ¿Tienes alguna idea de cómo fue enterarme de que te habías ido? ¿Saber que estabas en sus manos?

Abro la boca, pero no me deja hablar.

—Te diré cómo fue. —Su voz se vuelve más baja, más áspera—. Se sintió como si alguien me pusiera una pistola en el pecho y apretara el gatillo. Una y otra vez.

Lo miro fijamente, con la respiración entrecortada. Esto... esto es diferente. No es solo posesividad. No es solo control. Es algo más profundo.

—No me importa cuántas reglas rompas —dice. Cada palabra es un golpe, pero debajo de la furia, debajo de la indignación, oigo algo crudo y vulnerable—. No me importa cuánto me desafíes, cuánto creas que puedes empujarme para que te deje ir. —La desesperación en su voz hace que mi corazón golpee contra mis costillas. Sacudo la cabeza, tratando de entender lo que me está diciendo, pero él no se detiene—. Eres mía, Eleanor. Y eso significa que no puedes lanzarte a los lobos y pensar que me quedaré mirando cómo sucede. No puedes decidir que eres prescindible.

Se acerca de nuevo, más lento esta vez. Con propósito. Obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás para mantener su mirada. Su voz se endurece mientras se cierne sobre mí.

—No para ellos. Y seguro que no para mí. —Sus palabras se graban en mí, cada una desenredando el miedo que he estado guardando dentro, el miedo de que hubiera terminado conmigo, de que lo hubiera empujado demasiado lejos.

No estoy acostumbrada a que alguien me desee de esta manera, y me roba el aliento de los pulmones. Mis ojos arden, y odio sentir que voy a llorar, pero es demasiado. El peso de todo lo que he hecho, todo lo que casi perdí.

Apenas puedo pronunciar las palabras.

—Solo quería salvar a Juliet. —Mi voz es pequeña, vacilante bajo su mirada implacable.

Exhala bruscamente, como si hubiera perdido el punto por completo.

—Lo sé. —Un momento de silencio—. Pero la próxima vez, no lo haces sola. —Se arrodilla frente a mí, sin romper el contacto visual, y el mundo se inclina. Sus dedos se enroscan alrededor de mi muñeca, cálidos y firmes, anclándome en mi lugar—. No huyes de mí, Eleanor. Corres hacia mí.

Algo en mi pecho se aprieta, se retuerce. ¿Cómo está pasando esto? ¿Cómo estoy sentada aquí, escuchándolo decir estas cosas, sintiendo un destello de esperanza donde pensé que no quedaba nada? Incluso ahora, después de la forma en que lo he desafiado, la forma en que he cuestionado todo entre nosotros, Leonardo sigue aquí. Inquebrantable. Asiento, apenas confiando en mí misma para hablar.

—Bien —murmura. La palabra es una promesa, como si hubiera escuchado todo lo que no puedo decir. Su mirada me atraviesa, una mirada larga y escrutadora que me deja sin aliento. Luego levanta mi mano. Sus labios rozan mis nudillos, el toque más suave en contraste con el acero en su mirada. Mi respiración se entrecorta, y

por un momento, todo el mundo se reduce a esa única e inesperada ternura.

—Porque no vas a librarte de mí. —Cada palabra pulsa con certeza, la fuerza de su juramento—. Ni ahora. Ni nunca.

32

Leonardo

El amanecer gris se filtra por la ventana. Tiñe las paredes, serpenteando por la habitación, enroscándose en los rincones donde las palabras de Eleanor me persiguen más. *Actúas como si ya fuera de tu propiedad.* Lo dijo en nuestra noche de bodas, y lo ha repetido cien veces desde entonces, de diferentes maneras.

Ella nunca quiso esto. Nunca me quiso a mí. Su padre se lo impuso, y yo continué su buena labor, actuando como su maldito segundo al mando. Enjaulándola, controlándola, tratándola como una propiedad.

Anoche, me ofreció el divorcio porque pensaba que yo no la quería. La rechacé, por supuesto, pero eso no es lo mismo que liberarla. Es lo opuesto. Es mantenerla cerca.

Pasé la noche duro como una piedra, mi polla sin entender el mensaje de que ella necesitaba descansar y recuperarse de sus heridas. La deseaba con una urgencia que me asusta. Me cuesta todo mi autocontrol no poner mis manos sobre ella, mi mente dando vueltas de necesidad.

Ni siquiera se inmuta cuando me levanto de la cama, cuando camino de un lado a otro, luchando con esto que llevo dentro. Quiero protegerla. Quiero retenerla. Pero esa no es mi decisión. Mi sangre está demasiado caliente para pensar con claridad, y ni

siquiera puedo tocarla sin preocuparme de que se aleje. La miro fijamente, y estoy perdido. Enjaulado por mi propia obsesión. Observarla así, con el estómago hecho un nudo, el pulso descontrolado... esto no es a lo que estoy acostumbrado. Esta desesperación desgarradora y corrosiva de proteger, de abrazar, de poseer.

Toco su rostro y se mueve. Soy un cobarde por lo que tengo que hacer, y nunca he temido nada tanto como su respuesta.

Dejarla ir debería ser fácil, pero mi cuerpo grita que es la decisión equivocada. La cama cruje cuando me siento en ella, pero apenas lo noto por encima del rugido en mi cabeza. Quiero destrozar cosas, golpear paredes, romper cualquier cosa que no sea ella, pero aquí no hay pelea, no realmente. No una que pueda ganar. Su cabello se extiende sobre la almohada, castaño suave contra el blanco. Su respiración es profunda, constante. La mía no. La mía es irregular y áspera, saliendo en jadeos y maldiciones. ¿Cómo dejé que llegara tan lejos? Ella necesita tiempo, distancia. No un Rosetti de sangre caliente arruinando su vida. Y definitivamente no yo, clavándola en esta cama como quiero, como necesito.

Me arden los ojos. No he dormido nada. Solo me he quedado aquí como un maldito cobarde, mirándola en la oscuridad, contando sus respiraciones, contando las mías. Preguntándome cuánto tiempo nos queda antes de que todo explote. Ahora se ve tan pacífica, casi frágil.

Pero ahora es de mañana, y se me han acabado las excusas.

Su brazo descansa sobre su estómago, un vendaje asomando por debajo de su camiseta. Se mueve, y se forma una línea entre sus cejas. La primera grieta en su calma. Mi estómago se retuerce ante la visión. Ese pequeño surco dice más que las palabras. Desearía poder ignorarlo. Desearía poder creer que está a salvo aquí, pero el moretón en su mejilla me recuerda la verdad. Me recuerda por qué esto tiene que suceder.

Me acerco a ella, mis dedos flotando sobre su piel. Está cálida, y mi toque la hace estremecer. Mi corazón golpea contra mis costillas.

Se vuelve hacia mí, sus pestañas revoloteando. Me preparo, buscando en lo profundo un valor que no tengo.

—¿Leo? —dice mi nombre como si fuera lo más simple del mundo, pero yo sé que no es así. Hay una suavidad en su voz, una calidez que me oprime el pecho. Es la primera vez que me llama algo que no sea mi nombre completo, Leonardo, y quiero acostumbrarme. A ella.

Pero eso haría esto más difícil de lo que ya es.

—Sé por qué te casaste conmigo —digo, cada palabra una traición en sí misma, mi boca tan seca que apenas puedo escupir las sílabas. Mis palabras quedan suspendidas pesadamente entre nosotros, casi ahogándome—. Pensaste que era la única manera de proteger a tu hermana.

Sus ojos se abren de golpe, azules y brillantes, y quiero ahogarme en ellos aunque sé que es una mala idea. Me mira como si estuviera esperando el resto del golpe, como si apenas estuviera comenzando. Me pregunto si sabe cuánto me cuesta esto. Si le importa.

—Obviamente —asiente.

—Aun así la protegeré, ¿sabes? —lo digo antes de poder detenerme, antes de poder asumir el hecho de que realmente podría estar hablando en serio—. Puedes irte. —Hay una larga pausa, y con cada segundo que pasa, pierdo un poco más de mí mismo. No estoy seguro de cuánto queda. Me paso una mano por el pelo y odio lo débil que me hace sentir—. Siempre las protegeré a ambas. Dinero, guardaespaldas, nuevas identidades, lo que necesites. De por vida.

Ella permanece en silencio, observando, pensando. Se incorpora, haciendo una mueca mientras se apoya contra el cabecero. Odio darme cuenta de cómo su camiseta se desliza de su hombro, odio no poder dejar de notarlo. Su silencio es más ensordecedor que cualquier grito. Aprieto la mandíbula.

—Hablas en serio. —Su voz es más fría ahora, y hace que mi sangre hierva de una manera que no puedo entender.

—Puedes huir —digo, y suena más salvaje de lo que pretendo. Pero necesito decirlo. Necesito que quede claro para que sepa lo que vale, lo que está perdiendo—. Puedes esconderte. No me importa a dónde vayas.

La cama se mueve cuando ella se aleja, como si ya me estuviera dejando. La miro fijamente, tratando de leer su mente, tratando de averiguar qué sucederá después. Entrecierra los ojos, desafiante. Me está poniendo a prueba, pero estoy demasiado enojado para que me importe. O demasiado asustado.

—¿Eso es lo que quieres? —Parece casi triste, y me golpea más fuerte que una bala.

—Quiero que tengas una opción —Casi me ahogo con las palabras, con cada sílaba que me deja más vacío—. ¿No lo entiendes? Te estoy liberando de mis reglas —No debería querer decir lo que digo a continuación, pero la idea de verla con otro hombre casi me mata—. Pero si tocas a otro hombre... —Encuentro su mirada, y mi pulso se acelera—. Tengo que ser honesto. Está muerto.

Sus labios se curvan en una pequeña y peligrosa sonrisa.

—Elijo quedarme —Lo dice con tal certeza que estoy seguro de haberla escuchado mal. Sus dedos están frescos y suaves cuando rozan mi mejilla, y mi corazón golpea contra mi pecho, salvaje y descontrolado—. Me casé contigo —dice, feroz y hermosa—. No con tu familia. No con tu protección. Contigo —Me mira con afecto, y me hace sentir débil, como un maldito idiota.

—Estás jodidamente loca —murmuro, pero sale roto, lleno de una esperanza que no merezco. Escucho las palabras, apenas las reconozco. Apenas me reconozco a mí mismo, la forma en que oscilo entre el alivio y la incredulidad, entre el miedo y la necesidad de abrazarla tan fuerte que nunca tenga la oportunidad de cambiar de opinión.

—Tú también eres mío, ¿sabes? —Se inclina hacia mí, y capto un atisbo de su aroma. Ligero, floral, pero hay acero debajo—. Te lo dije, Leonardo. No puedes poseerme sin pagar el precio.

Y así, sin más, estoy perdido. Mi mano se desliza por su cabello y la atraigo hacia mí. Ella jadea, y es el sonido más hermoso del mundo.

—Te amo —digo. Es la verdad más grande que he dicho jamás.

La beso como si fuera mi último aliento, porque eso es lo que ella es. El único aire en mis pulmones, lo único que los hace arder. La beso y siento todo, el peso de sus palabras y las mías. La beso y sé que soy suyo.



Ya estamos sin aliento, jadeando y aferrándonos el uno al otro como si fuéramos a morir si nos detenemos. La boca de Eleanor es una droga, un veneno, y quiero sobredosificarme. La presiono contra la cama, con mi mano en su cabello y mi pulso retumbando en mis oídos. Pensé que podría resistir, pero nunca he sido bueno con el autocontrol, no cuando se trata de ella. Ella será mi muerte, pero estoy demasiado perdido para que me importe. El sol se eleva sobre la ciudad, y me pierdo en ella.

Me besa como si no pudiera tener suficiente. Sus dedos se clavan en mi espalda, afilados y exigentes. No puedo creer que casi dejé ir esto. No puedo creer que fui lo suficientemente estúpido como para pensar que podría dejarla ir. Mi esposa. Mi adicción. Rodamos, enredados en las sábanas y el uno en el otro, y la inmovilizo debajo de mí, su cuerpo suave y entregado. Sus piernas se envuelven alrededor de mi cintura, y gimo en su boca.

Nunca la dejaré ir.

Nos arrancamos la ropa el uno al otro. Su camisa primero, por encima de su cabeza y desaparece. Ella jadea cuando paso mis manos por su piel desnuda, mapeando cada centímetro como un hombre poseído. Estoy hambriento, y ella es lo único que puede satisfacerme. Sus caderas se elevan para encontrarse conmigo, y mi

cerebro se cortocircuita. Apenas puedo pensar, solo puedo sentir, solo desear.

—Eleanor —digo, porque es la única palabra que conozco ahora mismo. Ella se arquea contra mí, y me pierdo de nuevo.

Su mano se desliza dentro de mis pantalones, sus dedos envolviendo mi polla, y juro que moriré. Su toque lo es todo. El calor arde a través de mí, y la atraigo más cerca, desesperado y crudo—. Joder, te necesito —Mi boca está en su cuello, su clavícula, sus pechos. Ella está gimiendo, agarrando mi cabello, tirando de mí hacia abajo y urgiéndome a continuar.

Va a deshacerme.

Deslizo una mano por su estómago, dentro de sus bragas. Está tan mojada, tan lista, que casi pierdo la cabeza. Pensé que podría aguantar, ir despacio, pero no hay manera. No con ella así, sin aliento y necesitada, diciendo mi nombre como una súplica, una promesa. Me deshago de los últimos retazos de ropa entre nosotros, y su piel está contra la mía, cálida y eléctrica. Es lo único que puedo sentir, lo único que quiero sentir.

Beso mi camino por su cuerpo, me tomo mi tiempo con ella. Sus piernas tiemblan cuando la abro, cuando mi lengua encuentra su clítoris. Ella grita, arqueando la espalda, y es el mejor maldito sonido del mundo. Sabe increíble, dulce y feroz, y quiero ahogarme en ella. Mis manos sostienen sus muslos, y lamo y chupo hasta que ella está jadeando, hasta que me suplica que no me detenga. Se corre, salvaje y fuerte, y bebo cada estremecimiento.

—Leo —respira, destrozada y hermosa—. Por favor.

No puedo soportarlo más. La necesito ahora.

Me muevo sobre ella, besándola con fuerza mientras me deslizo dentro. Sus piernas me rodean de nuevo, y se aferra a mí. Empujo dentro de ella, profundo y rudo, y ambos nos deshacemos. Sus dedos se clavan en mi espalda, y pienso que así es como se siente morir. Ella me encuentra embestida tras embestida, frenética y perfecta. Es lo único en mi mundo, en mi cabeza, y estoy demasiado perdido para volver alguna vez.

Rodamos, y ella se monta a horcajadas sobre mí. Toma el control, y la sensación es jodidamente irreal. Agarro sus caderas, la bajo, observando cómo me cabalga, cómo toma todo lo que tengo y más. Es feroz, impresionante, todo lo que siempre he querido. Su cabello cae sobre sus hombros, salvaje y suelto. Sus ojos son brillantes, tan vivos, y no aparto la mirada. No puedo. Lo estoy perdiendo. Estoy perdido.

Empujo hacia arriba, penetrándola. Puedo notar que está cerca otra vez, lo siento en la forma en que se estremece.

—Mírame —digo, y no es una petición—. Córrete para mí.

Nos doy la vuelta una última vez, la inmovilizo debajo de mí, embistiendo fuerte y profundo hasta que no queda nada de ninguno de los dos. Hasta que estamos en carne viva, destrozados y completos. Ella se corre con un grito, y yo la sigo, enterrándome en ella. Me derrumbo sobre su cuerpo, ambos respirando como si hubiéramos corrido kilómetros, como si aún estuviéramos corriendo.

Ella será mi muerte. Y me encanta.

33

Eleanor

Me levanto antes que el sol, dejando atrás mis sábanas enredadas y la respiración acompasada de Leo. Su tacto persiste en mi piel, incluso ahora. Ajusto mi bata, salgo a la terraza y siento el frío punzante del aire matutino, dulce y agudo como limonada. Lo inhalo, respiración tras respiración. Manhattan despierta a lo lejos, pero aquí reina el silencio, el mundo reducido a susurros. La pálida luz se acumula a mi alrededor.

Me quedo de pie observando cómo el cielo se tiñe de rosa y oro, y me digo a mí misma: *Es mío*. Todo. Incluso las partes que creía no querer. Cuando Leo se une a mí afuera, está sin camisa, los moretones de la pelea de la semana pasada en el almacén albanés florecen como flores oscuras, superpuestos con los más recientes del ring de boxeo.

Su cabello está alborotado, atrapando la luz del amanecer como fuego. Lo observo, cada línea de su cuerpo. Los músculos tensos de sus hombros y los tatuajes que se enroscan en sus brazos. El aliento en mis labios se vuelve tembloroso, cálido contra la fresca mañana. Creo que lo amo, y el pensamiento aterriza con más fuerza de la que esperaba. El cielo se abre, el dorado derramándose sobre el gris, y yo también me abro, con el corazón palpitante.

Leo me ve y sonríe, esa sonrisa sin filtros.

—Te has levantado temprano —dice, acusador y burlón al mismo tiempo. Doy un paso hacia él, con los ojos fijos en el moretón que ensombrece sus costillas. Todavía puedo oír las palabras de Domenico en el ring de boxeo: *Déjalo pelear, Eleanor. Lo lleva en la sangre.*

Entonces lo odiaba, la forma en que su familia hablaba de él como si fuera un animal, nacido solo para la violencia. Ahora veo cómo Leo está ahí de pie, magullado y vivo, y sé que tenían razón en cierto modo. Hará cualquier cosa para protegerme a mí y a Juliet. Ahora lo amo por ello.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —dice.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza —le digo.

Me mira como si estuviera a punto de preguntar qué, pero entonces no le doy la oportunidad.

—Te amo —digo. Su sonrisa desaparece, pero no es shock lo que cruza su rostro, no como esperaba. Es satisfacción. Como si hubiera estado esperando oírlo todo el tiempo. No habla. Se mueve hacia mí, rápido, una mano cerrándose alrededor de mi cintura y atrayéndome hacia él. El beso es cálido, sabe a su piel, su sudor y el café que ya ha tomado.

No me resisto. No me resisto a nada de esto. Sus manos se deslizan por mis brazos, apartando la bata de mis hombros, y luego se echa hacia atrás, mirándome, presionando algo en mi palma. Un anillo, me doy cuenta, plateado y brillante. El escudo de los Rosetti está grabado en la cara.

—Vas en serio —digo.

Se encoge de hombros, despreocupado.

—Pruébatelo.

Lo hago, pero me queda demasiado grande.

—Tendré que ajustarlo.

—No es un collar —me dice—. Es solo lo que he estado tratando de decirte todo este tiempo. Eres mía, y yo soy tuyo.

Giro mi mano, inspeccionando el anillo desde todos los ángulos.

—Ya estamos casados —digo.

—Pero ahora eres una Rosetti de verdad. No solo por matrimonio. Por sangre y alma.

Cuando me besa de nuevo, es más suave que antes, como si me estuviera dando la oportunidad de alejarme. Pero no lo hago. Dejo que me saboree, el anillo cálido en mi mano, y cuando levanto la mirada de nuevo, el sol lo ha bañado todo, pintando la terraza de oro.

—¿No huyes esta vez? —bromea.

—No voy a ninguna parte —le digo.

Leo me abraza un momento más.

—Hay una cafetera en la cocina —murmura en mi pelo.

—Ah. En ese caso, me voy.

Se ríe mientras me deslizo de vuelta al interior, dejándolo solo con el amanecer.

Ella está sentada en la encimera de la cocina, con el teléfono en una mano y una taza de café en la otra. Su cabello rubio cae sobre sus hombros, aún despeinado por el sueño, y me sorprende verla despierta tan temprano. No me nota de inmediato, así que me tomo un segundo para observarla. Mi hermana. Mi hermanita.

Levanta la mirada, encuentra mis ojos y me da una media sonrisa.

—Hola —dice, dejando su teléfono a un lado—. Estás despierta.

—Los viejos hábitos son difíciles de matar —le quito la taza de las manos y la llevo a mis labios. Demasiada azúcar—. Me sorprende que no estés durmiendo hasta el mediodía ahora que tienes la oportunidad.

Se encoge de hombros, sin comprometerse, pero hay una calidez en ella que no estaba ahí hace una semana. Todavía no es libre, no realmente, pero se está acercando.

Nos sentamos juntas, lado a lado en la encimera, sin decir mucho. Miro a mi hermana, veo el futuro en su rostro, y no puedo evitarlo. Pregunto.

—Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Te vas a quedar aquí conmigo?

Me lanza una mirada rápida, demasiado rápida, como si la estuviera poniendo en apuros.

—No lo sé —dice, apartándose el pelo de los ojos—. No lo he pensado todavía.

—¿No lo has pensado, o no te has decidido? —La estoy provocando, pero hay un tono en mi voz que no puedo borrar del todo.

Ella lo nota. Siempre lo hace.

—¿Por qué? —pregunta, y su voz es suave—. ¿No me quieres cerca?

—No es eso —digo, demasiado rápido, mis palabras atropellándose unas a otras—. Solo quiero saber qué pasa por esa cabeza tuya.

Ella hace una pausa, y puedo ver que está considerando. Puedo ver cómo escoge cada palabra como si estuviera sacando una piedra de un río, examinándola para ver si es la correcta. Me dan ganas de sonreír, porque así es como se siente conocer a alguien.

—Creo que quiero viajar —dice—. Creo que quiero ir a todos los lugares donde nunca he estado, solo para ver cómo son. —Duda, y puedo ver un destello de preocupación cruzar su rostro—. ¿Te enfadarías?

¿Enfadarme? No, no es eso. Me decepcionaría. Me rompería el corazón. Sería lo único que sé ser, y eso es estar sola. Luego recuerdo a mi marido, a mi cuñada, a Dom, a los gemelos, a Rafe y a todos esos otros Rosetti, y sé que nunca volveré a estar realmente sola. —Haz lo que necesites hacer, Jules —le digo—. Estaré aquí esperándote cuando regreses.

Su rostro se ilumina con una sonrisa. Me quita la taza, apoya su cabeza en mi hombro y nos quedamos así por un minuto. —No sé si me voy a ir todavía —dice—. Solo quiero sentirme libre, por una vez. He pasado tanto tiempo planeando todo. Cómo sobrevivir a padre. Cómo colarme en la universidad. Cómo llegar hasta ti. Ya no quiero tener un plan, Eleanor. No quiero un horario ni un mapa ni...

—Una jaula —termino por ella.

Se queda callada.

Luego, —Sí —dice suavemente—. Sí, eso.

Miro mis manos, veo el brillo del anillo Rosetti que Leo me dio, y sé que ella merece encontrar su propia forma de felicidad.

Nos quedamos sentadas otro minuto, otra vida, y puedo sentir sus pensamientos zumbando en el espacio entre nosotras. Aún no ha decidido, y sé lo que eso significa. Significa que podría quedarse, o podría irse, o podría hacer cualquier cosa que quisiera. Dejo que se apoye en mí, le dejo que se tome su tiempo, le dejo sentir lo que es tener la oportunidad de decidir.

Me mira, sus ojos verdes claros, y es como si la estuviera viendo por primera vez, viéndola como realmente es. No la hermanita asustada. No la niña con demasiado miedo y no suficiente esperanza.

—Te quiero, Eleanor —dice, y las palabras brotan, crudas y sin filtrar—. Lo sabes, ¿verdad?

Se me hace un nudo en la garganta. —Yo también te quiero.

Su mano se desliza en la mía, nuestros dedos se entrelazan, y nos quedamos así mientras el sol sube más alto. Pienso en Leo, de pie en la terraza, el anillo en su mano, sus palabras: Eres mía, y yo soy tuyo. Pienso en mi hermana, su plan de no tener plan, y mi corazón se derrite.

Somos libres.

La mansión Rosetti se eleva a nuestro alrededor, fría y brillante, y ya no me siento como una prisionera.

Por fin estoy en casa.

34

Leonardo

Emerge del edificio de oficinas como un rey, rodeado de sus hombres, con el abrigo ondeando tras él. Sus ojos me encuentran al instante, entrecerrándose en una mirada que podría cortar la leche. Sonrío, ampliando mi postura e inclinando el mentón. Sus guardaespaldas son grandes e inexpresivos, flanqueándolo como bloques de cemento. Veo el momento en que me reconocen, el destello de comprensión en sus ojos que se extiende en un segundo de respeto. Miran a Price en busca de instrucciones, pero yo ya estoy dando un paso adelante.

—¿Les importa si tomo prestado al Sr. Price? —pregunto. La comisura de mi boca se curva como si hubiera contado algún tipo de broma. Sus hombres hacen una pausa, y luego me dan lo que quiero: un asentimiento, una retirada.

Richard hierve de rabia mientras me acerco. —Estoy ocupado hoy, Rossetti —dice.

—Yo no —respondo, guiándolo hacia el SUV negro.

La calle es un caos a nuestro alrededor. Coches tocando la bocina, motores rugiendo. La gente se mueve como hormigas en la acera, zumbando en todas direcciones. El calor del mediodía se está colando dentro de mi traje. No me gustan las multitudes. Me gusta

aún menos esperar. Miro al conductor a través de la ventana abierta, una señal silenciosa. Él asiente y hace rugir el motor.

—¿Qué es tan urgente? —pregunta Richard, sacudiéndose un polvo imaginario del hombro.

Abro la puerta, le hago un gesto para que entre. —Quiero hablar sobre Eleanor.

Su boca se tensa al oír el nombre de su hija. —No tengo tiempo para esto —dice, pero mira a sus hombres y los despide con un gesto.

—Estoy haciendo tiempo para usted, Richard. —Mi voz es baja, paciente. Puedo esperarlo eternamente si es necesario.

Sus ojos se entrecierran, tratando de leerme. Pero el hombre que crió a Eleanor sabe cómo ocultar su debilidad. Levanta las manos en fingida rendición y sube.

Entro después de él, un tiburón acercándose a un pez dorado.

Se ajusta los puños mientras me deslizo a su lado y cierro la puerta, aislándonos del ruido de la ciudad. —Espero que no planee aburrirme con historias del mal comportamiento de su esposa —dice —. Ahora es su problema.

El conductor se incorpora al tráfico. Dirijo mi atención a las calles que pasan, las tiendas sucias y las aceras agrietadas, cada hito arrastrando a Price más lejos de su zona de confort. Quiero que se retuerza, que se sienta inseguro. Todavía no he terminado con él.

—¿Qué quiere, Rossetti? —Richard se reclina, cruzando los brazos. Su confianza me irrita, un recordatorio de que hombres como él no aprenden a menos que les graves la lección en la piel.

—Quiero discutir negocios con usted, Price.

Los ojos de Richard se agudizan, brillando. —¿Entonces por qué tanto alboroto? —Hace un gesto hacia el coche, el rápido viaje por las calles—. Ustedes los Rossetti son todos iguales —dice, como si estuviera elogiando mi sastrería—. Todo brillo, sin sustancia.

No muerdo el anzuelo, no le doy la satisfacción de verme enojado. En su lugar, alcanzo mi teléfono, envío un mensaje rápido al conductor, una sola palabra.

Toma menos de diez minutos llegar al puente. La ciudad se extiende detrás de nosotros, un imperio de ambición y codicia. Ahora estamos en mi territorio. Siento la atracción familiar, la cruda simplicidad de todo esto. El SUV se desvía de la carretera principal, cortando por un camino estrecho bordeado de metal oxidado y concreto agrietado. Abandonado. Olvidado. Como Richard quisiera que fueran sus hijas.

El coche se detiene debajo del puente, con el rumor del tráfico sobre nosotros. Richard mira por la ventana, y esta vez, es él quien intenta enmascarar su incomodidad.

—¿Trae a todos sus socios comerciales aquí? —pregunta. Intenta sonar casual, pero su voz tiene un filo. Lo escucho, y me encanta.

—Solo a los importantes. —Abro la puerta, le hago un gesto para que me siga.

Duda, luego sale. Dejo al conductor en el coche. Es lo suficientemente leal como para no hablar, pero no necesita escucharlo todo.

Richard observa el entorno, los grafitis descascarados y el olor a decadencia. Lo observo, evaluando su reacción. —Ubicación interesante —dice.

—Pensé que apreciaría la vista. —Camino unos pasos, me detengo, me giro para enfrentarlo. El momento se estira entre nosotros. Quiero ser yo quien lo rompa—. ¿Cree que no sé lo que le hizo a Eleanor?

Richard no se inmuta. Es bueno en eso. —¿Lo que hice? Le di un activo valioso.

Me está poniendo a prueba. Empujando para ver hasta dónde lo dejaré llegar. Me acerco más, cortando la distancia entre nosotros. —La prostituyó con sus socios comerciales —digo. Mis palabras son hielo. Quiero que lo atraviesen.

Richard levanta la barbilla. —Esa es una forma muy dramática de decirlo.

Imagino golpearlo tan fuerte que sus nietos lo sentirán, pero me contengo. He esperado tanto tiempo. —Le quitó su gato. La vendió

para que se casara conmigo. —Mi voz se eleva, un gruñido bajo que traiciona mi ira.

—Parece que le está funcionando bien —dice Richard—. Los rubíes birmanos son de la mejor calidad, y usted obtendrá su parte.

Esta vez, dejo que se muestre la ira. —Esto no se trata de piedras, viejo. —Lo agarro por el cuello, lo acerco. Su aliento es rancio, agrio. Lo respiro, sabiendo que lo odia, sabiendo que es lo más cerca que estaré de devorarlo entero—. Si no fuera por el vínculo de sangre, ya estaría muerto.

Lo veo ahora, la fisura en su compostura. Es pequeña, pero es suficiente.

—Es patético —dice, su voz menos segura—. No le tengo miedo, Rossetti.

Lo suelto, lo empujo un paso atrás. Sus zapatos rascan contra el concreto, levantando polvo. Se ajusta el cuello, tratando de reclamar su dignidad. Lo dejo tenerla. Lo dejo pensar que tiene algo de ventaja. Hará su rendición aún más dulce.

—Deberías estarlo —digo—. Ahora, ¿quiere escuchar mi propuesta de negocios?

Los ojos de Richard se entrecierran. —Bien.

Sonrío. —Usted desaparece. Eleanor nunca lo vuelve a ver. Yo no tengo que destruir su mundo.

La amenaza flota en el aire. Richard la sopesa. Sabe que puedo hacerlo. Pero no lo cree, aún no. Suelta un suspiro, como si fuera él quien me estuviera siguiendo el juego. —¿Y a cambio?

No parpadeo. —Le permito seguir respirando.

El silencio sigue a mis palabras. Pesado, sofocante. El momento en que todo pende de un hilo.

Richard lo rompe con una risa seca. —Siempre tan dramático.

Hundo mi puño en su mandíbula. El hueso duro se encuentra con la carne blanda, y mis nudillos pican con satisfacción. Price tropieza hacia atrás, con los ojos muy abiertos. Conmocionado. Aterrorizado. Como si nunca hubiera sido tocado por algo que no fuera dinero. Su mano tiembla mientras se la lleva a la cara; la retira y ve la sangre.

Confirmación húmeda y roja de que puede sangrar, está sangrando. Su confianza se escurre con ella, formando un charco en el suelo.

Lo golpeo de nuevo. Algo se mueve bajo mi puño, y me alegro de que duela. Pienso en Eleanor, atrapada bajo su yugo, viviendo toda su vida como garantía. La ira me impulsa. Lanzo otro puñetazo que lo envía tambaleándose al suelo.

Sus extremidades son torpes. Desgarbadas. Está tratando de entender lo que está pasando. Respiro pesadamente, cernido sobre él, mis puños aún apretados y ansiosos por más. Empieza a retroceder arrastrándose, la aspereza del pavimento mordiendo su ropa cara. Todavía le queda algo de pelea. Aún cree que puede salir de esto con una victoria. Eso me gusta. Significa que puedo romperlo dos veces. Lo levanto por el cuello, sus piernas inestables debajo de él.

—¿Va a dejar la ciudad? —le escupo las palabras, cada una como una puñalada.

Está tratando de aclarar su mente, se frota la sien como si no pudiera ordenar bien sus pensamientos. —¿Qué? No... —Es todo lo que le dejo decir antes de que mi puño se encuentre con su mejilla. Duro. Rápido.

—¿Va a dejar la ciudad? —pregunto de nuevo, y ahora no parece tan seguro de sí mismo. El atisbo de pánico está creciendo en él, lo hace humano por una vez.

—Sí —dice, la palabra forzada, apenas un susurro sobre su respiración agitada.

—¿Cuánto tiempo se mantendrá alejado? —lo presiono, y la desesperación en sus ojos es todo lo que quiero ver. Está buscando en mi rostro una pista, un respiro. Pero no hay ninguno.

Parpadea, vacila. —Un mes —dice. Es una suposición.

Niego con la cabeza. Su respuesta equivocada le gana otro puñetazo. Pongo todo mi cuerpo en él, lo veo desplomarse contra mí, peso muerto. Apenas consciente. Apenas nada.

—Incorrecto, amigo —gruño, sosteniéndolo por la camisa—. Va a dejar Nueva York, y nunca volverá. ¿Estoy en lo cierto?

Hay un destello de resistencia —orgullo tal vez— antes de que el miedo se apodere de él. Asiente débilmente. —Nunca volveré.

Dejo caer mi mano, y él se desmorona en el suelo, un saco de huesos.

Está herido pero aún no roto. No puedo permitir eso. No hasta que sepa lo que es sentirse indefenso. Le doy una patada en el costado, y rueda, jadeando, la sangre goteando de su boca sobre el polvo.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted? —pregunto, mirándolo desde arriba, desafiándolo a que me desafíe de nuevo.

—Me iré —dice, su voz quebrándose como la de un niño—. Lo juro.

Ha perdido todo rastro de su bravuconería ahora, completamente despojado. Me agacho, llevando mi cara a su nivel. Lo suficientemente cerca para hacerlo retroceder.

—¿Y si cambia de opinión? —lo provoco, veo sus ojos abrirse como platos. Quiero saborear esto. Quiero que crea lo peor.

Tose, se ahoga con sus propias excusas. —Un acuerdo es un acuerdo —jadea, agarrándose el costado.

—Si no lo cumple, sabe lo que pasará. —Lo agarro por el cuello de nuevo, lo arrastro cerca—. ¿Cuánto tiempo, Price?

Sus palabras son un temblor. —Para siempre.

Lo dejo caer como un saco de patatas, y se desploma en el concreto.

Le escupo, luego le dejo un último consejo. —Nunca vuelva a contactar a mi esposa.

35

Eleanor

El rugido del Cadillac se acompasa con el ritmo de la ciudad a nuestro alrededor. El viento acaricia mi piel a través de la ventana abierta mientras conducimos, y el aire huele a perritos calientes, a humo de escape y a mar. Es una tarde pegajosa de septiembre, y Leonardo está tenso a mi lado, con los nudillos blancos de apretar el volante. Su teléfono no deja de sonar. Él lo ignora maldiciendo entre dientes.

Cuando nos detenemos en un semáforo, me giro por décima vez para mirar la gran caja en el asiento trasero. —¿Qué es? —pregunto. Es blanca con un gran lazo rojo, y parece sospechosamente un regalo.

—Jesús, mujer —se ríe—. Está bien, es un regalo. Pero aún no puedes abrirlo.

Deslizo mi mano por su bíceps, lentamente. —¿Y si realmente, realmente quiero hacerlo?

Me guiña un ojo, con una sonrisa lenta y maliciosa, y arranca cuando cambia la luz. —No hasta que yo lo diga.

La caja traquetea cuando doblamos una esquina, y lo miro con una ceja levantada. Es enorme, apenas cabe en el asiento trasero, un paquete ridículo y exagerado.

—No estoy bromeando —dice, medio riendo—. Tendrás que esperar.

—¿Hasta cuándo?

Ahora estamos entrando en Brooklyn, acercándonos a la casa de la abuela Toni. Gira por una calle estrecha y aparca antes de llegar a la casa.

—Hasta ahora —dice, apagando el motor y deslizando su asiento hacia atrás. Todavía está sonriendo, esa sonrisa arrogante y confiada que me revuelve las entrañas—. Me estás mirando como si ya no lo quisieras.

—No me gusta esperar.

—Te gusta lo que pasa después. —Me desabrocha el cinturón de seguridad y me atrae hacia él a través del asiento, y yo me río—. Ven aquí —dice, con un gruñido bajo en la garganta, y me olvido por completo del regalo.

Mis piernas están sobre él, a horcajadas en su regazo. Me besa con fuerza, agarrando mis brazos, luego mis caderas, moviéndose tan rápido que apenas puedo respirar. Hundo mis dedos en su pelo, tirando, tratando de acercarme aún más. Las ventanas se empañan, y el aire es pegajoso y espeso. Lo quiero en todas partes.

—Dios, Leo —digo, y sale como medio gemido. Sus dientes raspan mi cuello, mi clavícula. Mis dedos van a sus vaqueros, y jadeo cuando los desabrocho. Su polla está caliente y pesada en mi mano. Él gime, embistiendo contra mí.

—Joder, Eleanor —murmura, con la voz tensa—. ¿Acaso sabes lo que me haces? —Está tirando de mi camisa, con los dedos sobre mi piel desnuda. Intento quitarme los pantalones a patadas, y él se ríe —. ¿Tanto lo deseas, eh?

—Cállate. —Me froto contra él, sintiendo lo lista que estoy, doliente y húmeda. Su boca se mueve a mi oreja, su aliento un escalofrío por mi cuello. Agarra mi trasero, estabilizándome. Sus dedos se deslizan dentro de mis bragas, acariciando mi clítoris en círculos lentos. Jadeo, arqueándome contra su mano.

—¿Te gusta eso? —susurra, mordisqueando mi lóbulo.

—Sí. —Estoy temblando—. Dios, Leo, por favor...

Pero él continúa, sigue volviéndome loca. Un dedo se desliza dentro de mí, y me sacudo contra él, casi gritando. Captura el sonido en su boca, besándome duro y profundo, su lengua trazando la mía. Es demasiado, pero no quiero que pare.

No cede, sólo mantiene su ritmo implacable hasta que no puedo soportarlo más. Todo se vuelve blanco y caliente. Me estremezco, apretándome alrededor de sus dedos, casi gritando.

Me sostiene mientras recupero el aliento, retrocediendo lo justo para ver mi cara. —Mi turno —dice, con una mirada peligrosa en sus ojos. Ya estoy tirando de mi ropa interior, moviéndome en su regazo. Sus pantalones están lo suficientemente bajos. Es todo lo que necesitamos.

Cuando empuja dentro de mí, es perfecto. Implacable y crudo. Envuelvo mis brazos alrededor de él y me balanceo con sus embestidas, más fuerte, más rápido.

Muerde mi hombro, ahogando sus gemidos. Me muevo más rápido, instándole a continuar, apretándome con fuerza. Mi espalda se arquea, y veo estrellas. Estoy llegando de nuevo, gritando, con las uñas clavadas en sus brazos.

Su ritmo vacila, y está justo ahí conmigo. Nos deshacemos juntos, y el mundo desaparece. Solo nosotros dos y el latido salvaje de nuestros corazones.

Las ventanas están empañadas, y parece que pasan horas antes de que pueda hablar. Me pongo la camisa de nuevo y me derrumbo contra el asiento, medio en su regazo, aún sin aliento.

—Eso fue... —Ni siquiera sé cómo terminar.

—De nada —dice, con los ojos feroces, el pelo hecho un desastre salvaje.

Me río, sacudiendo la cabeza. —Tus pantalones siguen desabrochados.

Se encoge de hombros, imperturbable, pero se los abrocha. —La caja no —dice—. Sé que la quieres.

Lo observo, sonriendo felizmente. Todavía estoy sonrojada y hormigueando, pero hay un nudo nervioso en mi estómago mientras me estiro hacia el asiento trasero y agarro el paquete. —No te librarás si no me gusta.

—Abre la maldita cosa. —Está sonriendo, pero hay un toque de inquietud. Creo que está preocupado.

La cinta se suelta, y la caja se abre. Una pequeña cara marrón me mira. Es un cachorro marrón diminuto, con el pelo suave y rizado, ojos grandes y confiados. Salta a mis brazos, lamiendo mi cuello y cubriendo mi piel de pequeños besos húmedos. Apenas puedo sostenerlo, retorciéndose y meneándose.

—Oh, Dios —digo, sin aliento por una razón completamente diferente.

—Lo odias —dice—. Joder, lo sabía...

—Me encanta.

Parpadea, como si esperara el remate de un chiste. Hundo mi cara en el pelaje del perro, dejando que se retuerza sobre mí. Mi mente corre y mi corazón galopa en mi pecho.

—¿No lo dices solo por decir? —Me observa cuidadosamente, sus ojos color avellana de repente serios.

—No. —Abrazo fuerte al animal y este se retuerce. Se me corta la respiración al recordar las mascotas que he perdido—. Lo digo en serio, Leo. De verdad.

Puedo ver cómo se relaja. Extiende la mano y acaricia las orejas del perro con su mano tatuada. —Me recordó a ti. Pequeño y lindo, con mucha actitud.

—¿Ah, sí? —Sonrío y la duda se desvanece.

—¿No tienes miedo?

—Estoy aterrada —admito, mirándolo a los ojos—. Pero he aprendido una cosa o dos sobre las sorpresas. —El perro salta entre nosotros, arañando mi pecho, mordisqueando mi camisa—. No siempre son malas.

Me toma el rostro y me besa, lento y tierno. Me hundo en el beso, en él. En la vida que nunca pensé que podría tener.

El coche está caliente y desordenado, lleno del ruido de la ciudad. La caja y el lazo yacen esparcidos en el asiento. Lo observo atar el lazo rojo del cachorro alrededor de su cuello y siento lo que es pertenecer.

—¿Quién es el hombrecito más lindo del mundo? —digo, levantando al perro en el aire.

Leonardo niega con la cabeza. —Más te vale estar hablando de mí.



La cocina está llena del ruido de la familia. Me siento entre Juliet y Carmela mientras la Nanna Toni maldice a la cafetera. Leo y los otros chicos gritan a través de la mesa con la boca llena de pasteles. Pasamos los platos como si fuera una carrera de relevos. Panqueques. Salchichas. Pan. Nada sofisticado, pero demasiado de todo. Todos comen como si nunca fueran a volver a hacerlo.

—Joder, cariño —dice Carmela, viéndome intentar seguirles el ritmo—. No tienes que probar todo.

Leo le da un codazo a Dom en las costillas y sonríe. —Esa es mi esposa.

Dom niega con la cabeza. —Nunca entenderé por qué se quedó contigo.

La anciana se gira y señala con un dedo huesudo. —Dejen de joderse entre ustedes y sírvanme un maldito café.

Es feroz. Pequeña. Y mandona. La casa no es grande, y ella la llena con su voz, con su lápiz labial y sus perlas y el olor de sus horneados. Hay una tormenta de rizos grises sobre su cabeza. Sus ojos brillantes recorren la mesa y murmura en italiano. Todos intentamos seguir el ritmo, hablando, gritando, riendo. Empuja un plato de salchichas frente a mí y me guiña un ojo.

—¿Ya lo has entrenado? —Carmela se ríe mientras el perro se entierra en mi regazo.

—¿A Leo o al cachorro? —digo, revolviendo sus orejas caídas.

—A ambos, cariño.

Los cálidos ojos color avellana de Juliet brillan. No sé cómo me acostumbré a verla así: feliz, riendo, siendo ella misma. Me ayuda a mantener al animal bajo control mientras se retuerce por todas partes, lamiendo el jarabe de nuestros platos. —¿Ya han decidido un nombre?

Leo se encoge de hombros. —Lo estamos llamando Paz. Por Vinny Pazienza.

—¿El boxeador? —dice Rafe—. ¿No es un poco...

—¿Qué? —dice Leo—. ¿Violento?

Espero que la habitación se quede en silencio, pero no lo hace. La risa es de buen humor y ya no me siento como una extraña. Ya no.

—Siempre podemos cambiarlo —digo.

Leo niega con la cabeza. —Ni de coña. Es un buen nombre.

La Nanna Toni se gira desde la encimera, finalmente tomando un sorbo de café. —Buen perro, mal luchador. Suena justo como tú, Leonardo.

La habitación explota. Le sonrío a Leo, y él los fulmina con la mirada, frunciendo el ceño como un niño pequeño. —Idiotas —murmura, pero también se está riendo.

—Entonces encajas perfectamente —digo. Leonardo me mira y sonríe. Me sorprende lo cálida que me siento. Lo fácil que esta familia se ha convertido en la mía.

Todos están hablando y comiendo e insultándose entre sí. Rafe y Matteo se turnan para burlarse de Leo, y Carmela les da una lección por ello. Sal se sienta a la cabecera de la mesa, presumido y satisfecho, como si hubiera orquestado toda esta maldita cosa.

—¡Coman, coman! —grita la Nanna Toni, y el ruido crece a nuestro alrededor. Se toma su segunda taza de café antes de que yo termine un panqueque—. ¿Qué están mirando todos? —Se sirve más

y se sienta. La mesa tiembla mientras corta sus waffles, con media barra de mantequilla en cada uno—. No sabe bien frío. ¡Vamos!

—Nunca terminaremos todo esto —digo, con los ojos como platos mientras Carmela vierte jugo de naranja en mi vaso.

—Mejor que quedarte demasiado flaca y que Leo te deje —dice.

Todos ríen de nuevo. Incluso Rafe esconde una sonrisa detrás de su servilleta.

Me duelen los costados de tanto reír, de intentar seguirles el ritmo. La anciana habla y come al doble de mi velocidad, dando órdenes y exigiendo respuestas.

Juliet se inclina hacia mí, y puedo ver la picardía en sus ojos. —Mejor que cenar con papá, ¿no?

Tiemblo dramáticamente. —No hay contadores —digo—. Ni socios comerciales.

—Ni silencios fríos —me mira, sonriendo.

No soy solo yo. Juliet también ha encajado en esta familia, encontrando su lugar ayudando a Sal y Leonardo a evaluar la calidad de las piedras. Nadie tiene un ojo más fino para el corte, el color y la claridad que mi hermana. —¿Te mantienes ocupada?

—Por ahora —esboza una sonrisa suave—. Sabes que no es lo que quiero.

—¿Qué es eso? —interrumpe la Nanna Toni—. Más vale que no escuche secretos en mi mesa.

Juliet la mira, juguetona y desafiante. —Solo le estaba diciendo a mi hermana que no me quedaré aquí para siempre. Voy a viajar por el mundo, a ver los lugares.

La Nanna Toni entrecierra los ojos y arruga la nariz. —Si vas a Sicilia, dile a Anna y Carmine que te den la cama junto a la ventana. Dile a Lucia que sus hijos necesitan una palmada y un padre mejor. Dile a Franco y Tiziana que más les vale escribir antes de que estén muertos, los mocosos desagradecidos.

Mi hermana se ríe, tomando mi mano bajo la mesa. —Eso es mucho por decir —dice—. Y solo estoy pensando en ir.

—Lo harás —dice la Nanna Toni. Me mira, luego a Leo—. ¿Cuándo va este chico a comprarle ya un lugar a Eleanor?

—Tranquilízate —dice Leonardo, sonando casi ofendido—. Ya hay una casa escogida en Red Hook. Es solo cuestión de tiempo.

La Nanna Toni resopla. —Sí. Y todos llegarán tarde a mi funeral.

Comemos y discutimos, y apenas puedo seguir la pista de lo que me llevo a la boca, y mucho menos de las palabras que intercambio. No hay un momento de silencio. No puedo creer el caos, lo bien que se siente, lo cálido que es. La Nanna Toni me hace dar vueltas la cabeza, especialmente cuando vuelve a hablar de Sicilia.

—Ten cuidado, cariño —dice Carmela, con una expresión divertida en el rostro—. Cuando habla así, significa que estás condenada.

—Iré si Eleanor viene conmigo —bromea Juliet.

La anciana nos mira y sonríe. —Cómprenle un billete a una vieja también.

—Creo que suena bien —digo—. Siempre quise una familia grande.

Carmela pone una expresión extraña, media sonrisa. —Crees que estamos bromeando, pero tenemos tantos parientes...

—Será mejor que empecemos a hacer las maletas —interrumpo.

La Nanna Toni grita nombres y direcciones sobre el ruido de los platos, y yo me reclino, tratando de recuperar el aliento, con un cachorro inquieto en mis brazos y Juliet segura a mi lado.

Leonardo

La puerta principal cruje al abrirse y salgo al fresco aire de octubre, sin pensar en nada más que esta nueva reunión, este nuevo negocio que es todo mío. Ya no hay albaneses husmeando por aquí.

Entonces escucho a Eleanor. Sus pasos son rápidos y furiosos clicks en el frío mármol, y me detiene antes de que siquiera llegue al coche.

—¿Adónde crees que vas? —dice, cruzándose de brazos. Está ahí parada con ese traje negro de falda, una blusa de seda de cuello alto bajo la chaqueta y tacones que podrían matar. Sonrío y me apoyo en el marco de la puerta del garaje. Nunca he sido bueno para decirle que no.

Eleanor mantiene su posición, estatuaria, con sus ojos azul hielo fijos en mí. El patio de la mansión se cierne a nuestro alrededor, todo ángulos duros y sombras, pero ella lo hace suyo. Me quedo ahí, observándola. Tiene el pelo recogido, oscuro y liso, mostrando la línea afilada de su mandíbula. Está lista para la guerra. Es casi una lástima arruinar su día diciéndole que voy solo a la reunión.

—Yo me encargo de esto, Eleanor —digo, tranquilo y medido, metiendo las manos en los bolsillos—. No hace falta que te molestes.

Está quieta, demasiado quieta, y sé que he dicho exactamente lo incorrecto.

—¿No hace falta que me moleste? —repite, inclinando la cabeza como si intentara averiguar si realmente soy tan denso. Sus dedos van a su anillo, girándolo, un hábito que no puede romper. La he visto hacerlo cuando está lista para matar a alguien—. Leonardo —dice lentamente, como si hablara con un niño—, ¿te das cuenta de que he sido preparada toda mi vida para entender el negocio de las gemas, verdad?

Mantengo la calma, encogiéndome de hombros como si no importara.

—Gemas, peleas, armas. Todo es lo mismo. Es negocio. Y ellos saben que ahora yo estoy a cargo.

Su boca se curva, divertida pero despiadada.

—Si quieres parecer un idiota frente a tus nuevos socios, adelante, ve sin mí.

Es demasiado inteligente para su propio bien. O quizás demasiado inteligente para el mío. Me separo del marco de la puerta, dando un paso hacia ella. Sus ojos nunca dejan los míos, y me pregunto si esta es la parte donde finjo que tengo la ventaja.

Mantengo mi voz ligera.

—¿Así es como planeas pasar tu mañana? ¿Discutiendo conmigo?

—Es un trabajo a tiempo completo —dice. Se queda ahí, desafiándome a decir que no, a irme sin ella. Y sé que no puedo.

Pienso en las últimas semanas, en cómo finalmente me he hecho cargo del negocio de las gemas. Con los albaneses fuera del panorama y Richard desaparecido, debería haber sido fácil. Pero nada es fácil cuando se trata de Eleanor. El espacio entre nosotros parece que se encoge y se expande a la vez, y soy demasiado consciente de cuánto quiero cerrarlo.

—¿Crees que no puedo manejar una reunión con un burócrata? —pregunto, observando su reacción—. ¿Es por eso que estás haciendo esto?

—Sé que puedes manejar la reunión. Lo que creo —dice, acercándose—, es que estás tratando de dejarme fuera. Y no te lo voy a permitir.

La terquedad en su voz es lo mismo que me atrajo hacia ella, lo mismo que me vuelve loco.

—Me casé con una maldita aplanadora —digo, sacudiendo la cabeza, fingiendo estar más molesto de lo que estoy.

Sus labios se contraen, casi una sonrisa.

—Te casaste con el imperio Price, pero me conseguiste a mí en su lugar.

—Sí —digo, suavizando mi voz—. ¿Y sabes qué? Creo que estoy empezando a que me guste.

Me da una larga mirada, evaluando. Debería haber sabido que no me dejaría ir sin ella. Eleanor siempre consigue lo que quiere. Es algo que tenemos en común, excepto cuando se trata del otro. Tiene una manera de deshacerme, de tomar mis planes y convertirlos en los suyos.

—Si no me llevas —dice, con un tono dulce pero afilado—, me aseguraré de informar a los albaneses que tienes problemas con la negociación.

Intento mantener mi posición, solo para aparentar.

—Y yo que pensaba que apreciarías una mañana libre.

—¿De ti? Nunca —dice, y esta vez su sonrisa es completa, brillante. Es una victoria, y ella lo sabe.

—De acuerdo —digo, levantando las manos como si me rindiera —. Vamos.

Ni siquiera finge estar sorprendida.

—Por fin —dice, pasando junto a mí y entrando al garaje—. Somos socios, Leonardo. Deja de olvidarlo.

La observo moverse delante de mí, grácil, sin prisa, ya segura de que la seguiré. Nunca puedo decirle que no a mi esposa. El resto del mundo puede esperar.

—Ni lo soñaría —digo. Eleanor nunca ha sido parte de mi plan. Es demasiado salvaje para eso, demasiado impredecible. Pero ahora es

lo mejor de todo. Alcanzo su mano, la acerco—. Vamos, vas a hacer que llegue tarde.



Eleanor y yo nos sentamos frente a Larry Johnson, el nuevo CEO de Price Enterprises. La sala de conferencias es un estudio en vidrio y acero, un elegante mirador sobre la ciudad donde los sonidos del tráfico están demasiado lejos para importar.

Eleanor se reclina en su silla, tranquila y serena, pero veo la forma en que me observa, curiosa y casi divertida. Querrá saber cómo saqué a su padre del panorama, y tendré que decírselo. Pero aún no.

Larry se sienta frente a nosotros, con esa sonrisa suave que parece más una estrategia de venta que sinceridad. —Estamos encantados de tenerlos a ambos a bordo como valiosos socios de distribución —dice, su mirada oscilando entre nosotros. Cree que es encantador. Cree que va a ganarnos con promesas vacías y un encanto superficial.

Sabe que está operando en los límites de la ley, pero no tiene idea de cuán lejos más allá de ella operan los Rosetti. Mucho más allá del reino de las promesas vacías.

Larry se inclina hacia adelante, con las manos entrelazadas como si estuviera a punto de hacer una gran revelación. —Nos estamos alejando del modelo antiguo —dice, con la voz llena de una emoción forzada—. Más enfoque en mercados emergentes, nuevos territorios. Esta es una nueva era para Price Enterprises.

Eleanor arquea una ceja, poco impresionada. —Audaz —dice con una agudeza que corta el ambiente—. ¿Qué hay de los mercados existentes? —Su voz es suave y letal—. ¿Ya no importan?

Las luces de arriba proyectan un brillo frío, reflejándose en la mesa pulida, pero Eleanor es lo más brillante en la habitación. Su

atención está fija en Larry, y por un momento siento celos de que no esté en mí. Tiene una manera de clavar a un hombre contra la pared con solo una mirada, y quiero ser yo quien se retuerce.

Larry tropieza, tomado por sorpresa por la pregunta. —No los estamos abandonando —dice, un poco demasiado rápido—. Solo... diversificando.

Eleanor asiente lentamente, como si estuviera considerando su respuesta. Pero la conozco demasiado bien. Ya va tres pasos por delante, ya ha decidido exactamente cómo va a jugar esto. La habitación está en silencio, solo se oye el zumbido apagado de la ciudad debajo de nosotros, pero Eleanor no se apresura. Espera, dejando que Larry sienta el peso de su silencio.

Observo a Larry tambalearse. Eleanor nació para esto. Formada para ser la perfecta comerciante de gemas, y tengo una suerte enorme de tenerla a mi lado. Los últimos meses pasan por mi mente: cómo hemos logrado esto, cómo ha superado a todos los que han intentado arrinconarla. Incluyéndome a mí.

Larry se mueve, tratando de recuperar el equilibrio. —También tenemos algunos desarrollos emocionantes en nuestra división de calidad —dice, como si fuera el as bajo la manga—. Técnicas de evaluación de vanguardia, evaluación de calidad, relaciones completamente nuevas con expertos en el extranjero.

Cree que ha recuperado el control de la conversación, pero Eleanor aún no ha terminado con él. —Evaluación de calidad —repite, con voz cantarina—. Cuéntame más.

Larry busca una respuesta, su confianza resbalando. —Estamos, eh, negociando con nuevos socios de evaluación de calidad —dice, menos seguro de sí mismo—. Buscando eficiencias donde podamos.

Eleanor asiente, la imagen de la paciencia. Sabe que lo tiene contra las cuerdas, y se está tomando su tiempo, saboreándolo. —¿Entonces, nadie interno?

Me echo hacia atrás, viendo cómo se desmorona bajo la mirada de Eleanor. Ella tiene el control total, y ni siquiera tuvo que alzar la

voz. Su poder no es ruidoso, es silencioso, cortante. Pienso en Richard, en cómo lo saqué, y sé que Eleanor exigirá escuchar todo.

Pero no ahora. Todavía no. Está disfrutando demasiado de esto.

Observo, atrapado entre el asombro y la anticipación, mientras ella expone una estrategia que hace que la de Larry suene como los desvaríos de un aficionado. Conoce cada término, cada matiz, y los retuerce hasta que Larry está jadeando por aire. Es una obra de arte, la forma en que lo desmantela pieza por pieza. Pregunta sobre las cuatro C: corte, color, claridad, quilate, y lanza preguntas sobre fluorescencia, abastecimiento, tendencias emergentes. Larry no puede seguirle el ritmo, pero lo intenta. Dios, cómo lo intenta.

Eleanor escucha, luego lo hace empezar de nuevo cuando tropieza con sus propias palabras. —Volvamos atrás —dice en un momento, su tono casi generoso. Sabe que lo tiene, y yo también.

Esta es la mujer a la que no puedo decir que no, la que me mantiene alerta y hace que cada segundo de incertidumbre valga la pena. Larry ni siquiera está en el mismo planeta. Ella sigue presionándolo, profundizando, repasando detalles que me hacen dar vueltas la cabeza. Pero Eleanor está en su elemento.

Para cuando termina con él, Larry me mira como si esperara encontrar un aliado. Yo solo me quedo sentado, dejándolo retorcerse. Él se lo buscó. Él fue quien pensó que podía enfrentarse a ella. Ahora lo sabe mejor.

—¿Tal vez les gustaría ver nuestros números? —dice, casi suplicando.

Eleanor asiente, graciosa en la victoria. —Sí —dice—. Me gustaría eso.

Veo a Larry tambalearse un poco más antes de intervenir, lanzándole un salvavidas que no merece. —¿Por qué no nos los envías? —digo, poniéndome de pie, tomando la mano de Eleanor. Ella se levanta a mi lado, y siento su calidez, la confianza que es mía por extensión.

La cara de Larry está enrojecida, su compostura hace tiempo perdida. —Me pondré en ello de inmediato.

Miro a Eleanor, veo la satisfacción en sus ojos, la forma en que está brillando por algo más que las luces del techo. —Nos pondremos en contacto —le digo a Larry, ya moviéndome hacia la puerta.

Eleanor desliza su mano en la mía mientras entramos en el ascensor. —Ahora, ¿no te alegras de haberme traído?

—Tenía que hacerlo —respondo—. No puedo decirle que no a mi esposa.

Me mira, con un destello de picardía en su mirada. —¿Y mi padre?

El ascensor desciende, piso a piso, y la observo, absorbiendo cada parte de esta mujer que me ha desarmado y vuelto a armar. —Se ha ido —digo—. Para siempre.

Eleanor me aprieta la mano, y salimos al vestíbulo y luego a la calle. Afuera, la ciudad nos espera.

Leonardo

Mi padre está inquieto, masticando los bordes de su mal genio. Incluso el personal de Angelo huye de su mirada. Dom se reclina, intranquilo, arremangándose para mirar la hora. Sabe que esto no es solo un almuerzo. Sal no nos habría arrastrado aquí si lo fuera. Somos solo nosotros tres en el restaurante, con una larga mesa de madera entre nosotros y una lámpara de vidrio manchado colgando encima como si también estuviera escuchando.

—Suéltalo de una vez —murmuro, impaciente. Pero el viejo no va a dejarnos salir fácilmente. Ese no es su estilo.

El restaurante está vacío, excepto por un camarero apilando vasos y el dueño lanzándonos miradas ansiosas. Sal prácticamente gruñó cuando entramos, dijo que había reservado el lugar. Angelo casi se orina encima despejando las otras mesas. El lugar tiene un aspecto cansado, todo madera vieja y cortinas descoloridas. El tipo de lugar al que no le importa un carajo el ambiente porque la lasaña es mejor que el sexo.

Dom tamborilea con los dedos sobre la mesa, mirando fijamente el reloj en la pared. —Si esto es sobre lo que pasó en los muelles, ya te dije que...

—No lo es —gruñe Sal, interrumpiéndolo. Cruza los brazos, sus ojos se desvían hacia mí como si fuera el siguiente en su lista.

Me encojo de hombros, me reclino y lo observo cocerse en su propia salsa. El aire huele a ajo y salsa marinara, y tengo tanta hambre que estoy dispuesto a soportar una charla si eso significa que consigo una comida.

—¿Aún no hay lasaña, eh? —bromeo, mirando a Dom.

Él niega con la cabeza. —No hasta que nos diga primero que somos una decepción.

El camarero se acerca sigilosamente, con la libreta temblando. Ni se molesta con los menús. Hemos estado comiendo aquí desde que nacimos. Sal pide el Chianti antes que nada, con voz áspera e impaciente, el sonido de un hombre que quiere más que vino para calmar sus nervios.

—Risotto, parmigiana de berenjena, ternera marsala —recita como una lista de la compra—. Lasaña para él. —Señala con el pulgar hacia mí—. Y que siga llegando.

Sonrío mientras el camarero se escabulle. Dom está tratando de descifrar qué hicimos mal esta vez, y yo estoy contando los segundos hasta que pueda llenarme la boca de pasta.

Llega el Chianti, rojo profundo y pesado. Sal está bebiendo antes de que el camarero llene la última copa. Observo cómo trabaja su garganta, la forma en que sus manos se contraen como si estuviera ansioso por destrozar algo... o a alguien.

—Pensé que habías dejado el vino tinto, viejo —digo, tratando de provocarlo, pero Sal solo gruñe y se sirve otra copa.

La tensión está aumentando. Dom me mira, levanta una ceja, como preguntando si sé de qué demonios se trata todo esto.

—Ni idea —articulo sin voz, haciendo crujir mis nudillos.

La comida llega, platos y cuencos humeantes abarrotando la mesa. Los olores me golpean con fuerza, y me lanzo a comer sin esperar, con la mozzarella estirándose entre la lasaña y yo. Sal no ha dicho una palabra, y eso me está poniendo nervioso. Lo único peor que él gritando es que esté callado.

Finalmente, deja su tenedor. Un golpe seco contra su plato. Sus ojos se clavan en los míos, luego en los de Dom. —Son los

albaneses —dice, y yo suelto mi tenedor—. Quieren unirse a las familias.

Dom se tensa, su silla cruje mientras se inclina hacia adelante. —¿Cómo?

—¿Cómo coño crees? —espeta Sal. Toma un largo trago, se limpia la boca con el dorso de la mano—. Matrimonio.

Me atraganto con un bocado de pasta. Sal me mira fijamente, sin parpadear, como desafiándome a decir algo inteligente.

Dom está callado, pero puedo ver que lo está asimilando, con la mandíbula apretada y los puños cerrados en su regazo. Los albaneses son de la vieja escuela como nosotros. No están sugiriendo una puta fiesta de Halloween. Quieren que uno de nosotros se case con una de sus hijas.

—Ni de coña —dice Dom, tajante.

Sal se inclina hacia adelante, su rostro oscuro, como la lámpara de vidrio manchado sobre la mesa. —Uno de vosotros tiene que hacerlo.

Dom se ríe, áspero y breve. —No voy a ser yo.

—No voy a ser yo —digo, levantando la mano con mi alianza de boda.

Sal se encoge de hombros, se reclina. —Pensé que erais más listos que eso. Los dos.

La mesa queda en silencio. Todavía estoy tratando de asimilarlo. Uno de los hijos Rosetti como ofrenda de paz. No cuadra, no tiene sentido. Somos más fuertes que nunca, y esos albaneses han estado perdiendo territorio durante meses.

—No los necesitamos —dice Dom, el filo en su voz afilado como una navaja.

—Están desesperados —añado—. ¿Por qué deberíamos...?

—Porque lo pidieron —Sal golpea la mesa con la mano, haciendo tintinear los vasos—. Y porque evitará una puta guerra.

Un músculo salta en la mandíbula de Dom.

—Que la empiecen. Nosotros la terminaremos.

Sal niega con la cabeza, mirando a Dom como si fuera estúpido o algo peor.

—Esto no es opcional. Uno de ustedes, solteros, se casará, y es definitivo.

Dom se pone de pie, furioso.

—Haz que lo haga Emilio —dice—. Mejor aún, Matteo. Él se acostaría con cualquiera, incluso con el enemigo.

Espero la explosión, que Sal destroce a Dom, pero el viejo simplemente asiente.

—Serás tú —dice Sal, con frialdad—. Eres el heredero. Compórtate como tal.

Dom se queda allí, respirando con dificultad, intentando que Sal cambie de opinión con la mirada. No funciona. Nunca lo hace.

—Come —dice Sal, como si nada hubiera pasado, como si no acabara de lanzar una puta granada a la familia—. La comida se está enfriando.

Me siento de nuevo, veo a Dom sentarse también, con los brazos cruzados como un niño castigado. Me pregunto si se alejará de esto, como se aleja de todo lo que Sal intenta darle.

Terminamos en silencio, con el tintineo de los tenedores, mi mente dando vueltas. No puedo imaginar a Dom llevándolo a cabo, pero tampoco desafía a Sal. No todavía.

Pienso en preguntar cómo son las hijas de los albaneses, pero por una vez me quedo callado. El viejo se levanta, se dirige al baño. Dice que nos verá afuera. Miro a Dom, y parece que quisiera partir la mesa en dos.

—Felicidades —digo, sin poder contenerme—. Vas a ser un hombre de familia.

Me mira, peligroso.

—Que te jodan.

—En serio —insisto—. Tal vez te enamores.

Se ríe, agudo y amargo.

—¿Qué sabrías tú de eso?

Es mi turno de mirarlo con furia.

—Sé que te casarás con un cadáver antes que con una albanesa.

Me recuesto, haciendo crujir mis nudillos, decidiendo que no me importa mientras no tenga que involucrarme con esos cabrones. Sal regresa, se pone el abrigo. Lo seguimos al aire fresco. La calle está ruidosa, las multitudes de la tarde se mueven como si tuvieran un lugar mejor al que ir.

—Hablaremos en la casa —dice Sal, desapareciendo en el coche que lo espera.

Espero hasta que se va, hasta que solo estamos Dom y yo frente a Angelo's.

—¿Qué dirá mamá? —pregunto, sonriendo.

—Nada —dice Dom, empezando a caminar—. Porque no va a suceder.

Lo veo irse, rápido y decidido. El nudo en mi estómago se afloja, pero solo un poco. Tengo un presentimiento sobre esto. Va a ser un año de locos.



¡Hola! Gracias por leer *Wicked Lies*.

El próximo libro en la serie de la Familia Rosetti sigue a Domenico y su reluctante novia. ¡Lee *Savage Oath* ahora!

x Pia